

CRISTIANDAD

Año LIX- Núms. 855-856
Septiembre-Octubre 2002

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Edita:
Fundación Ramon Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: orlandis@eic.ictnet.es



El Rosario,
oración de toda
la Iglesia

El Rosario según
san Luis M^a
Grignion de
Montfort

Congreso sobre
«La síntesis de
santo Tomás de
Aquino» en
Barcelona

Sumario: pág. 2



«YO SOY LA SEÑORA DEL ROSARIO»

Sumario

«El Rosario es una oración orientada por su naturaleza hacia la paz». De la carta Apostólica <i>Rosarium Virginis Mariae</i> , del papa Juan Pablo II	3
María ampara a la Iglesia en los tiempos calamitosos. De la carta encíclica <i>Supremi Apostolatus</i> , del papa León XIII	9
El Rosario es eficaz remedio contra los males presentes. De la carta encíclica del papa Pío XI	12
«Con mayor confianza acudid gozosos a la Madre de Dios». De la carta encíclica <i>Ingruentim malorum</i> del papa Pío XII	15
«El santo Rosario, que no dejamos nunca de recitar completo todos los días del año...». Carta encíclica <i>Grata recordatio</i> , del papa Juan XXIII	18
La excelencia del Rosario según san Luis M ^a Grignoin de Montfort <i>José M^a Petit Sullá</i>	20
«María es toda la razón de mi esperanza». El Rosario, arma predilecta del padre Pio	33
Perfil histórico del Rosario <i>Antonio Huguet, O.P.</i>	28
Las quince promesas de la Santísima Virgen del Rosario	30
La batalla de Lepanto y el Rosario <i>Antonio Amado</i>	31
El Rosario y su mística filosofía <i>José Torras y Bages</i>	34
Aprobación de las constituciones y reglamentos de la Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón <i>José María Alsina Casanova, hnscc</i>	38
Congreso sobre «La síntesis de santo Tomás de Aquino» en Barcelona <i>José M^a Romero Baró</i>	40
En la muerte del cardenal Van Thuân. Heroico heraldo del Evangelio, ejemplo de coherencia cristiana hasta el martirio <i>Luis Comas Zavala</i>	45
Actualidad religiosa <i>Jesús González Fernández</i>	50
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	42
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	54
Hace cincuenta años. En el cincuentenario de mosén Jacinto Verdaguer. <i>J. M^a P. S.</i>	45

RAZÓN DEL NÚMERO

El Rosario, oración de toda la Iglesia

EL pasado día 16 de octubre, fiesta de santa Margarita M^a de Alacoque, firmaba su santidad Juan Pablo II su Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, sobre el rosario de la Virgen María. Este acto de magisterio ordinario nos invita a reflexionar sobre el rosario, la oración más propia de los fieles laicos, y muy especialmente, la oración de la familia cristiana, pero que es también la oración de toda la Iglesia que solicita el auxilio de María en su singladura hacia la patria celestial. Es bien conocido el contexto histórico en que nace y se desarrolla el rosario, la lucha contra los albigenses, los llamados a sí mismos «puros», cátaros, que desprecian todo lo propio del mundo creado para afectar una «espiritualidad» que no es más que puro gnosticismo, la radical reducción de la religión de la Encarnación a la filosofía de inspiración platónica y dualista. Y lo decimos en presente porque el espíritu del gnosticismo está hoy más vivo que nunca en la frecuentemente falsa predicación actual, así de supuestos espiritualismos laicos como de pretendidas vueltas a la «pureza» primitiva de la Iglesia. También cuando la Iglesia corría un peligro sin igual, cual no lo había conocido antes, desde su establecimiento en el Imperio romano, frente al poder casi imparable del Imperio musulmán de los turcos, fue decisiva la intercesión de la Virgen a favor de las armas cristianas, como lo manifestó el santo padre san Pío V, quien pidió a toda la cristiandad que rezasen el rosario suplicando su protección. María es invocada desde entonces como *Auxilio de los cristianos*. El rosario fue reiteradamente alabado y recomendado por el más alto magisterio de la Iglesia, en particular desde León XIII, quien reiteró con gran asiduidad la importancia del rosario. El beato Juan XXIII, particularmente devoto del rosario, se ufanaba en hacer público que jamás había descuidado en toda su vida el rezo de esta oración. El rosario es la más profunda profesión de fe –sin la cual no hay contenido alguna en la religión–, el ejercicio más adecuado para suscitar la esperanza en la vida eterna –de la que casi nunca se habla– y la más idónea para alcanzar la suprema virtud del amor a Dios al meditar de forma concreta los misterios de su vida terrenal como Dios y hombre verdaderos. Y por ser la oración de petición por excelencia nos alcanza la indispensable humildad, madre de todas las virtudes cristianas. Juan Pablo II invita a toda la cristiandad a meditar también «los misterios de la luz», en los que hacemos presente la vida pública del Maestro. El rosario es, a partir de ahora, el más completo compendio de toda la religión. Con y por la intercesión insustituible de nuestra Madre la Virgen María.

«El Rosario es una oración orientada por su naturaleza hacia la paz»

Fragmentos de la carta Apostólica Rosarium Virginis Mariae del papa Juan Pablo II al episcopado, al clero y a los fieles sobre el santo Rosario

El Rosario destinado a producir frutos de santidad

EL Rosario de la Virgen María, difundido gradualmente en el segundo milenio bajo el soplo del Espíritu de Dios, es una oración apreciada por numerosos Santos y fomentada por el Magisterio. En su sencillez y profundidad, sigue siendo también en este tercer Milenio apenas iniciado una oración de gran significado, destinada a producir frutos de santidad. Se encuadra bien en el camino espiritual de un cristianismo que, después de dos mil años, no ha perdido nada de la novedad de los orígenes, y se siente empujado por el Espíritu de Dios a «remar mar adentro» (*duc in altum!*), para anunciar, más aún, ‘proclamar’ a Cristo al mundo como Señor y Salvador, «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn14, 6), el «fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización».

El Rosario, en efecto, aunque se distingue por su carácter mariano, es una oración centrada en la cristología. En la sobriedad de sus partes, concentra en sí *la profundidad de todo el mensaje evangélico*, del cual es como un compendio. En él resuena la oración de María, su perenne *Magnificat* por la obra de la Encarnación redentora en su seno virginal. Con él, el pueblo cristiano *aprende de María* a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor. Mediante el Rosario, el creyente obtiene abundantes gracias, como recibíendolas de las mismas manos de la Madre del Redentor.

Leon XIII, el papa del Rosario

A esta oración le han atribuido gran importancia muchos de mis predecesores. Un mérito particular a este respecto corresponde a León XIII que, el 1 de septiembre de 1883, promulgó la encíclica *Supremi apostolatus officio*, importante declaración con la cual inauguró otras muchas intervenciones sobre esta oración, indicándola como instrumento espiritual eficaz ante los males de la sociedad. Entre los papas más recientes que, en la época conciliar, se han distinguido por la promoción del Rosario, deseo recordar al beato Juan XXIII y, sobre todo, a Pablo VI, que en la exhortación apostólica *Marialis*

cultus, en consonancia con la inspiración del concilio Vaticano II, subrayó el carácter evangélico del Rosario y su orientación cristológica.

Con estas palabras, mis queridos hermanos y hermanas, introducía *mi primer año de pontificado* en el ritmo cotidiano del Rosario. Hoy, *al inicio del vigésimo quinto año de servicio como sucesor de Pedro*, quiero hacer lo mismo. Cuántas gracias he recibido de la Santísima Virgen a través del Rosario en estos años: *Magnificat anima mea Dominum!* Deseo elevar mi agradecimiento al Señor con las palabras de su Madre Santísima, bajo cuya protección he puesto mi ministerio petrino: *Totus tuus!*

Octubre 2002 - Octubre 2003: Año del Rosario

Por eso, de acuerdo con las consideraciones hechas en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, en la que, después de la experiencia jubilar, he invitado al Pueblo de Dios «a caminar desde Cristo», he sentido la necesidad de desarrollar una reflexión sobre el Rosario, en cierto modo como coronación mariana de dicha carta apostólica, para exhortar a la contemplación del rostro de Cristo en compañía y a ejemplo de su Santísima Madre. Recitar el Rosario, en efecto, es en realidad *contemplar con María el rostro de Cristo*. Para dar mayor realce a esta invitación, con ocasión del próximo ciento veinte aniversario de la mencionada encíclica de León XIII, deseo que a lo largo del año se proponga y valore de manera particular esta oración en las diversas comunidades cristianas. Proclamo, por tanto, el año que va de este octubre a octubre de 2003 *Año del Rosario*.

[...]

Vía de contemplación

Pero el motivo más importante para volver a proponer con determinación la práctica del Rosario es por ser un medio sumamente válido para favorecer en los fieles la *exigencia de contemplación del misterio cristiano*, que he propuesto en la carta apostólica *Novo millennio ineunte* como verdadera y propia ‘pedagogía de la santidad’: «es necesario un cristianismo que se distinga ante

todo en el arte de la oración». Mientras en la cultura contemporánea, incluso entre tantas contradicciones, aflora una nueva exigencia de espiritualidad, impulsada también por influjo de otras religiones, es más urgente que nunca que nuestras comunidades cristianas se conviertan en «auténticas escuelas de oración».

El Rosario forma parte de la mejor y más reconocida tradición de la contemplación cristiana. Iniciado en Occidente, es una oración típicamente meditativa y se corresponde de algún modo con la «oración del corazón», u «oración de Jesús», surgida sobre el *humus* del Oriente cristiano.

[...]

Oración por la paz y por la familia

Algunas circunstancias históricas ayudan a dar un nuevo impulso a la propagación del Rosario. Ante todo, la urgencia de implorar de Dios *el don de la paz*. El Rosario ha sido propuesto muchas veces por mis predecesores y por mí mismo como *oración por la paz*. Al inicio de un milenio que se ha abierto con las horribles escenas del atentado del 11 de septiembre de 2001 y que ve cada día en muchas partes del mundo nuevos episodios de sangre y violencia, promover el Rosario significa sumirse en la contemplación del misterio de Aquél que «es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad» (*Ef* 2, 14). No se puede, pues, recitar el Rosario sin sentirse implicados en un compromiso concreto de servir a la paz, con una particular atención a la tierra de Jesús, aún ahora tan atormentada y tan querida por el corazón cristiano.

Otro ámbito crucial de nuestro tiempo, que requiere una urgente atención y oración, es *el de la familia*, célula de la sociedad, amenazada cada vez más por fuerzas disgregadoras, tanto de índole ideológica como práctica, que hacen temer por el futuro de esta fundamental e irrenunciable institución y, con ella, por el destino de toda la sociedad. En el marco de una pastoral familiar más amplia, fomentar el Rosario en las familias cristianas es una ayuda eficaz para contrastar los efectos desoladores de esta crisis actual.

La Virgen a través del Rosario ejerce su solicitud materna

Numerosos signos muestran cómo la Santísima Virgen ejerce también hoy, precisamente a través de esta oración, aquella solicitud materna para con todos los hijos de la Iglesia que el Redentor, poco antes de morir, le confió en la persona del discípulo predilecto: «¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!» (*Jn* 19, 26). Son conocidas las distintas circunstancias en las que la Madre de Cristo,

entre el siglo XIX y XX, ha hecho de algún modo notar su presencia y su voz para exhortar al Pueblo de Dios a recurrir a esta forma de oración contemplativa. Deseo en particular recordar, por la incisiva influencia que conservan en la vida de los cristianos y por el acreditado reconocimiento recibido de la Iglesia, las apariciones de Lourdes y Fátima,¹¹ cuyos santuarios son meta de numerosos peregrinos, en busca de consuelo y esperanza.

Los apóstoles del Rosario

SERÍA imposible citar la multitud innumerable de santos que han encontrado en el Rosario un auténtico camino de santificación. Bastará con recordar a san Luis María Grignon de Montfort, autor de una preciosa obra sobre el Rosario y, más cercano a nosotros, al padre Pío de Pietrelcina, que recientemente he tenido la alegría de canonizar. Un especial carisma como verdadero apóstol del Rosario tuvo también el beato Bartolomé Longo. Su camino de santidad se apoya sobre una inspiración sentida en lo más hondo de su corazón: « ¡Quien propaga el Rosario se salva!». Basándose en ello, se sintió llamado a construir en Pompeya un templo dedicado a la Virgen del Santo Rosario colindante con los restos de la antigua ciudad, apenas influenciada por el anuncio cristiano antes de quedar cubierta por la erupción del Vesuvio en el año 79 y rescatada de sus cenizas siglos después, como testimonio de las luces y las sombras de la civilización clásica.

Con toda su obra y, en particular, a través de los «Quince sábados», Bartolomé Longo desarrolló el meollo cristológico y contemplativo del Rosario, que ha contado con un particular aliento y apoyo en León XIII, el «Papa del Rosario».

CONTEMPLAR A CRISTO CON MARÍA

El Rosario, oración contemplativa

El Rosario, precisamente a partir de la experiencia de María, es una *oración marcadamente contemplativa*. Sin esta dimensión, se desnaturalizaría, como subrayó Pablo VI: «Sin contemplación, el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: «Cuando oréis, no seáis charlatanes como los paganos, que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad» (*Mt* 6, 7). Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso, que favorezca en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelen su insondable riqueza».

[...]

El Rosario nos transporta místicamente junto a María, dedicada a seguir el crecimiento humano de Cristo en la casa de Nazaret. Eso le permite educarnos y modelarnos con la misma diligencia, hasta que Cristo «sea formado» plenamente en nosotros (cf. *Ga* 4, 19). Esta acción de María, basada totalmente en la de Cristo y subordinada radicalmente a ella, «favorece, y de ninguna manera impide, la unión inmediata de los creyentes con Cristo». Es el principio iluminador expresado por el Concilio Vaticano II, que tan intensamente he experimentado en mi vida, haciendo de él la base de mi lema episcopal: *Totus tuus*. Un lema, como es sabido, inspirado en la doctrina de san Luis María Grignion de Montfort, que explicó así el papel de María en el proceso de configuración de cada uno de nosotros con Cristo: «Como quiera que *toda nuestra perfección consiste en el ser conformes, unidos y consagrados a Jesucristo*, la más perfecta de las devociones es, sin duda alguna, la que nos conforma, nos une y nos consagra lo más perfectamente posible a Jesucristo. Ahora bien, siendo María, de todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo, se sigue que, de todas las devociones, la que más consagra y conforma un alma a Jesucristo es la devoción a María, su Santísima Madre, y que cuanto más consagrada esté un alma a la Santísima Virgen, tanto más lo estará a Jesucristo». De verdad, en el Rosario el camino de Cristo y el de María se encuentran profundamente unidos. ¡María no vive más que en Cristo y en función de Cristo!

Rogar a Cristo con María

El Rosario es a la vez meditación y súplica. La plegaria insistente a la Madre de Dios se apoya en la confianza de que su materna intercesión lo puede todo ante el corazón del Hijo. Ella es «omnipotente por gracia», como, con audaz expresión que debe entenderse bien, dijo en su *Súplica a la Virgen* el beato Bartolomé Longo. Basada en el Evangelio, ésta es una certeza que se ha ido consolidando por experiencia propia en el pueblo cristiano. El eminente poeta Dante la interpreta estupendamente, siguiendo a san Bernardo, cuando canta: «Mujer, eres tan grande y tanto vales, que quien desea una gracia y no recurre a ti, quiere que su deseo vuele sin alas». En el Rosario, mientras suplicamos a María, templo del Espíritu Santo (cf. *Lc* 1, 35), Ella intercede por nosotros ante el Padre que la ha llenado de gracia y ante el Hijo nacido de su seno, rogando con nosotros y por nosotros.

Anunciar a Cristo con María

El Rosario es también *un itinerario de anuncio y de profundización*, en el que el misterio de Cristo es pre-

sentado continuamente en los diversos aspectos de la experiencia cristiana. Es una presentación orante y contemplativa, que trata de modelar al cristiano según el Corazón de Cristo. Efectivamente, si en el rezo del Rosario se valoran adecuadamente todos sus elementos para una meditación eficaz, se da, especialmente en la celebración comunitaria en las parroquias y los santuarios, una *significativa oportunidad catequética* que los pastores deben saber aprovechar. La Virgen del Rosario continúa también de este modo su obra de anunciar a Cristo. La historia del Rosario muestra cómo esta oración ha sido utilizada especialmente por los dominicos, en un momento difícil para la Iglesia a causa de la difusión de la herejía. Hoy estamos ante nuevos desafíos. ¿Por qué no volver a tomar en la mano las cuentas del rosario con la fe de quienes nos han precedido? El Rosario conserva toda su fuerza y sigue siendo un recurso importante en el bagaje pastoral de todo buen evangelizador.

MISTERIOS DE CRISTO, MISTERIOS DE LA MADRE

El Rosario, «compendio del Evangelio»

EL Rosario es una de las modalidades tradicionales de la oración cristiana orientada a la contemplación del rostro de Cristo. Así lo describía el papa Pablo VI: «Oración evangélica centrada en el misterio de la Encarnación redentora, el Rosario es, pues, oración de orientación profundamente cristológica. En efecto, su elemento más característico –la repetición litánica del «Dios te salve, María»– se convierte también en alabanza constante a Cristo, término último del anuncio del Ángel y del saludo de la madre del Bautista: «Bendito el fruto de tu seno» (*Lc* 1,42). Diremos más: la repetición del *Ave Maria* constituye el tejido sobre el cual se desarrolla la contemplación de los misterios: el Jesús que toda *Ave María* recuerda es el mismo que la sucesión de los misterios nos propone una y otra vez como Hijo de Dios y de la Virgen».

Una incorporación oportuna

[...]

Para que pueda decirse que el Rosario es más plenamente ‘compendio del Evangelio’, es conveniente pues que, tras haber recordado la Encarnación y la vida oculta de Cristo (*misterios de gozo*), y antes de considerar los sufrimientos de la pasión (*misterios de dolor*) y el triunfo de la Resurrección (*misterios de gloria*), la meditación se centre también en algunos momentos particularmente significativos de la vida pública (*misterios de luz*). Esta incorporación de nuevos misterios, sin prejuzgar

ningún aspecto esencial de la estructura tradicional de esta oración, se orienta a hacerla vivir con renovado interés en la espiritualidad cristiana, como verdadera introducción a la profundidad del Corazón de Cristo, abismo de gozo y de luz, de dolor y de gloria.

[...]

Misterios de luz

Pasando de la infancia y de la vida de Nazaret a la vida pública de Jesús, la contemplación nos lleva a los misterios que se pueden llamar de manera especial «misterios de luz». En realidad, *todo el misterio de Cristo es luz*. Él es «la luz del mundo» (Jn 8, 12). Pero esta dimensión se manifiesta sobre todo *en los años de la vida pública*, cuando anuncia el evangelio del Reino. Deseando indicar a la comunidad cristiana cinco momentos significativos –misterios «luminosos»– de esta fase de la vida de Cristo, pienso que se pueden señalar: 1. su Bautismo en el Jordán; 2. su autorrevelación en las bodas de Caná; 3. su anuncio del Reino de Dios invitando a la conversión; 4. su Transfiguración; 5. institución de la Eucaristía, expresión sacramental del misterio pascual.

[...]

Excepto en el de Caná, en estos misterios *la presencia de María queda en el trasfondo*. Los Evangelios apenas insinúan su eventual presencia en algún que otro momento de la predicación de Jesús (cf. Mc 3, 31-35; Jn 2, 12) y nada dicen sobre su presencia en el Cenáculo en el momento de la institución de la Eucaristía. Pero, de algún modo, el cometido que desempeña en Caná acompaña toda la misión de Cristo. La revelación, que en el Bautismo en el Jordán proviene directamente del Padre y ha resonado en el Bautista, aparece también en labios de María en Caná y se convierte en su gran invitación materna dirigida a la Iglesia de todos los tiempos: «Haced lo que él os diga» (Jn 2, 5). Es una exhortación que introduce muy bien las palabras y signos de Cristo durante su vida pública, siendo como el telón de fondo mariano de todos los «misterios de luz».

[...]

Misterio de Cristo, ‘misterio’ del hombre

En el testimonio ya citado de 1978 sobre el Rosario como mi oración predilecta, expresé un concepto sobre el que deseo volver. Dije entonces que «el simple rezo del Rosario marca el ritmo de la vida humana».

Al mismo tiempo, resulta natural presentar en este encuentro con la santa humanidad del Redentor tantos problemas, afanes, fatigas y proyectos que marcan nuestra vida. «Descarga en el Señor tu peso, y él te sustentará» (Sal 55, 23). Meditar con el Rosario significa poner

nuestros afanes en los corazones misericordiosos de Cristo y de su Madre. Después de largos años, recordando los sinsabores, que no han faltado tampoco en el ejercicio del ministerio petrino, deseo repetir, casi como una cordial invitación dirigida a todos para que hagan de ello una experiencia personal: sí, verdaderamente el Rosario «marca el ritmo de la vida humana», para armonizarla con el ritmo de la vida divina, en gozosa comunión con la Santísima Trinidad, destino y anhelo de nuestra existencia.

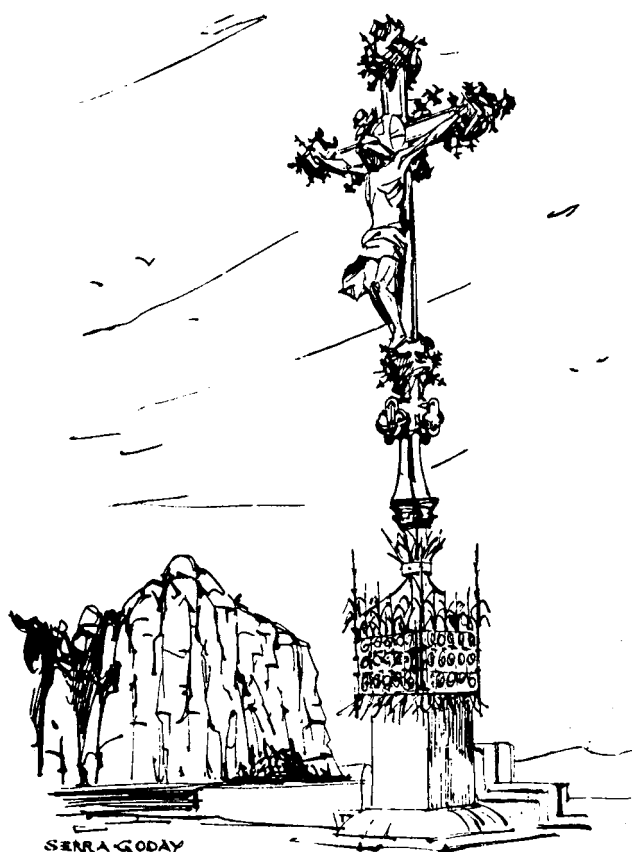
«PARA MÍ LA VIDA ES CRISTO»

El Rosario, camino de asimilación del misterio

EL Rosario propone la meditación de los misterios de Cristo con un método característico, adecuado para favorecer su asimilación. Se trata del *método basado en la repetición*. Esto vale ante todo para el *Ave Maria*, que se repite diez veces en cada misterio. Si consideramos superficialmente esta repetición, se podría pensar que el Rosario es una práctica árida y aburrida. En cambio, se puede hacer otra consideración sobre el Rosario, si se toma como expresión del amor que no se cansa de dirigirse hacia la persona amada con manifestaciones que, incluso parecidas en su expresión, son siempre nuevas respecto al sentimiento que las inspira.

En Cristo, Dios ha asumido verdaderamente un «corazón de carne». Cristo no solamente tiene un corazón divino, rico en misericordia y perdón, sino también un corazón humano, capaz de todas las expresiones de afecto. A este respecto, si necesitáramos un testimonio evangélico, no sería difícil encontrarlo en el conmovedor diálogo de Cristo con Pedro después de la Resurrección. «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?» Tres veces se le hace la pregunta, tres veces Pedro responde: «Señor, tú lo sabes que te quiero» (cf. Jn 21,15-17). Más allá del sentido específico del pasaje, tan importante para la misión de Pedro, a nadie se le escapa la belleza de esta *triple repetición*, en la cual la reiterada pregunta y la respuesta se expresan en términos bien conocidos por la experiencia universal del amor humano. Para comprender el Rosario, hace falta entrar en la dinámica psicológica que es propia del amor.

Una cosa está clara: si la repetición del *Ave Maria* se dirige directamente a María, el acto de amor, con Ella y por Ella, se dirige a Jesús. La repetición favorece el deseo de una configuración cada vez más plena con Cristo, verdadero ‘programa’ de la vida cristiana. San Pablo lo ha enunciado con palabras ardientes: «Para mí la vida es Cristo, y la muerte una ganancia» (Flp 1,21). Y también: «No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20). El Rosario nos ayuda a crecer en esta configuración hasta la meta de la santidad.



Rosario de Montserrat. V Misterio de dolor

La distribución en el tiempo

El Rosario puede recitarse entero cada día, y hay quienes así lo hacen de manera laudable. De ese modo, el Rosario impregna de oración los días de muchos contemplativos, o sirve de compañía a enfermos y ancianos que tienen mucho tiempo disponible. Pero es obvio –y eso vale, con mayor razón, si se añade el nuevo ciclo de los *mysteria lucis*– que muchos no podrán recitar más que una parte, según un determinado orden semanal. Esta distribución semanal da a los días de la semana un cierto ‘color’ espiritual, análogamente a lo que hace la Liturgia con las diversas fases del año litúrgico.

Según la praxis corriente, el lunes y el jueves están dedicados a los «misterios gozosos», el martes y el viernes a los «dolorosos», el miércoles, el sábado y el domingo a los «gloriosos». ¿Dónde introducir los «misterios de la luz»? Considerando que los misterios gloriosos se proponen seguidos el sábado y el domingo, y que el sábado es tradicionalmente un día de marcado carácter mariano, parece aconsejable trasladar al sábado la segunda meditación semanal de los misterios gozosos, en los cuales la presencia de María es más destacada. Queda así libre el jueves para la meditación de los misterios de la luz.

CONCLUSIÓN

«Rosario bendito de María, cadena dulce que nos unes con Dios»

La Iglesia ha visto siempre en esta oración una particular eficacia, confiando las causas más difíciles a su recitación comunitaria y a su práctica constante. En momentos en los que la cristiandad misma estaba amenazada, se atribuyó a la fuerza de esta oración la liberación del peligro y la Virgen del Rosario fue considerada como propiciadora de la salvación.

Hoy deseo confiar a la eficacia de esta oración –lo he señalado al principio– la causa de la paz en el mundo y la de la familia.

La paz

Las dificultades que presenta el panorama mundial en este comienzo del nuevo milenio nos inducen a pensar que sólo una intervención de lo Alto, capaz de orientar los corazones de quienes viven situaciones conflictivas y de quienes dirigen los destinos de las naciones, puede hacer esperar un futuro menos oscuro.

El Rosario es una oración orientada por su naturaleza hacia la paz, por el hecho mismo de que contempla a Cristo, Príncipe de la paz y «nuestra paz» (Ef 2, 14). Quien interioriza el misterio de Cristo –y el Rosario tiene precisamente a eso– aprende el secreto de la paz y hace de ello un proyecto de vida. Además, debido a su carácter meditativo, con la serena sucesión del *Ave Maria*, el Rosario ejerce sobre el orante una acción pacificadora que lo dispone a recibir y experimentar en la profundidad de su ser, y a difundir a su alrededor, paz verdadera, que es un don especial del Resucitado (cf. Jn 14,27; 20,21).

La familia: los padres...

Además de oración por la paz, el Rosario es también, desde siempre, una oración de la familia y por la familia. Antes esta oración era apreciada particularmente por las familias cristianas, y ciertamente favorecía su comunión. Conviene no descuidar esta preciosa herencia. Se ha de volver a rezar en familia y a rogar por las familias, utilizando todavía esta forma de plegaria.

La familia que reza unida, permanece unida. El Santo Rosario, por antigua tradición, es una oración que se presta particularmente para reunir a la familia. Contemplando a Jesús, cada uno de sus miembros recupera también la capacidad de volverse a mirar a los ojos, para comunicar, solidarizarse, perdonarse recíprocamente y comenzar de nuevo con un pacto de amor renovado por el Espíritu de Dios.

Muchos problemas de las familias contemporáneas, especialmente en las sociedades económicamente más desarrolladas, derivan de una creciente dificultad para comunicarse. No se consigue estar juntos y a veces los raros momentos de reunión quedan absorbidos por las imágenes de un televisor. Volver a rezar el Rosario en familia significa introducir en la vida cotidiana otras imágenes muy distintas, las del misterio que salva: la imagen del Redentor, la imagen de su Madre santísima. La familia que reza unida el Rosario reproduce un poco el clima de la casa de Nazaret: Jesús está en el centro, se comparten con él alegrías y dolores, se ponen en sus manos las necesidades y proyectos, se obtienen de él la esperanza y la fuerza para el camino.

... y los hijos

Es hermoso y fructuoso confiar también a esta oración *el proceso de crecimiento de los hijos*. ¿No es acaso, el Rosario, el itinerario de la vida de Cristo, desde su concepción a la muerte, hasta la Resurrección y la gloria? Hoy resulta cada vez más difícil para los padres seguir a los hijos en las diversas etapas de su vida. En la sociedad de la tecnología avanzada, de los medios de comunicación social y de la globalización, todo se ha acelerado, y cada día es mayor la distancia cultural entre las generaciones. Los mensajes de todo tipo y las experiencias más imprevisibles hacen mella pronto en la vida de los chicos y los adolescentes, y a veces es angustioso para los padres afrontar los peligros que corren los hijos. Con frecuencia se encuentran ante desilusiones fuertes, al constatar los fracasos de los hijos ante la seducción de la droga, los atractivos de un hedonismo desenfrenado, las tentaciones de la violencia o las formas tan diferentes del sinsentido y la desesperación.

Rezar el Rosario *por los hijos*, y mejor aún, *con los hijos*, educándolos desde su tierna edad para este momento cotidiano de «intervalo de oración» de la familia, no es ciertamente la solución de todos los problemas, pero es una ayuda espiritual que no se debe minimizar. Se puede objetar que el Rosario parece una oración poco adecuada para los gustos de los chicos y los jóvenes de hoy. Pero quizás esta objeción se basa en un modo poco esmerado de rezarlo. Por otra parte, salvando su estructura fundamental, nada impide que, para ellos, el rezo del Rosario –tanto en familia como en los grupos– se

enriquezca con oportunas aportaciones simbólicas y prácticas, que favorezcan su comprensión y valorización. ¿Por qué no probarlo? Una pastoral juvenil no derrotista, apasionada y creativa –¡las Jornadas Mundiales de la Juventud han dado buena prueba de ello!– es capaz de dar, con la ayuda de Dios, pasos verdaderamente significativos. Si el Rosario se presenta bien, estoy seguro de que los jóvenes mismos serán capaces de sorprender una vez más a los adultos, haciendo propia esta oración y recitándola con el entusiasmo típico de su edad.

El Rosario, un tesoro que recuperar

Queridos hermanos y hermanas: una oración tan fácil, y al mismo tiempo tan rica, merece de veras ser recuperada por la comunidad cristiana. Hagámoslo sobre todo en este año, asumiendo esta propuesta como una consolidación de la línea trazada en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, en la cual se han inspirado los planes pastorales de muchas iglesias particulares al programar los objetivos para el próximo futuro.

Pienso en todos vosotros, hermanos y hermanas de toda condición, en vosotras, familias cristianas, en vosotros, enfermos y ancianos, en vosotros, jóvenes: *tomad con confianza entre las manos el rosario*, descubriéndolo de nuevo a la luz de la Escritura, en armonía con la Liturgia y en el contexto de la vida cotidiana.

¡Qué este llamamiento mío no sea en balde! Al inicio del vigésimo quinto año de pontificado, pongo esta carta apostólica en las manos de la Virgen María, *postrándome espiritualmente ante su imagen en su espléndido santuario edificado por el beato Bartolomé Longo*, apóstol del Rosario. Hago mías con gusto las palabras conmovedoras con las que él termina la célebre *Súplica a la Reina del Santo Rosario*: «Oh Rosario bendito de María, dulce cadena que nos une con Dios, vínculo de amor que nos une a los ángeles, torre de salvación contra los asaltos del infierno, puerto seguro en el común naufragio, no te dejaremos jamás. Tú serás nuestro consuelo en la hora de la agonía. Para ti el último beso de la vida que se apaga. Y el último susurro de nuestros labios será tu suave nombre, oh Reina del Rosario de Pompeya, oh Madre nuestra querida, oh Refugio de los pecadores, oh Soberana, consoladora de los tristes. Que seas bendita por doquier, hoy y siempre, en la tierra y en el cielo».



María ampara a la Iglesia en los tiempos calamitosos

*Fragments de la carta encíclica Supremi Apostolatus del papa León XIII
sobre la devoción al santo Rosario*

Devoción a María. El Rosario

EL apostolado supremo que Nos está confiado y las circunstancias difíciles por las que atravesamos, Nos advierten a cada momento e imperiosamente Nos empujan a velar con tanto más cuidado por la integridad de la Iglesia cuanto mayores son las calamidades que la afligen.

Por esta razón, a la vez que Nos esforzamos cuanto sea posible en defender por todos los medios los derechos de la Iglesia y en prevenir y rechazar los peligros que la amenazan y asedian, empleamos la mayor diligencia en implorar la asistencia de los divinos socorros, con cuya única ayuda pueden tener buen resultado Nuestros afanes y cuidados.

Y creemos que nada puede conducir más eficazmente a este fin, que, con la práctica de la Religión y la piedad hacernos propicia a la excelsa Madre de Dios, la Virgen María, que es la que puede alcanzarnos la paz y dispensarnos la gracia, colocada como está por su Divino Hijo en la cúspide de la gloria y del poder, para ayudar con el socorro de su protección a los hombres que en medio de fatigas y peligros se encuentran en la Ciudad Eterna.

Por esto, y próximo ya el solemne aniversario que recuerda los innumerables y grandes beneficios que ha reportado al pueblo cristiano la devoción del santo Rosario de María, Nos queremos que en el corriente año esta devoción sea objeto de particular atención en el mundo católico, a fin de que por la intercesión de la Virgen María obtengamos de su Divino Hijo venturoso alivio y término a Nuestros males. Por lo mismo hemos pensado, venerables hermanos, dirigiros estas letras, a fin de que, conocido Nuestro propósito, excitéis con vuestra autoridad y con vuestro celo la piedad de los pueblos para que cumplan con él esmeradamente.

María ampara a la Iglesia en los tiempos calamitosos

En tiempos críticos y angustiosos siempre el principal y constante cuidado de los católicos ha sido refugiarse bajo la égida de María y ampararse a su maternal bondad, lo cual demuestra que la Iglesia católica ha puesto siempre y con razón en la Madre de Dios toda su confianza. En efecto, la Virgen, exenta de la mancha original, escogida para ser la Madre de Dios y asociada por lo mismo a la obra de la salvación del género huma-

no, goza cerca de su Hijo de un favor y poder tan grande, como nunca han podido ni podrán obtenerlo ni los hombres ni los Ángeles. Así, pues, ya que le es sobremanera dulce y agradable conceder su socorro y asistencia a cuantos lo pidan, desde luego es de esperar que acogerá cariñosa las preces de la Iglesia universal.

Mas esta piedad tan grande y tan llena de confianza en la Reina de los cielos, nunca ha brillado con más resplandor que cuando la violencia de los errores, el desbordamiento de las costumbres, o los ataques de adversarios poderosos, han parecido poner en peligro la Iglesia de Dios.

Los ejemplos de la historia

La historia antigua y moderna, y los fastos más memorables de la Iglesia recuerdan las preces públicas y privadas dirigidas a la Virgen Santísima, como los auxilios concedidos por Ella; e igualmente en muchas circunstancias la paz y tranquilidad pública, obtenidas por su intercesión. De ahí estos excelentes títulos de Auxiliadora, Bienhechora y Consoladora de los cristianos; Reina de los ejércitos y Dispensadora de la paz, con que se la ha saludado. Entre todos los títulos es muy especialmente digno de mención el del santísimo Rosario, por el cual han sido consagrados perpetuamente los insignes beneficios que le debe la cristiandad.

Ninguno de vosotros ignora, venerables hermanos, cuántos sinsabores y amarguras causaron a la Santa Iglesia de Dios a fines del siglo XII los herejes albigenses, que, nacidos de la secta de los últimos maniqueos llenaron de sus perniciosos errores el mediodía de Francia, y todos los demás países del mundo latino, y llevando a todas partes el terror de sus armas, extendían por doquiera su dominio con el exterminio y la muerte.

Santo Domingo y el Rosario

Contra tan terribles enemigos, Dios suscitó en su misericordia al insigne Padre y fundador de la Orden de los dominicos. Este héroe, grande por la integridad de su doctrina, por el ejemplo de sus virtudes y por sus trabajos apostólicos, se esforzó en pelear contra los enemigos de la Iglesia católica, no con la fuerza ni con las armas, sino con la más acendrada fe en la devoción del santo Rosario, que él fue el primero en propagar, y que

sus hijos han llevado a los cuatro ángulos del mundo. Preveía, en efecto, por inspiración divina, que esta devoción pondría en fuga, como poderosa máquina de guerra, a los enemigos, y confundiría su audacia y su loca impiedad. Así lo justificaron los hechos. Gracias a este modo de orar, aceptado, regulado y puesto en práctica por la Orden de santo Domingo, principiaron a arraigarse la piedad, la fe y la concordia, y quedaron destruidos los proyectos y artificios de los herejes; muchos extraviados volvieron al recto camino y el furor de los impíos fue refrenado por las armas católicas empuñadas para resistirle.

María de las Victorias contra los turcos

La eficacia y el poder de esa oración se experimentaron en el siglo xvi, cuando los innumerables ejércitos de los turcos estaban en vísperas de imponer el yugo de la superstición y de la barbarie a casi toda Europa. Con este motivo el soberano pontífice Pío V, después de reanimar en todos los príncipes cristianos el sentimiento de la común defensa, trató, en cuanto estaba a su alcance, de hacer propicia a los cristianos a la todopoderosa Madre de Dios y de atraer sobre ellos su auxilio, invocándola por medio del santísimo Rosario. Este noble ejemplo que en aquellos días se ofreció a tierra y cielo, unió todos los ánimos y persuadió a todos los corazones; de suerte que los fieles cristianos dedicados a derramar su sangre y a sacrificar su vida para salvar a la Religión y a la patria, marchaban, sin tener en cuenta su número, al encuentro de las fuerzas enemigas reunidas no lejos del golfo de Corinto; mientras los que no eran aptos para empuñar las armas, cual piadoso ejército de suplicantes, imploraban y saludaban a María, repitiendo las fórmulas del Rosario, y pedían el triunfo de los combatientes.

La Soberana Señora así rogada, oyó muy luego sus preces, pues que, empeñado el combate naval en las Islas Equinadas, la escuadra de los cristianos, reportó, sin experimentar grandes bajas, una insigne victoria y aniquiló las fuerzas enemigas.

Por este motivo, el mismo santo pontífice, en agradecimiento a tan señalado beneficio, quiso que se consagrara con una fiesta en honor de María de las Victorias, el recuerdo de ese memorable combate, y después Gregorio XIII sancionó dicha festividad con el nombre de santo Rosario.

Asimismo en el siglo último alcanzáronse importantes victorias sobre los turcos en Temesvar, Hungría y Corfú, las cuales se obtuvieron en días consagrados a la Santísima Virgen, y terminadas las preces públicas del santísimo Rosario. Esto inclinó a nuestro predecesor Clemente XI a decretar para la Iglesia universal la festividad del santísimo Rosario.

Los romanos pontífices hablan del santo Rosario

Así pues, demostrado que esta forma de orar es agradable a la Santísima Virgen y tan propia para la defensa de la Iglesia y del pueblo cristiano, como para atraer toda suerte de beneficios públicos y particulares, no es de admirar que varios de nuestros predecesores se hayan dedicado a fomentarla y recomendarla con especiales elogios. Urbano IV aseguró *que el Rosario proporcionaba todos los días ventajas al pueblo cristiano*; Sixto V dijo que ese modo de orar *cedía en mayor honra y gloria de Dios*, y que era muy conveniente para conjurar los peligros que amenazaban al mundo; León X, declaró *que se había instituido contra los heresiarcas y las perniciosas herejías*, y Julio III le apellidó *loro de la Iglesia*. San Pío V dijo también del Rosario que, con la propagación de estas preces, *los fieles empezaron a enfervorizarse en la oración y que llegaron a ser hombres distintos a lo que antes eran; que las tinieblas de la herejía se disiparon, y que la luz de la fe brilló en su esplendor*. Por último, Gregorio XIII declaró que santo Domingo, había instituido el Rosario para *apaciguar la cólera de Dios e implorar la intercesión de la bienaventurada Virgen María*.

Inspirado Nos en este pensamiento y en los ejemplos de Nuestros predecesores, hemos creído oportuno establecer preces solemnes, elevándolas a la Santísima Virgen en su santo Rosario, para obtener de Jesucristo igual socorro contra los peligros que Nos amenazan. Ya veis, venerables hermanos, las difíciles pruebas a que todos los días está expuesta la Iglesia; la piedad cristiana, la moralidad pública, la fe misma, que es el bien supremo y el principio de todas las virtudes, todo está amenazado cada día de los mayores peligros.

Además no sólo conocéis Nuestra difícil situación y Nuestras múltiples angustias, sino que vuestra caridad os lleva a sentir con Nos cierta unión y sociedad; pues es muy doloroso y lamentable ver a tantas almas rescatadas por Jesucristo, arrancadas a la salvación por el torbellino de un siglo extraviado y precipitadas en el abismo y en la muerte eterna. En nuestros tiempos tenemos tanta necesidad del auxilio divino como en la época en que el gran Domingo levantó el estandarte del Rosario de María, a fin de curar los males de su época. Ese gran santo, iluminado por la luz celestial, entrevió claramente que, para curar a su siglo, ningún medio podía ser tan eficaz como el atraer a los hombres a Jesucristo, que es *el camino, la verdad y la vida*, impulsándolos a dirigirse a la Virgen, a quien está concedido el poder de *destruir todas las herejías*.

En qué consiste el Rosario

La fórmula del santo Rosario la compuso de tal manera santo Domingo, que en ella se recuerdan por su

orden sucesivo los misterios de nuestra salvación y en este ejercicio de meditación se incorpora la mística corona, tejida de la salutación angélica; intercalándose la oración dominical a Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Nos, que buscamos un remedio a males parecidos, tenemos derecho a creer que, valiéndonos de la misma oración que sirvió a santo Domingo para hacer tanto bien, podremos ver desaparecer asimismo las calamidades que afligen a nuestra época.

Mes de Octubre y festividad consagrada al Santo Rosario

POR lo cual no sólo excitamos vivamente a todos los cristianos a dedicarse pública o privadamente y en el seno de sus familias a recitar el santo Rosario y a perseverar en este santo ejercicio, sino que queremos que *el mes de octubre de este año se consagre enteramente a la Reina del Rosario*. Decretamos por lo mismo y ordenamos que en todo el orbe católico se celebre solemnemente en el año corriente, con esplendor y con pompa la festividad del Rosario, y que desde el primer día del mes de octubre próximo hasta el segundo día del mes de noviembre siguiente, se recen en todas las iglesias curiales, y si los Ordinarios lo juzgan oportuno, en todas las iglesias y capillas dedicadas a la Santísima Virgen, al menos cinco decenas del Rosario, añadiendo las Letanías lauretanas. Deseamos asimismo que el pueblo concurra a estos ejercicios piadosos, y que se celebre en ellos el santo sacrificio de la Misa, o se exponga el Santísimo Sacramento a la adoración de los fieles, y se dé luego la bendición con el mismo. Será también de Nuestro agrado, que las cofradías del santísimo Rosario de María lo canten procesionalmente por las calles conforme a la antigua costumbre. Y donde por razón de las circunstancias, esto no fuere posible, procúrese sustituir con la mayor frecuencia a los templos y con el aumento de las virtudes cristianas.

Las indulgencias concedidas

En gracia de los que practicaren lo que queda dispuesto, y para animar a todos, abrimos los tesoros de la Iglesia, y a cuantos asistieren en el tiempo antes designado a la recitación pública del Rosario y las Letanías, y orasen conforme a Nuestra intención, concedemos siete años y siete cuarentenas de indulgencias por cada vez. Y de la misma gracia queremos que gocen los que legí-

timamente impedidos de hacer en público dichas preces, las hicieren privadamente. Y a aquellos que en el tiempo prefijado practicaren al menos diez veces en público o en secreto, si públicamente por justa causa no pudieren, las indicadas preces, y purificada debidamente su alma, se acercaren a la Sagrada Comunión les dejamos libres de toda expiación y de toda pena en forma de indulgencia plenaria.

Concedemos también plenísima remisión de sus pecados a aquellos que, sea en el día de la fiesta del santísimo Rosario, sea en los ocho días siguientes, purificada su alma por medio de la confesión se acercaren a la Sagrada Mesa y rogaren en algún templo, según Nuestra intención, a Dios y a la Santísima Virgen, por las necesidades de la Iglesia.

¡Orad, pues, venerables hermanos! Cuanto más os intereséis por honrar a María y por salvar a la sociedad humana, más debéis dedicaros a alentar la piedad de los fieles hacia la Virgen Santísima, aumentando su confianza en ella. Nos consideramos que entra en los designios providenciales el que en estos tiempos de prueba para la Iglesia florezca más que nunca en la inmensa mayoría del pueblo cristiano el culto de la Santísima Virgen.

Quiera Dios que excitadas por nuestras exhortaciones e inflamadas por nuestros llamamientos las naciones cristianas, busquen, con ardor cada día mayor, la protección de María; que se acostumbren cada vez más al rezo del Rosario, a ese culto que nuestros antepasados tenían el hábito de practicar no sólo como remedio siempre presente a sus males, sino como noble adorno de la piedad cristiana. La celestial Patrona del género humano escuchará esas preces y concederá fácilmente a los buenos el favor de ver acrecentarse sus virtudes, y a los descarriados el de volver al bien y entrar de nuevo en el camino de salvación. Ella obtendrá que el Dios vengador de los crímenes, inclinándose a la clemencia y a la misericordia, restituya al orbe cristiano y a la sociedad, después de eliminar en lo sucesivo todo peligro, el tan apetecible sosiego.

Alentado por esta esperanza Nos suplicamos a Dios por la intercesión de aquella en quien ha puesto la plenitud de todo bien, y le rogamos con todas Nuestras fuerzas, que derrame abundantemente sobre vosotros, venerables hermanos, sus celestiales favores. Y como prenda de Nuestra benevolencia, os damos de todo corazón a vosotros, a vuestro clero y a los pueblos confiados a vuestros cuidados, la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 1º de septiembre de 1883, año sexto de nuestro pontificado.

El Rosario es eficaz remedio contra los males presentes

Fragmentos de la carta encíclica del papa Pío XI sobre el santo Rosario

No una sola vez hemos afirmado —como recientemente lo hemos hecho en la *Carta Encíclica Divini Redemptoris*— que a los males cada vez más graves de nuestro tiempo no se puede dar otro remedio que el del retorno a Nuestro Señor Jesucristo y a sus santísimos preceptos. Sólo Él *tiene palabras de vida eterna*; y ni los individuos ni la sociedad pueden hacer cosa alguna que pronto y miserablemente no decaiga, si dejan aparte la majestad de Dios y repudian su ley.

Mas quien estudie con diligencia los anales de la Iglesia Católica, fácilmente verá unido a todos los fastos del nombre cristiano el poderoso patrocinio de la Virgen Madre de Dios.

María y la historia de la Iglesia

Y en efecto, cuando los errores difundiendo por doquiera se obstinaban en dilacerar la túnica inconsútil de la Iglesia y en perturbar el orbe católico, nuestros padres con ánimo confiado se dirigieron a aquélla que *sola ha destruido todas las herejías del mundo*, y la victoria alcanzada por medio de Ella trajo tiempos más serenos.

Y cuando el impío poder mahometano, confiando en poderosas flotas y en ejércitos aguerridos, amenazaba con la ruina y la esclavitud a los pueblos de Europa, entonces por insinuación del sumo pontífice se imploró fervorosamente la protección de la Madre Celestial, y los enemigos fueron derrotados y sus navíos sumergidos.

Y como en las calamidades públicas así también en sus necesidades privadas los fieles de todas las épocas se dirigieron suplicantemente a María, para que ella, tan benigna, acudiese en su socorro, impetrando alivio y remedio para los dolores del cuerpo y del alma. Y nunca fue esperada en vano su poderosa ayuda por los que la imploraron con piadosa y confiada plegaria.

Los peligros del mundo moderno

También en nuestros días amenazan a la sociedad religiosa y a la civil peligros no menores que en el tiempo pasado.

Y en realidad de verdad, porque debido a que muchos desprecian y repudian completamente la suprema y eterna autoridad de Dios que manda y prohíbe, se sigue que se ha debilitado la conciencia del deber cristia-

no, que languidece en las almas la fe, cuando no se apaga del todo, y que se conmueven y destruyen los fundamentos mismos de la sociedad humana.

Así se ve, por una parte, a ciudadanos trabados en atroz lucha entre sí, porque los unos están colmados de copiosas riquezas y los otros deben ganar el pan para sí y para los suyos con el duro trabajo cotidiano.

Más aún, en algunas regiones, como todos saben, el mal ha llegado a tal punto que se ha querido destruir hasta el derecho privado de propiedad para poner en común todas las cosas. Por otra parte, no faltan hombres que declarando honrar y exaltar sobre todo el poder del Estado, diciendo que es menester asegurar por todos los medios el orden civil y reformar la autoridad, pretenden que con eso se pueda rechazar totalmente las *execrables teorías de los comunistas*; mas despreciando la luz de la sabiduría evangélica se empeñan en hacer resurgir los errores de los paganos y su tenor de vida.

Añádase a esto, la artera y funestísima secta de los que, negando y odiando a Dios, se declaran enemigos del Eterno; se insinúan por doquiera; desacreditan y arrancan de las almas toda creencia religiosa, y conculcan en fin todo derecho divino y humano. Y mientras se mofan de la esperanza de los bienes celestiales, incitan a los hombres a conseguir, aún con medios ilícitos, una felicidad terrenal en todo y por todo mentirosa y los impulsan por lo mismo con audacia temeraria a la destrucción del orden social, suscitando desórdenes, sangrientas rebeliones y la misma conflagración de la guerra civil.

Erigir la confianza en Dios

Sin embargo, venerables hermanos, aun cuando males tan grandes y tan numerosos amenacen y se teman aún mayores para lo porvenir, es menester no desmayar ni dejar languidecer la confiada esperanza que se apoya únicamente en Dios.

El que ha concedido la salud a pueblos y naciones indudablemente no dejará perecer a los que ha redimido con su preciosa sangre, ni abandonará su Iglesia.

Antes bien, como hemos recordado al principio, interpongamos ante Dios la mediación de la Bienaventurada Virgen tan acepta a Él, como quiera que, en palabras de san Bernardo, *así es su voluntad (de Dios) el cual ha querido que todo lo consiguiésemos por medio de María*.

Las plegarias a María. El santo Rosario

ENTRE las varias plegarias con las cuales últimamente Nos dirigimos a la Virgen Madre de Dios, el santo Rosario ocupa sin duda *un puesto especial y distinguido*.

Esta plegaria, que algunos llaman el *Psalterio de la Virgen o Breviario del Evangelio y de la vida cristiana*, ha sido descrita y recomendada por nuestro predecesor de feliz memoria, León XIII, con estos vigorosos rasgos: *grandemente admirable es esta corona tejida con la salutación angélica, en la que se intercala la oración dominical, y se une la obligación de la meditación interior: es una manera excelente de orar... y utilísima para la consecución de la vida inmortal*.

Y esto se deduce también de las mismas flores con que está formada esta mística corona. Efectivamente, ¿qué oraciones pueden hallarse más apropiadas y más santas?

La primera es la que el mismo Nuestro Divino Redentor pronunció cuando los discípulos le pidieron *enseñanos a orar*; santísima súplica que así como nos ofrece el modo de dar gloria a Dios, en cuanto nos es dado, así también considera todas las necesidades de nuestro cuerpo y de nuestra alma. ¿Cómo puede el Padre Eterno, rogado con las palabras de su mismo Hijo, no acudir en nuestra ayuda?

Otra oración es la salutación angélica, que se inicia con el elogio del arcángel Gabriel y de santa Isabel, y termina con la piadosísima imploración con que pedimos el auxilio de la Beatísima Virgen ahora y en la hora de nuestra muerte.

A estas invocaciones hechas de viva voz se agrega la contemplación de los sagrados misterios, que ponen ante nuestros ojos, los gozos, los dolores y los triunfos de Jesucristo y de su Madre, con los que recibimos alivio y confortación en nuestros dolores, y para que, siguiendo esos santísimos ejemplos, por grados de virtud más altos, ascendamos a la felicidad de la patria celestial.

Esta práctica de piedad, venerables hermanos, difundida admirablemente por santo Domingo no sin superior insinuación e inspiración de la Virgen madre de Dios, es sin duda fácil a todos, aun a los indoctos y a las personas sencillas.

¡Y cuánto se apartan del camino de la verdad los que reputan esa devoción como fastidiosa fórmula repetida con monótona cantilena, y la rechazan como buena para niños y mujeres!

A este propósito es de observar que tanto la piedad como el amor, aun repitiendo muchas veces las mismas palabras, no por eso repiten siempre la misma cosa, sino que siempre expresan algo nuevo, que brota del íntimo sentimiento de caridad. Además, este modo de orar tiene el perfume de la sencillez evangélica y requiere la humildad del espíritu, sin la cual, como enseña el Divino Redentor, nos es imposible la adquisición del reino

celestial: *en verdad os digo que si no os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*.

Si nuestro siglo en su soberbia se mofa del santo Rosario y lo rechaza, en cambio, una innumerable muchedumbre de hombres santos de toda edad y de toda condición, lo han estimado siempre, lo han rezado con gran devoción, y en todo momento lo han usado como arma poderosísima para ahuyentar a los demonios, para conservar íntegra la vida, para adquirir más fácilmente la virtud, en una palabra, para la consecución de la verdadera paz entre los hombres.

Ni faltaron hombres insignes por su doctrina y sabiduría que, aunque intensamente ocupados en el estudio y en las *investigaciones científicas*, no han dejado sin embargo un día sin rezar de rodillas y fervorosamente delante de la imagen de la Virgen esta piadosísima forma.

Así también lo tuvieron por deber suyo reyes y príncipes aun cuando apremiados por las ocupaciones y los negocios más urgentes. Esta mística corona se la encuentra y corre no solamente entre las manos de la gente pobre, sino que también es apreciada por ciudadanos de toda categoría social.

No queremos pasar en silencio que la misma Virgen Santísima también en nuestros tiempos ha recomendado instantemente esta manera de orar, cuando apareció y enseñó con su ejemplo esa recitación a la inocente niña en la gruta de Lourdes.

¿Por qué entonces no hemos de esperar toda gracia, si con las debidas disposiciones y santamente suplicamos de esa manera a la Madre Celestial?

Por eso deseamos asaz vivamente, venerables hermanos, que en modo especial, en el próximo mes de octubre sea rezado el santo Rosario con crecida devoción tanto en las iglesias como en las casas privadas.

Y más debe hacerse esto en este año a fin de que, mediante el eficaz recurso a la Virgen Madre de Dios, los enemigos del nombre divino, esto es, todos cuantos se han levantado para renegar y vilipendiar al eterno Dios, para tender insidias a la fe católica y a la libertad debida a la Iglesia, y para rebelarse finalmente con insanos esfuerzos contra los derechos divinos y humanos para ruina y perdición de la sociedad humana, sean finalmente doblegados e inducidos a penitencia y retornen al recto sendero, confiándose a la tutela y protección de María.

El Rosario es eficaz remedio contra los males presentes

Que la Virgen Santa, que un día ahuyentó victoriosa de los países cristianos la terrible secta de los albigenses, ahora invocada fervorosamente por nosotros, haga retroceder los nuevos errores, especialmente los del comunismo, que recuerdan por muchos motivos y por sus muchas fechorías a los antiguos.

Y así como en los tiempos de las cruzadas se elevaba por toda Europa una sola voz, y por los pueblos una sola súplica; así también hoy, en todo el mundo, en las ciudades y en las aldeas aún más pequeñas, unidos de corazón y de fuerza, con filial y constante insistencia, trátase de obtener de la gran Madre de Dios que sean vencidos los enemigos de la civilización cristiana y humana, haciendo así resplandecer ante los hombres cansados y desviados la verdadera paz.

Por tanto, si todos lo hicieren así, con las debidas disposiciones, con gran confianza y con fervorosa piedad, es de esperar que como en el pasado, así también en nuestros días la Beatísima Virgen impetrará de su Divino Hijo que las oleadas de las actuales tempestades sean contenidas y calmadas, y que una brillante victoria corone este noble certamen de los cristianos en la plegaria.

Además, el santo Rosario no solamente sirve mucho para vencer a los enemigos de Dios y de la religión, sino también es un estímulo y un acicate para la práctica de las virtudes evangélicas que insinúa y cultiva en nuestras almas.

Ante todo, nutre la fe católica, que se vigoriza con la oportuna meditación de los sagrados misterios y eleva las almas a las verdades que nos fueron reveladas por Dios.

Todos pueden comprender cuan saludable sea —esta práctica—, especialmente en nuestros tiempos, en los que quizás aún *entre los fieles reina cierto fastidio* por las cosas del espíritu y casi disgusto de la doctrina cristiana.

Luego reaviva la esperanza de los bienes inmortales, pues, al hacernos meditar en la última parte del Rosario, el triunfo de Jesucristo y de su Madre, nos muestra el cielo abierto y nos invita a la conquista de la patria eterna.

Así, mientras en el corazón de los inmortales penetra un ansia desenfrenada por las cosas de la tierra y cada vez más ardientemente los hombres se afanan por las riquezas caducas y los placeres efímeros, todos —los que rezan el Rosario— sienten un provechoso llamado hacia los tesoros celestiales, donde *el ladrón no penetra ni carcome la polilla*, y hacia los bienes imperecederos.

Y ¿cómo no se reencenderá la caridad, que ha languidecido y se ha enfriado en muchos, con un aumento de amor en el alma de los que recuerdan con corazón dolorido las torturas y la muerte de Nuestro Redentor y las aflicciones de su Madre Dolorosa?

De esta caridad hacia Dios no puede menos de brotar necesariamente un más intenso amor al prójimo con sólo que se detenga el pensamiento en los trabajos y dolores que Nuestro Señor sufrió para reintegrarnos a todos en la perdida herencia de hijos de Dios.

Por tanto, venerables hermanos, empeñaos en que esta práctica tan fructuosa sea cada vez más difundida, sea por todos altamente estimada y aumente la piedad común.

El Rosario en familia

PREDÍQUESE y repítanse a los fieles de toda clase social sus loas y sus ventajas por obra vuestra y por la de los sacerdotes que os ayudan en la cura de almas.

Los jóvenes saquen de ella nuevas energías con que domar los rebeldes estímulos del mal y conservar intacto y sin mancilla el candor del alma; que en ella encuentren los ancianos en sus tristes ansias reposo, alivio y paz. Para los que se dedican a la Acción Católica sea acicate que los impulse a una más fervorosa y diligente obra de apostolado; y a todos los que de alguna manera sufren, particularmente a los moribundos, dé aliento y aumente la esperanza de la felicidad eterna.

Y los padres y las madres de familia en particular sean en esto también un dechado para sus hijos, especialmente cuando, a la caída del día, se recogen después de las labores de la jornada en el hogar doméstico, recitando, ellos los primeros, arrodillados ante la imagen de la Virgen, el santo Rosario, fundiendo en uno la voz, la fe y el sentimiento, costumbre ésta tiernísima y saludable, de la que ciertamente no puede menos de derivar a la sociedad doméstica serena tranquilidad y abundancia de dones celestiales.

Por esto, cuando, como nos acaece con mucha frecuencia, recibimos en audiencia a los recién casados y les dirigimos unas palabras paternas, les damos la corona del Rosario, recomendándolo grandemente y exhortándolos, aduciendo también Nuestro ejemplo, a no dejar pasar ni un día sin rezarlo, no obstante estar agobiados por muchos cuidados y trabajos.

Exhortación final

POR estos motivos, venerables hermanos, hemos querido exhortar vivamente y, por vuestro medio, a todos los fieles a esta piadosa práctica; y no dudamos que escuchando, con la correspondencia que acostumbráis, Nuestra paternal invitación, reportaréis copiosos frutos.

Hay otro motivo que Nos impulsa a dirigiros esta nuestra encíclica. Deseamos que todos cuantos son nuestros hijos en Jesucristo se unan con Nos a dar gracias a la excelsa Madre de Dios por la salud que felizmente hemos recuperado.

Esta gracia, como hemos tenido ya ocasión de escribir, Nos la atribuimos a la especial intercesión de la virgen de Lisieux, santa Teresa del Niño Jesús, mas es sabido que todo nos lo concede el Sumo y Omnipotente Dios por las manos de la Virgen. [...]

Dada en Castel-Gandolfo, cerca de Roma, el día 29 del mes de septiembre, en la fiesta de la dedicación de san Miguel Arcángel, en el año 1937, decimosexto de nuestro pontificado.

«Con mayor confianza acudid gozosos a la Madre de Dios, junto a la cual el pueblo cristiano siempre ha buscado el refugio en las horas de peligro»

Carta encíclica Ingruentium malorum, sobre el Rosario en familia, del papa Pío XII

ANTE los males inminentes, ya desde que por designio de la Divina Providencia fuimos elevados a la suprema Cátedra de Pedro, nunca dejamos de confiar al valiosísimo patrocinio de la Madre de Dios los destinos de la familia humana, dando a menudo para tal fin, como bien sabéis, Cartas de exhortación. Bien conocéis, Venerables Hermanos, el gran celo y la gran espontaneidad y concordia con que el pueblo cristiano ha respondido doquier a Nuestras exhortaciones: repetidas veces lo han atestiguado grandiosos espectáculos de fe y de amor hacia la augusta Reina del Cielo y, sobre todo, aquella universal manifestación de alegría que Nuestros propios ojos pudimos en cierto modo contemplar cuando, en el año pasado, rodeados por corona inmensa de la multitud de fieles, en la plaza de San Pedro proclamamos solemnemente la Asunción de la Virgen María, en cuerpo y alma, al cielo.

Mas, si el recuerdo de estas cosas Nos es tan grato y Nos consuela con la firme esperanza de la divina misericordia, al presente no faltan, sin embargo, motivos de profunda tristeza, que solicitan a la par que angustian Nuestro ánimo paternal.

Bien conocéis, venerables hermanos, la triste condición de estos tiempos: la unión fraternal de las Naciones, rota ya hace tanto tiempo, no la vemos aún restablecida doquier, antes vemos que por todas partes los espíritus se hallan trastornados por odios y rivalidades, y que sobre los pueblos se ciernen amenazadores nuevos y sangrientos conflictos; y a ello se ha de añadir aquella violentísima tempestad de persecuciones que ya desde hace largo tiempo y con tanta crueldad azota a la Iglesia, privada de su libertad en no pocas partes del mundo, afligida con calumnias y angustias de toda clase, y a veces hasta con la sangre derramada de los mártires. Innumerables y muy grandes son las asechanzas a que contemplamos sometidos, en aquellas regiones, los ánimos de muchos de Nuestros hijos, ¡para que rechacen la fe de sus mayores y se aparten miserablemente de la unidad con esta Sede Apostólica! Finalmente, tampoco podemos pasar en silencio un nuevo crimen llevado a cabo, y contra el cual vivamente deseamos reclamar, no sólo vuestra atención, sino también la de todo el clero, la de cada uno de los padres y la

de los mismos gobernantes: Nos referimos a determinados designios perversos de la impiedad contra la cándida inocencia de los niños. Ni siquiera se ha perdonado a los niños inocentes, pues, por desgracia, no faltan quienes, temerarios, osan hasta arrancar aun las mismas flores que crecían como la más bella esperanza de la religión y de la sociedad en el místico jardín de la Iglesia. Quien meditare sobre esto no se extrañará de que por todas partes los pueblos giman bajo el peso del divino castigo y vivan temiendo desgracias todavía mayores.

Ante peligros tan graves, sin embargo, no debe abatirse vuestro ánimo, venerables hermanos, sino que, acordándoos de aquella divina enseñanza: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá, con mayor confianza acudid gozosos a la Madre de Dios, junto a la cual el pueblo cristiano siempre ha buscado el refugio en las horas de peligro, pues Ella ha sido constituida causa de salvación para todo el género humano.

Por ello, con alegre expectación y reanimada esperanza vemos acercarse ya el próximo mes de octubre, durante el cual los fieles acostumbran a acudir con mayor frecuencia a las iglesias, para en ellas elevar sus súplicas a María mediante las oraciones del santo Rosario. Oraciones que este año, venerables hermanos, deseamos se hagan con mayor fervor de ánimo, como lo requieren las necesidades cada día más graves; pues bien conocida Nos es la poderosa eficacia de tal devoción para obtener la ayuda maternal de la Virgen, porque, si bien puede conseguirse con diversas maneras de orar, sin embargo, estimamos que el santo Rosario es el medio más conveniente y eficaz, según lo recomienda su origen, más celestial que humano, y su misma naturaleza. ¿Qué plegaria, en efecto, más idónea y más bella que la oración dominical y la salutación angélica, que son como las flores con que se compone esta mística corona? A la oración vocal va también unida la meditación de los sagrados misterios, y así se logra otra grandísima ventaja, a saber, que todos, aun los más sencillos y los menos instruidos, encuentran en ella una manera fácil y rápida para alimentar y defender su propia fe. Y en verdad que con la frecuente



meditación de los misterios el espíritu, poco a poco y sin dificultad, absorbe y se asimila la virtud en ellos encerrada, se anima de modo admirable a esperar los bienes inmortales y se siente inclinado, fuerte y suavemente, a seguir las huellas de Cristo mismo y de su Madre. Aun la misma oración tantas veces repetida con idénticas fórmulas, lejos de resultar estéril y enojosa, posee (como lo demuestra la experiencia) una admirable virtud para infundir confianza al que reza y para hacer como una especie de dulce violencia al maternal corazón de María.

Trabajad, pues, con especial solicitud, venerables hermanos, para que los fieles, con ocasión del mes de octubre, practiquen con la mayor diligencia método tan

saludable de oración y para que cada día más lo estimen y se familiaricen con él. Gracias a vosotros, el pueblo cristiano podrá comprender la excelencia, el valor y la saludable eficacia del santo Rosario.

Y es Nuestro deseo especial que sea en el seno de las familias donde la práctica del santo Rosario, poco a poco y doquier, vuelva a florecer, se observe religiosamente y cada día alcance mayor desarrollo. Pues vano será, ciertamente, empeñarse en buscar remedios a la continua decadencia de la vida pública, si la sociedad doméstica—principio y fundamento de toda la humana sociedad—no se ajusta diligentemente a la norma del Evangelio. Nos afirmamos que el rezo del santo Rosario en familia es un medio muy apto para conseguir un fin tan arduo.

¡Qué espectáculo tan conmovedor y tan sumamente grato a Dios cuando, al llegar la noche, todo el hogar cristiano resuena con las repetidas alabanzas en honor de la augusta Reina del Cielo! Entonces el Rosario, recitado en común, ante la imagen de la Virgen, reúne con admirable concordia de ánimos a los padres y a los hijos que vuelven del trabajo diario; además, los une piadosamente con los ausentes y con los difuntos; finalmente, liga a todos más estrechamente con el suavísimo vínculo del amor a la Virgen Santísima, la cual, como amantísima Madre rodeada por sus hijos, escuchará benigna, concediendo con abundancia los bienes de la unidad y de la paz doméstica. Así es como el hogar de la familia cristiana, ajustada al modelo de la de Nazaret, se convertirá en una terrenal morada de santidad y casi en un templo, donde el santo Rosario no sólo será la peculiar oración que todos los días se eleve hacia el cielo en olor de suavidad, sino que también llegará a ser la más eficaz escuela de la vida y de las virtudes cristianas. En efecto: la contemplación de los divinos misterios de la Redención será causa de que los mayores, al considerar los fúlgidos ejemplos de Jesús y de María, se acostumbren a imitarlos cotidianamente, recibiendo de ellos el consuelo en la adversidad y en las dificultades, y de que, movidos por ello, se sientan atraídos a aquellos tesoros celestiales que no roban los ladrones ni roe la polilla; y de tal modo grabará en las mentes de los pequeños las principales verdades de la fe que en sus almas inocentes florecerá espontáneamente el amor hacia el benignísimo Redentor, cuando, al reverenciar -siguiendo el ejemplo de sus padres- a la majestad de Dios, ya desde su más tierna edad aprendan el gran valor que junto al trono del Señor tienen las oraciones recitadas en común.

De nuevo, pues, y solemnemente afirmamos cuán grande es la esperanza que Nos ponemos en el santo Rosario para curar los males que afligen a nuestro tiempo. No es con la fuerza, ni con las armas, ni con la potencia humana, sino con el auxilio divino obtenido por medio de la oración -cual David con su honda- como la Iglesia se presenta impávida ante el enemigo infernal, pudiendo repetirle las palabras del adolescente pastor: «Tú vienes a mí con la espada, con la lanza y con el escudo; pero yo voy a ti en nombre del Señor de los ejércitos... y toda esta multitud conocerá que no es con la espada ni con la lanza como salva el Señor».

Por cuya razón, venerables hermanos, deseamos vivamente que todos los fieles, siguiendo vuestro ejemplo y vuestra exhortación, correspondan solícitos a Nuestra paternal indicación, en unión de corazones y de voces y con el mismo ardor de caridad. Si aumentan los males y los asaltos de los malvados, crezca igualmente y aumente sin cesar la piedad de todos los buenos; esfuércense éstos por obtener de nuestra amantísima Madre, especialmente por medio del santo Rosario a ella tan

acepto, que cuanto antes brillen tiempos mejores para la Iglesia y para la humana sociedad.

Roguemos todos a la poderosísima Madre de Dios para que, movida por las voces de tantos hijos suyos, nos obtenga de su Unigénito el que cuantos por desgracia se hallan desviados del sendero de la verdad y de la virtud, se vuelvan a ésta por la conversión; el que felizmente cesen los odios y las rivalidades que son la fuente de toda clase de discordias y desventuras; el que la paz, aquella paz que sea verdadera, justa y genuina, vuelva a resplandecer benigna así sobre los individuos y sobre las familias, como sobre los pueblos y sobre las naciones; el que, finalmente, asegurados los debidos derechos de la Iglesia, aquel benéfico influjo derivado de ella, al penetrar sin obstáculos en el corazón de los hombres, en las clases sociales y en la entraña misma de la vida pública, aúne la familia de los pueblos con fraternal alianza, y la conduzca a aquella prosperidad que regule, defienda y coordine los derechos y los deberes de todos sin perjudicar a nadie, siendo cada día mayor por la mutua unión y por la común colaboración.

Tampoco os olvidéis, venerables hermanos y amados hijos, mientras entretejéis nuevas flores orando con el Rosario, no os olvidéis -repetimos- de los que languidecen desgraciados en las prisiones, en las cárceles, en los campos de concentración. Entre ellos se encuentran también, como sabéis, obispos expulsados de sus sedes sólo por haber defendido con heroísmo los sacrosantos derechos de Dios y de la Iglesia; se encuentran hijos, padres y madres de familia, arrancados a sus hogares domésticos, que pasan su vida infeliz por ignotas tierras y bajo ignotos cielos. Y como Nos les envolvemos a todos con un afecto singular, así también vosotros, animados por aquella caridad fraterna que nace y vive de la religión cristiana, unid con las Nuestras vuestras preces ante el altar de la Virgen Madre de Dios y, suplicantes, recomendadlos a su maternal corazón. No hay duda de que con dulzura exquisita Ella aliviará y suavizará sus sufrimientos, con la esperanza del premio eterno; y de que no dejará de acelerar, como firmemente confiamos, el final de tantos dolores.

No dudando, venerables hermanos, de que vosotros con el celo ardiente que os es acostumbrado, llevaréis a conocimiento de vuestro clero y de vuestro pueblo, en la forma que más conveniente creyereis, esta Nuestra paternal exhortación, y teniendo asimismo por cierto que Nuestros hijos, diseminados por todo el mundo, responderán de buen grado a este nuestro llamamiento con efusión de corazón concedemos nuestra bendición apostólica, testimonio de Nuestra gratitud y prenda de las gracias celestiales, así a cada uno de vosotros como a la grey confiada a cada uno, y singularmente a los que durante el mes de octubre de modo especial recitaren piadosamente, en conformidad con Nuestras intenciones, el santo Rosario de la Virgen.

«El santo Rosario, que no dejamos nunca de recitar completo todos los días del año...»

Fragmentos de las Carta encíclica Grata recordatio, del papa Juan XXIII (26 de septiembre de 1959)

DESDE los años de Nuestra juventud, a menudo vuelve a nuestro ánimo el grato recuerdo de aquellas Cartas encíclicas que nuestro predecesor, de i. m., León XIII, siempre cerca del mes de octubre, dirigió muchas veces al mundo católico para exhortar a los fieles, especialmente durante aquel mes, a la piadosa práctica del santo Rosario: encíclicas, varias por su contenido, ricas en sabiduría, encendidas siempre con nueva inspiración y oportunísima para la vida cristiana. Eran una fuerte y persuasiva invitación a dirigir confiadas súplicas a Dios a través de la poderosísima intercesión de la Virgen Madre de Dios, mediante el rezo del santo Rosario. Este, como todos saben, es una muy excelente forma de oración meditada, compuesta a guisa de mística corona, en la cual las oraciones del «Pater noster», del «Ave María» y del «Gloria Patri» se entrelazan con la meditación de los principales misterios de nuestra fe, presentando a la mente la meditación tanto de la doctrina de la Encarnación como de la Redención de Jesucristo, nuestro Señor.

Este dulce recuerdo de Nuestra juventud no Nos ha abandonado en el correr de los años, ni se ha debilitado; por el contrario –y lo decimos con toda sencillez–, tuvo la virtud de hacernos cada vez más caro a Nuestro espíritu el santo Rosario, que no dejamos nunca de recitar completo todos los días del año; y que deseamos, sobre todo, rezar con particular piedad en el próximo mes de octubre.

Durante el curso de este primer año –que toca a su fin– de nuestro pontificado nunca nos faltó ocasión de exhortar reiteradamente al clero y al pueblo cristiano para elevar públicas y privadas plegarias; mas ahora pretendemos hacerlo con una más viva exhortación, diríamos conmovida también, por los muchos motivos que brevemente expondremos en esta Nuestra encíclica.

En el próximo octubre se cumple el primer aniversario del piadosísimo tránsito de Nuestro predecesor Pío XII, de v. m., cuya existencia brilló con tantos y tan grandes méritos. Veinte días después, sin mérito alguno por Nuestra parte, fuimos elevados, por arcano designio de Dios, al supremo pontificado. Dos sumos pontífices se tienden la mano, como para transmitirse la sagrada herencia de la mística grey y para proclamar conjun-

tamente la continuidad de su ansiosa solicitud pastoral y de su amor por todos los pueblos.

¿No son acaso estas dos fechas –una de tristeza, otra de júbilo– clara demostración ante todos de que, en medio de las ruinas humanas, el Pontificado romano sobrevive a través de los siglos, aunque cada jefe visible de la Iglesia católica, cumplido el tiempo fijado por la Providencia, sea llamado a dejar este destierro terrenal?

Volviendo la mirada, ya a Pío XII, ya a su humilde sucesor, en quienes se perpetúa el oficio de Supremo Pastor confiado a san Pedro, los fieles eleven a Dios la misma plegaria: *Ut Domnum Apostolicum et omnes ecclesiasticos ordines in sancta religione conservare digneris, te rogamus audi nos.*

Nos complace, además, recordar aquí que también nuestro inmediato predecesor, con la encíclica *Ingruentium malorum* exhortó ya a los fieles de todo el mundo, como hacemos Nos ahora, al piadoso rezo del santo Rosario, especialmente en el mes de octubre. En aquella encíclica hay una advertencia que muy gustosamente repetimos aquí: «Con mayor confianza acudid gozosos a la Madre de Dios, junto a la cual el pueblo cristiano siempre ha buscado el refugio en las horas de peligro pues Ella ha sido constituida “causa de salvación para todo el género humano”». [...]

Deseamos, por lo tanto, vivamente que durante el próximo mes de octubre todos estos Nuestros hijos –y sus apostólicas labores– sean encomendados con fervientes plegarias a la augusta Virgen María.

Hay, además, otra intención que Nos impulsa a dirigir más ardientes súplicas a Jesucristo y a su amorosísima Madre. A ella invitamos al Sacro Colegio de cardenales y a vosotros, venerables hermanos; a los sacerdotes y a las vírgenes consagradas al Señor; a los enfermos y a los que sufren, a los niños inocentes y a todo el pueblo cristiano. Dicha intención es ésta: que los hombres responsables del destino así de las grandes como de las pequeñas naciones, cuyos derechos y cuyas inmensas riquezas espirituales deben ser escrupulosamente conservados intactos, sepan valorar cuidadosamente su grave tarea en la hora presente.

Rogamos, pues, al Señor para que ellos se esfuercen por conocer a fondo las causas que originan las pugnas



y con buena voluntad las superen: sobre todo, valoren el triste balance de ruinas y de daños de los conflictos armados –¡que el Señor mantenga lejos!– y no pongan en ellos esperanza alguna; ajusten la legislación civil y social a las necesidades reales de los hombres, sin olvidarse en ello de las leyes eternas que provienen de Dios y son el fundamento y el quicio de la misma vida civil; no olviden asimismo el destino ultraterreno de cada una de las almas, creadas por Dios para alcanzarle y gozarle un día.

También es preciso recordar cómo se han difundido hoy posiciones filosóficas y actitudes prácticas, que son absolutamente inconciliables con la fe cristiana. Con serenidad, precisión y firmeza continuaremos Nos siempre afirmando tal inconciliabilidad.

¡Dios ha hecho a los hombres y a las naciones para salvarse! Por ello esperamos que, desechados los áridos postulados de un pensamiento y de una acción improntados de laicismo y de materialismo, busquen el oportuno remedio en aquella sana doctrina, que cada día es más confirmada por la experiencia; en ella han de encontrarlo. Ahora bien: esta doctrina proclama que Dios es el autor de la vida y de sus leyes, que es vindicador de los derechos y de la dignidad de la persona humana; por consiguiente, que Dios es «nuestra salvación y redención».

Nuestra mirada se alarga a todos los continentes, allí donde los pueblos todos están en movimiento hacia tiempos mejores: en ellos vemos un despertar de energías profundas que hace esperar en un decidido empeño de las conciencias rectas por promover el verdadero bien de la sociedad humana.

A fin de que esta esperanza se cumpla del modo más

consolador, es decir, con el triunfo del reino de la verdad, de la justicia, de la paz y de la caridad, deseamos ardientemente que todos Nuestros hijos formen «un solo corazón y una sola alma», y eleven comunes y fervientes súplicas a la celestial Reina y Madre nuestra amantísima durante el mes de octubre, meditando estas palabras del Apóstol de las Gentes: «Por todas partes se nos oprime, pero no nos vencen; no sabemos que nos espera, pero no desesperamos; perseguidos, pero no abandonados; se nos pisotea, pero no somos aniquilados. Llevamos siempre y doquier en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que la misma vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos».

Antes de terminar esta carta encíclica, venerables hermanos, deseamos invitaros a rezar el Rosario con particular devoción también por estas otras intenciones que tanto llevamos en el corazón; es decir, para que el Sínodo de Roma sea fructuoso y saludable a esta Nuestra amada ciudad y a fin de que del próximo Concilio ecuménico –en el que vosotros participaréis con vuestra presencia y vuestro consejo– obtenga toda la Iglesia una afirmación tan maravillosa que el vigoroso reflorcer de todas las virtudes cristianas que Nos esperamos de él sirva de invitación y de estímulo incluso para todos aquellos Nuestros hermanos e hijos que se encuentran separados de esta Sede Apostólica.

Con tan dulce esperanza y con gran afecto os damos a vosotros, venerables hermanos, a los fieles todos que os están confiados, y de modo especial a cuantos con piedad y buena voluntad acogerán esta Nuestra invitación, la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 26 de septiembre de 1959, primero de nuestro pontificado.

La excelencia del Rosario según san Luis M^a Grignion de Montfort

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

EN la reciente Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, Juan Pablo II recuerda a san Luis M^a Grignion de Montfort como «autor de una preciosa obra sobre el rosario», *El secreto admirable del santísimo rosario*.¹ Fue también la lectura, en manuscrito, de esta obra la que impulsó a León XIII –que beatificó a Luis M^a Grignion–, a recomendar tan vivamente el rosario en tantas de sus encíclicas.² Este libro fue durante mucho tiempo desconocido del público pues no se editó en lengua francesa hasta 1911 y se tradujo al castellano en 1929. A pesar de estar escrito en el siglo XVIII las palabras de este pequeño libro que contiene este gran secreto del rosario son, como todas las obras de su autor, frescas, espirituales, íntimas y sólidas. En su dedicatoria a los sacerdotes les dice con fuerza san Luis M^a que a esta práctica «Dios ha vinculado la gracia en esta vida y la gloria en la otra». Bueno es también recordar que este libro se escribe para propagar y defender de sus detractores el rezo del santo rosario cuando, en palabras de san Luis M^a, «hay una moda contraria de los predicadores actuales».

La obra de san Luis M^a Grignion se inspiró en una obra más extensa *El Rosal místico*, debida al dominico Antonino Thomas, que se editó en Reims en 1698, haciéndola más manejable, armónica y sintética.³ Contenía esta obra muchos relatos con escaso fundamento histórico, y muchos de ellos fueron también seleccionados por Grignion para su obra. Pero el santo era consciente de aquella falta de rigor y, sin embargo, consideraba no debían ser rechazados por principio por lo que en ellos se encontraba de ejemplo y de motivo de imitación. Acerca de esta cuestión da el santo un criterio muy esencial que expresa muy bien la fe de la gente sencilla, al recordarnos que en el himno a la caridad que hace el apóstol Pablo en su carta a los Corintios nos enseñó que «la caridad todo lo cree». Aprovecha, además, para denunciar a los que él llama con tanta certeza e ironía «los espíritus fuertes», los enemigos del rosario y, en general, de todo lo que en el Evangelio es sencillez y humildad, esto es, la esencia misma de la religión cristiana.

Estas palabras del santo, a la vez que son una justificación de todo lo que en él se narra, contienen un criterio universal para juzgar de todo lo que es o se presenta como histórico.

«No dudo que los espíritus fuertes y críticos de nuestros días, que lean las historias de este folleto, las pondrán en duda, como han hecho siempre, aunque yo no hice sino transcribirlas de muy buenos autores contemporáneos y en parte de un libro compuesto recientemente por el R. P. Antonino Thomas de la Orden de Hermanos Predicadores, titulado *El Rosal místico*. Todo el mundo sabe que hay tres clases de fe para las diferentes historias. A las historias de la Sagrada Escritura les debemos una fe divina; a las historias profanas que no repugnan a la razón y están escritas por buenos autores, una fe humana; a las historias piadosas referidas por buenos autores y en modo alguno contrarias a la razón, a la fe y a las buenas costumbres, aunque a veces sean extraordinarias, una fe piadosa. Reconozco que no hay que ser ni muy crédulo, ni muy crítico y que debemos quedarnos siempre en el medio para encontrar el punto de verdad y de la virtud; pero también sé que así como la caridad cree fácilmente todo aquello que ni es contrario a la fe, ni a las buenas costumbres: *Charitas omnia credit*, del mismo modo el orgullo conduce a negar casi todas las historias bien justificadas, con el pretexto de que no están en la Sagrada Escritura.

»Es el lazo de Satanás, en que han caído los herejes que niegan la tradición y donde los críticos de hoy caen insensiblemente, no creyendo porque no comprenden, o cuando no les agrada, sin otra razón que el orgullo y su propia suficiencia».⁴

Quiso el santo de Montfort que su libro, su «librito», su «folleto», tuviera la misma estructura que el rosario, es decir, que estuviera dividido y ordenado según las cinco decenas de que consta cada parte del rosario. Es así que presenta sus «cincuenta rosas» en las que desgrana las diversas «excelencias del santo Rosario» terminando la última decena en diez reflexiones –oportunísimas– acerca «De cómo debe rezarse el Rosario».

Para Grignion de Montfort el rosario no es sólo una forma de oración, la más agradable a Dios y a la Virgen, sino una auténtica devoción, es decir, una práctica de oración que nos une muy íntimamente con Cristo y

1. Núm. 8.

2. Cf. San Luis M^a Grignion de Montfort, *El secreto admirable del santísimo rosario*, Barcelona, Ediciones Alonso, 1982, pp. 7-8.

3. Ibid.

4. Ibid., pp. 48-49.

que nos conforma con Él. Dadas las oraciones de que está compuesto –el Padrenuestro y el Avemaría– el rosario no puede ser sino la mejor de todas las oraciones. Y lo que hace del rosario una verdadera práctica de devoción es el fondo de contemplación de los misterios de la vida de Jesús y de María. Las meditaciones son esencialmente cristocéntricas y María es el camino para ir a Jesús.

Por ello Grignon de Montfort considera esencial el compromiso de rezar el rosario porque cree que nos introduce en la vida misma de la oración y de la contemplación y que forma una escuela de fe, esperanza y caridad. Y de este convencimiento nacen las cofradías que no son sino grupos de fieles que se comprometen a rezar el rosario con alguna frecuencia, anual, semanal o diaria. No admite el santo que las supuestas dificultades aparten a un cristiano del rosario. Este es uno de los temas más recurrentes del librito.

En este sentido se enmarca la cuádruple dedicatoria del libro, a los sacerdotes, a los pecadores, a las almas devotas y a los niños. Estas dedicatorias son sus primeras «rosas». De alguna manera a todos dice lo mismo porque considera que es ideal para todos ellos. Quizá nos ayude algunas de las palabras con las que propone tal práctica a los sacerdotes, los primeros destinatarios porque ellos la han de dar a conocer a todo el pueblo y porque en esta devoción encontrarán fecundidad apostólica.

«Ministros del Altísimo, predicadores de la verdad, clarines del Evangelio, permitidme que os presente la rosa blanca de este librito para introducir en vuestro corazón y en vuestra boca las verdades que en él se exponen sencillamente y sin aparato. En vuestro corazón, para que vosotros mismos emprendáis la práctica santa del Rosario y gustéis sus frutos. En vuestra boca para que prediquéis a los demás la excelencia de esta santa práctica y los convirtáis por este medio. Guardaos, si no lo lleváis a mal, de mirar esta práctica como insignificante y de escasas consecuencias, como hace el vulgo y aun muchos sabios orgullosos; es verdaderamente grande, sublime, divina. El cielo es quien os la ha dado para convertir a los pecadores más endurecidos y los herejes más obstinados. Dios ha vinculado a ella la gracia en esta vida y la gloria en la otra. Los santos la han ejercitado y los Soberanos Pontífices la han autorizado.

¡Oh, cuán feliz es el sacerdote y director de almas a quien el Espíritu Santo ha revelado este secreto, desconocido de la mayor parte de los hombres o sólo conocido superficialmente! Si logra su conocimiento práctico, lo recitará todos los días y lo hará recitar a los otros. Dios y su Santísima Madre derramarán copiosamente la gracia en su alma para que sea instrumento de su gloria; y producirá más fruto con su palabra, aunque sencilla, en un mes que los demás predicadores en muchos años.

... El Santo Rosario, que según más abajo veréis, no es sólo un compuesto de Padrenuestros y Avemarías, sino un divino compendio de los misterios de la vida, pasión, muerte y gloria de Jesús y de María. Si creyera yo que la experiencia que Dios me ha dado de la eficacia de la predicación del Santo Rosario para convertir las almas, os podría determinar a predicarlo, a pesar de la moda contraria de los predicadores, os diría las conversiones maravillosas que he visto venir con la predicación del santo Rosario». ⁵

Intentar resumir un libro tan preciso y breve sería despropósito por cuanto se perdería el sabor espiritual y la fuerza de esta obra. Sólo puede pretenderse aquí dar a gustar algunos de los elementos del mismo, dejando forzosamente de lado lo que serían sus meditaciones más fervorosas. Se trata aquí solamente, a pesar de las citas del «Secreto del rosario» que ofrecemos, de mostrar el rosario en su estructura, diríamos en su liturgia, y, en cierto modo, su relevancia como síntesis de la oración del cristiano que se dirige a Jesucristo por mediación de María.

Qué es el Rosario

No debía ser muy conocido el rosario para muchos de los destinatarios de este pequeño libro porque el santo lo resume y lo explica con detalle. Al hacerlo de manera documentada y reflexiva, dentro de su fervor, tiene mucho cuidado en no descuidar la exposición sintética de su unidad sin olvidar ninguna de sus partes. Tiene una tal manera de hablar de él que incluso las cosas que tenemos por más sabidas nos suenan a fecunda novedad, de modo que nos sentimos contemporáneos de aquellos que lo leyeron u oyeron por vez primera.

«El Rosario comprende dos cosas, a saber: la oración mental y la oración vocal. La oración mental del santo Rosario es la meditación de los principales misterios de la vida, muerte y gloria de Jesucristo y de su Santísima Madre. La oración vocal del Rosario consiste en decir quince decenas de *Ave Marías* terminadas por un *Padre nuestro*, mientras se medita y contempla las quince virtudes principales que Jesús y María han practicado en los quince misterios del santo Rosario.

En la primera parte, que consta de cinco decenarios, se honra y considera los cinco misterios gozosos; en la segunda lo cinco misterios dolorosos, y en la tercera, los cinco misterios gloriosos. De ese modo el Rosario es un compuesto sagrado de oración mental y vocal para honrar e imitar los misterios y las virtudes de la vida, muerte, pasión y gloria de Jesucristo y de María». ⁶

5. Ibid., pp. 14-15.

6. Ibid., p. 23.

El Rosario como salterio de María

EL Rosario es también un salterio que viene a ser como la recitación de los salmos del Nuevo Testamento, que no desdican de los salmos bíblicos sino al revés les ganan en profundidad y ejercicio de las tres virtudes teologales, porque son la realización de lo que en el Antiguo Testamento son sólo figuras y promesas. De hecho el rosario se llamó por algún tiempo «el salterio de María». Ciertamente la sagrada Escritura, esto es, la Biblia, está inspirada por Dios, pero las palabras de que se compone el rosario, el Padrenuestro y el Avemaría, no solamente están inspiradas sino que fueron pronunciadas por el mismo Jesús o por el arcángel Gabriel o por santa Isabel o bien son pequeños añadidos de la misma Iglesia asistida por el Espíritu Santo en todo cuanto enseña. Todos ellos son superiores a David, a quien consideramos autor de la mayoría de los salmos.

«Desde que santo Domingo estableció esta devoción hasta el año 1460 en que el beato Alano de la Roche⁷ la renovó por orden del cielo, se le llama el salterio de Jesús y de la Santísima Virgen porque contiene tantas saluciones angélicas, como salmos contiene el salterio de David, y los sencillos e ignorantes, que no pueden rezar el salterio de David, encuentran en el Rosario un fruto igual y aun mayor al que se consigue con el rezo de los salmos de David: 1º Porque el salterio angélico tiene un fruto más noble, a saber: el Verbo encarnado, mientras que el salterio de David no hace más que predicarle; 2º Como la verdad sobrepasa la figura y el cuerpo a la sombra, del mismo modo el salterio de la Santísima Virgen sobrepasa al salterio de David que sólo fue sombra de aquél; 3º Porque la Santísima Trinidad es la que ha compuesto el salterio de la Santísima Virgen o Rosario que se integra de Padrenuestros y Avemarías».⁸

Los enemigos del Rosario

No eran muy distintos los tiempos de san Luis M^a de los nuestros. Puede que ahora sus devotos no hablen como él, pero sus palabras son igualmente certeras e iluminadoras, entre otras muchas cosas, en denunciar la actitud, entonces jansenistizante, que se oponía al rezo del rosario por su misma sencillez y confianza en la Virgen María. Es muy de notar estos «espíritus fuertes», esto es, los que confían más en sus esfuerzos que en la gracia o que, como los jansenistas, ignoraban que en nuestras peticiones lo importante es la confianza en la misericordia de Dios que ha venido a salvar lo que esta-

ba perdido. Los jansenistas hablaban mucho de la gracia pero —entre otros errores— buscaban merecerla con sus obras. No faltará quien piense que el santo habla muy duramente de los que apartan a los fieles de las cofradías del rosario y quieren impedir que se rece. Pero no son menores las palabras de Jesús hacia los que escandalizan a los pequeños. Es a estos pequeños a quienes se dirige el santo, invitándoles a rezar el rosario, los únicos que poseen la condición necesaria para entrar en el reino de los cielos.

«Pero, veamos ahora qué injusticia es impedir los progresos de la cofradía del Santo Rosario y cuáles son los castigos de Dios para los desgraciados que la han despreciado y quisieron destruirla.

»Como la devoción del Santo Rosario ha sido autorizada por el cielo con varios prodigios y aprobada por la Iglesia en varias bulas de los papas, sólo los libertinos, impíos y espíritus fuertes de estos tiempos se atreven a difamar la cofradía del Santo Rosario o alejar de ella a los fieles. En verdad que sus lenguas están infectadas con el veneno del infierno y que son movidas por el espíritu maligno; porque nadie puede desaprobare la devoción del Santo Rosario sin condenar lo más piadoso que hay en la Religión Cristiana, a saber: la Oración dominical, la Salutación angélica, los misterios de la vida, muerte y gloria de Jesucristo y de su Santísima Madre.

»Estos espíritus fuertes, que no pueden sufrir que se rece el Rosario, caen con frecuencia, inconscientemente en el sentido, reprobado, de los herejes que tienen horror al Rosario.

»Aborrecer las cofradías es alejarse de Dios y de la piedad, puesto que Jesucristo nos asegura que se encuentra en medio de los que se reúnen en su nombre. No es ser buen católico despreciar tantas y tan grandes indulgencias como la Iglesia concede a las cofradías. Disuadir a los fieles de que pertenezcan a la del Santo Rosario es ser enemigo de la salvación de las almas que por este medio dejan el partido del pecado para abrazar la piedad. Sí, san Buenaventura dijo con razón en su salterio que morirá en pecado y se condenará quien haya despreciado a la Santísima Virgen: “*Qui negligenter illam morietur in peccatis*” ¡Qué castigos aguardan a los que apartan a otros de las devociones a Nuestra Señora!».⁹

Excelencia del santo Rosario por las oraciones de que está compuesto

El santo aprovecha la ocasión para recordar que ninguna otra devoción proporciona las oraciones más sólidas y las contemplaciones más dirigidas al conocimiento de nuestro Salvador. Y aprovecha para advertir que

7. Beato Alano de la Roche, religioso dominico francés, nació en Bretaña en 1428 y murió en Zuolle en 1475.

8. *Ibid.*, pp. 38-39.

9. *Ibid.*, pp. 45-46.

esta sólida devoción ni pretende ni supone tener gustos sensibles y consuelos espirituales. Su anclaje es la pura y simple fe. Nada diremos como preámbulo a su elogio del Padrenuestro y del Avemaría, sino solamente que sepa el lector que le dedica una rosa a elogiar el Credo, con cuya recitación se comenzaba el rosario;¹⁰ tres rosas a ponderar y comentar el Padrenuestro y seis el Avemaría. Exponemos brevemente un fragmento de cada una de estas tres oraciones constitutivas del rosario.

«Como la fe es la única llave para entrar en todos los misterios de Jesús y María encerrados en el Santo Rosario, conviene empezarle rezando el Credo con muy devota atención y cuanto mayor y más viva sea nuestra fe, tanto más meritorio será el Rosario. Es preciso que la fe sea viva y animada por la caridad: es decir, que para rezar bien el Rosario es necesario estar en gracia de Dios o en busca de esta gracia; es necesario que la fe sea fuerte y constante; es decir, que no hay que buscar en la práctica del Santo Rosario solamente el gusto sensible y el consuelo espiritual, o lo que es lo mismo, que no hay que dejarlo porque se tenga una enormidad de distracciones involuntarias en el espíritu, un inexplicable tedio en el alma, un pesado fastidio y un sopor casi continuo en el cuerpo. No son precisos gusto, ni consuelo, ni suspiros, fervor y lágrimas, ni aplicación continua de la imaginación para rezar bien el Rosario. Bastan la fe pura y la buena intención. *Sola fides sufficit*».¹¹

Excelencia del Padrenuestro

«El Padre Nuestro u oración dominical tiene la primera excelencia en su autor, que no es hombre ni ángel, sino el Rey de los ángeles y de los hombres, Jesucristo. Convenía, dice san Cipriano que aquel que venía a darnos la vida de la gracia, como Salvador, nos enseñase el modo de orar, como celestial Maestro. La sabiduría de este divino Maestro se manifiesta bien en el orden, la dulzura, la fuerza y la claridad de esta oración divina; es corta, pero rica en enseñanzas, inteligible para la gente sencilla y llena de misterios para los sabios. El Padre Nuestro encierra todos los deberes que tenemos para con Dios, los actos de todas las virtudes y la súplica de todos nuestros bienes espirituales y corporales. Contiene, dice Tertuliano, el compendio del Evangelio. Aventura, dice Tomás de Kempis, a todos los deseos de los santos, contiene en compendio todas las dulces sentencias de los salmos y de los cánticos; pide cuanto ne-

cesitamos, alaba a Dios de un modo excelente, eleva el alma de la tierra al cielo y la une estrechamente con Dios. San Crisóstomo dice que quien no ora como el divino Maestro ha orado y enseñado a orar, no es su discípulo y Dios Padre no escucha con tanto agrado las oraciones que compuso el espíritu humano, sino las de su hijo, que él nos ha enseñado.

Debemos rezar la oración dominical, con la certeza de que el Eterno Padre la oirá favorablemente, puesto que es la oración de su hijo, al que siempre atiende, y nosotros miembros de Cristo. ¿Cómo ha de negarse tan buen Padre a una súplica tan bien fundada y apoyada en los méritos e intercesión de tan digno Hijo? San Agustín asegura que el Padre Nuestro bien rezado quita los pecados veniales. El justo cae siete veces cada día. La Oración dominical contiene siete peticiones por las cuales se pueden remediar estas caídas y fortificarnos contra los enemigos. Es oración corta y fácil para que, como somos frágiles y estamos sujetos a muchas miserias, recibamos rápido auxilio, rezándola frecuente y devotamente.

Salid de vuestro error, almas devotas, que despreciáis la oración que el mismo Hijo de Dios ha compuesto y ordenado para todos los fieles; vosotros, que solo estimáis las oraciones compuestas por los hombres, como si el hombre, aun el más esclarecido, supiese mejor que Jesucristo cómo debemos orar. Buscáis en los libros de los hombres el modo de alabar y orar a Dios, como si os avergonzaseis del que su Hijo nos ha prescrito. Os persuadís de que las oraciones que están en los libros son para los sabios y para los ricos y que el Rosario es sólo para las mujeres, para los niños, para el pueblo, como si las alabanzas y oraciones que hacéis fueran más hermosas y agradables a Dios que las contenidas en la Oración dominical. Es peligrosa tentación sentir hastío de la oración que Jesucristo nos había recomendado para aficionarse a las oraciones compuestas por los hombres. No desaprobamos las compuestas por los santos para excitar a los fieles a alabar a Dios, pero no podemos sufrir que las prefieran a la Oración que salió de la boca de la Sabiduría encarnada que dejen el manantial para correr tras los arroyos y que desdeñen el agua clara para beber la turbia. Porque al fin el Rosario, compuesto de la Oración dominical y de la Salutación angélica es esa agua clara y perpetua que brota del manantial de la gracia, mientras las otras oraciones, que hallamos en los libros, no son sino pequeños arroyos que se derivan de ella».¹²

Excelencia del Avemaria

«La salutación angélica es tan sublime, tan elevada, que el beato Alano de la Roche ha creído que ninguna

10. En tiempos de san Luis M^a Grignon el Credo precedía al comienzo del rosario y era ya como su primera oración. Aunque quizá entre nosotros no sea frecuente este comienzo preparatorio y en su lugar rezamos el «Señor mío Jesucristo» o un fragmento del salmo según enseñaba el catecismo de san Pío X, se reza también hoy en muchos sitios el Credo.

11. Ibid. pp. 51-52.

12. Ibid. pp. 52-54.

criatura puede comprenderla y que sólo Jesucristo, hijo de la Santísima Virgen, puede explicarla. Tiene origen su principal excelencia en la Santísima Virgen, a quien se dirigió, de su fin que fue la Encarnación del Verbo para la cual se trajo del cielo y del arcángel san Gabriel que la pronunció el primero.

La salutación resume en la síntesis más concisa toda la teología cristiana sobre la Santísima Virgen. Se encuentra en ella una alabanza y una invocación. Encierra la alabanza cuanto forma la verdadera grandeza de María; la invocación comprende todo lo que debemos pedirle y lo que de su bondad podemos alcanzar. La Santísima Trinidad ha revelado la primera parte; santa Isabel, iluminada por el Espíritu Santo, añadió la segunda; y la Iglesia en el primer Concilio de Éfeso, en 430, ha puesto la conclusión, después de condenar el error de Nestorio y de definir que la Santísima Virgen es verdaderamente Madre de Dios. El Concilio ordenó que se invocase a la Santísima Virgen bajo esta gloriosa cualidad expresada por estas palabras: *Santa María, madre de Dios, rogad por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.*

La Santísima Virgen María fue aquella a quien se hizo esta divina salutación para terminar el asunto más grande e importante del mundo, la Encarnación del Verbo Eterno, la paz entre Dios y los hombres y la Redención del género humano. Embajador de tan dichosa nueva fue el arcángel Gabriel, uno de los primeros príncipes de la corte celestial. La Salutación angélica contiene la fe y la esperanza de los patriarcas, de los profetas y de los apóstoles; es la constancia y la fuerza de los mártires, la ciencia de los doctores, la perseverancia de los confesores y la vida de los religiosos (B. Alano). Es el cántico nuevo de la ley de gracia, la alegría de los ángeles y de los hombres, el terror y la confusión de los demonios». ¹³

Cómo debe rezarse el Rosario

EN su «quinta decena» explica el santo algo muy elemental y práctico, esto es, ¿cómo debe rezarse el rosario? Dedicar a esta cuestión diez rosas, esto es, diez consideraciones importantísimas porque el rosario ha de ser rezado según cierto arte espiritual que lo hace más provechoso e incluso más fácil. Insiste en dos ideas principales que, aunque de orden muy distinto, afectan por igual a su aprovechamiento. El rosario tiene como un alma, la meditación de los misterios de la vida de Jesús, porque el rosario, como lo ha recordado ahora Juan Pablo II, es un «compendio del Evangelio». Hay que atender pues a este punto meditativo. Y, por decirlo así, el cuerpo del rosario es el conjunto de Padrenuestros

y Avemarías. Éstos, en tanto que oración vocal necesitan, como la misma respiración del cuerpo, un modo pausado, concretamente sin precipitación alguna. Si fallan estos dos modos el rosario no es posible o no es provechoso.

«Después de invocar al Espíritu Santo, para rezar bien el santo Rosario poneos un momento en la presencia de Dios y ofreced los decenarios, del modo que veréis más adelante.

Antes de empezar la decena, deteneos un momento más o menos prolongado, según el tiempo de que dispongáis, para considerar el misterio que celebréis en la decena y pedid siempre por este misterio y por la intercesión de la Santísima Virgen, una de las virtudes que más sobresalgan en el misterio o aquella de que os encontráis más necesitados. Tened cuidado sobre todo con las dos faltas que ordinariamente cometen todos los que rezan el Santo Rosario. La primera es no formar intención alguna al rezar el Rosario, de manera que si les preguntáis por qué lo rezan no sabrán responderos. Por eso debéis tener siempre presente al rezar el Rosario alguna gracia que pedir, alguna virtud que deseáis practicar o algún pecado de que queréis veros libres. La segunda falta que comúnmente se comete al rezar el Rosario, es no tener otra intención después de empezado, sino es la de acabarle pronto. Esto proviene de considerar el Rosario como algo oneroso, que pesa mucho cuando no se ha rezado, sobre todo si se ha hecho ya de ello algo así como un deber de conciencia o cuando se nos ha impuesto por penitencia o como a nuestro pesar. Da compasión el ver cómo reza el Rosario la mayor parte de las gentes; lo dicen con precipitación vertiginosa y aún omiten parte de las palabras. No osarían cumplimentar de tal modo al último de los hombres, y no obstante se llega a creer que Jesús y María estarán con ello muy honrados... ¿Después de esto, cabe asombrarse si las más santas oraciones de la religión cristiana quedan sin fruto alguno; y de que después de rezar mil y diez mil rosarios no sea uno más santo?

Detén, querido cofrade del Rosario, tu precipitación natural al rezarlo y haz algunas pausas en medio del *Padre Nuestro* y del *Ave María*. Os costará trabajo al principio hacer estas paradas por la mala costumbre contraída de rezar precipitadamente, pero un decenario dicho con pausa os será más meritorio que miles de rosarios sin detención, sin reflexionar». ¹⁴

Ofrecimiento particular de las decenas

Dado que el santo insiste mucho en que la meditación de los misterios del rosario son como el alma del rosario, que viene envuelta en el salterio mariano, pro-

13. Ibid. pp. 63-64.

14. Ibid. pp. 143-145.



ponemos aquí las brevísimas peticiones que nos ayudan a centrar el rezo de la decena bajo la contemplación de lo que en el misterio se medita. Lo que nos propone para cada misterio creemos que puede ser hoy útil a cuantos recen el rosario, según las indicaciones de Juan Pablo II. Ofrecemos, pues, estas intenciones expresas por cuanto son breves y nos ayudan a involucrarnos más en la oración. Toda oración es esencialmente petición, como dice santo Tomás, y este ofrecimiento que el santo nos propone nos ayuda a insistir en el aspecto de súplica que dirigimos a Jesucristo por María, recordando nuestras actuales necesidades y pensando en el rosario como arma eficaz para combatir nuestras faltas y pecados y alcanzar las necesarias virtudes sobrenaturales.

Misterios gozosos

1ª decena.—Os ofrecemos esta primera decena, Señor nuestro Jesucristo, en honor de vuestra Encarnación y os rogamos por este misterio y por la intercesión de vuestra Santa Madre una profunda humildad de corazón.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...

Gracias del misterio de la Encarnación, descendad a mi alma y hacedla verdaderamente humilde.

2ª decena.—Os ofrecemos, Señor nuestro Jesucristo, esta segunda decena en honor de la Visitación de vuestra Santísima Madre a su prima santa Isabel y os

pedimos por este misterio y por la intercesión de María una perfecta caridad con nuestro prójimo.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...

Gracias del misterio de la Visitación, descendad a mi alma y hacedla verdaderamente caritativa.

3ª decena.—Os ofrecemos esta tercera decena ¡oh! Jesús Niño, en honor de vuestra santa Natividad y os pedimos por este misterio y por intercesión de vuestra santa Madre, el desasimiento de los bienes de la tierra y el amor a la pobreza y a los pobres. Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...

Gracias del misterio de la Natividad, descendad a mi alma y hacedla pobre de espíritu.

4ª decena.—Os ofrecemos, Señor nuestro Jesucristo, esta cuarta decena en honor de vuestra Presentación en el Templo por manos de María y por este misterio y por la intercesión de vuestra Santa Madre, os pedimos el don de sabiduría y la pureza de corazón y de cuerpo.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...

Gracias del misterio de la Purificación, descendad a mi alma y hacedla verdaderamente sabia y pura.

5ª decena.—Os ofrecemos, Señor nuestro Jesucristo, esta quinta decena en honor de haberos recobrado María, en el Templo, en medio de los Doctores; y os pedimos por este misterio y por intercesión de Ella, nuestra conversión y la de los herejes, cismáticos e ídólatras.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria...
 Gracias del misterio de Jesús hallado en el Templo,
 descendad a mi alma y convertidla.

Misterios dolorosos

6ª decena.—Os ofrecemos, Señor nuestro Jesucristo, esta sexta decena en honor de vuestra agonía mortal en el Huerto de los Olivos, y os pedimos por este misterio y por la intercesión de vuestra Santa Madre, una perfecta contrición de nuestros pecados y entera conformidad a vuestra santa voluntad.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...
 Gracias de la agonía de Jesús, descendad en mi alma y hacidla verdaderamente contrita y conforme con la voluntad de Dios.

7ª decena.—Os ofrecemos, Señor nuestro Jesucristo, esta séptima decena, en honor de vuestra santa Flagelación y os pedimos por este misterio y por la intercesión de vuestra Santísima Madre, perfecta mortificación de nuestros sentidos.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...
 Gracias de la Flagelación de Jesús, descendad a mi alma, y hacidla verdaderamente mortificada.

8ª decena.—Os ofrecemos, Señor nuestro Jesucristo, esta octava decena de vuestra dolorosa Coronación de espinas y os pedimos por este misterio y por la intercesión de vuestra Santa Madre, un gran desprecio del mundo.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...
 Gracias del misterio de la Coronación de espinas de Jesús, descendad a mi alma y hacidla verdaderamente opuesta al mundo.

9ª decena.—Os ofrecemos, Señor nuestro Jesucristo, esta nona decena en honor de vuestra cruz a cuestas, y os pedimos por este misterio y por la intercesión de vuestra Santísima Madre llevar la cruz detrás de Vos todos los días de nuestra vida.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...
 Gracias del misterio de la cruz a cuestas, descendad a mi alma y hacidla verdaderamente paciente.

10ª decena.—Os ofrecemos, Señor nuestro Jesucristo, esta décima decena, en honor de vuestra Crucifixión en el Calvario; y os pedimos por este misterio y por la intercesión de vuestra Santísima Madre grande horror al pecado, amor a la cruz y buena muerte para nosotros y para cuantos están ahora en la agonía.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...
 Gracias del misterio de la Pasión y Muerte de Jesucristo, descendad a mi alma y hacidla verdaderamente santa.

Misterios gloriosos

11ª decena.—Os ofrecemos, Señor nuestro Jesucristo, esta undécima decena en honor de vuestra triunfante Resurrección, y os pedimos por este misterio y por intercesión de vuestra Santísima Madre, una fe viva.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...
 Gracias de la Resurrección, descendad a mi alma y hacidla verdaderamente fiel.

12ª decena.—Os ofrecemos, Señor nuestro Jesucristo, esta duodécima decena, en honor de vuestra gloriosa Ascensión; y os pedimos, por este misterio y por la intercesión de vuestra Santísima Madre, una firme esperanza y un gran deseo del cielo.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...
 Gracias del misterio de la Ascensión de Jesucristo, descendad a mi alma y hacidla verdaderamente celeste.

13ª decena.—Os ofrecemos, Santo Espíritu, esta décima tercera decena, en honor del misterio de Pentecostés; y os pedimos por este misterio y por intercesión de María, vuestra fiel Esposa, la divina sabiduría para conocer, gustar y practicar la verdad y hacer partícipe de ella a todo el género humano.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...
 Gracias de Pentecostés, descendad a mi alma y hacidla verdaderamente sabia según Dios.

14ª decena.—Os ofrecemos, Señor nuestro Jesucristo, esta décima cuarta decena en honor de la Inmaculada Concepción y de la Asunción de vuestra Santísima Madre, en cuerpo y alma a los cielos; y os pedimos por estos misterios y por su intercesión, una verdadera devoción a Ella, para bien vivir y morir.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...
 Gracias de la Inmaculada Concepción y de la Asunción de María, descendad a mi alma y hacidla verdaderamente devota de María.

15ª decena.—Os ofrecemos, Señor nuestro Jesucristo, esta décima quinta y última decena, en honor de la Coronación de vuestra Santísima Madre en los cielos; y os pedimos, por este misterio y por la intercesión suya, el progreso y perseverancia en la virtud, hasta la muerte, y la corona eterna, que nos está preparada. Os pedimos la misma gracia para todos nuestros bienhechores.

Un Padre nuestro, 10 Ave Marías, Gloria Patri...
 Os pedimos, ¡oh! buen Jesús, por los misterios de vuestra vida, pasión, muerte, gloria y los méritos de vuestra Santa Madre que convirtáis a los pecadores, auxiliéis a los agonizantes, libertéis a las almas del purgatorio y nos deis a todos vuestra gracia para bien vivir y morir y vuestra gloria para veros cara a cara y amaros durante la eternidad. Así sea.

Dios sólo.

«María es toda la razón de mi esperanza»

*El Rosario, arma predilecta del padre Pío**

«¿Quién podrá contar –escribe el padre Francesco Napoletano, religioso que convivió muchos años con el padre Pío– los rosarios que rezó en el arco de una vida tan larga y maravillosa? Llevaba siempre el rosario consigo, o enrollado en la mano o en el brazo, como si fuera una sarta de perlas o un escudo de defensa».

Tenía rosarios en todas partes, bajo la almohada, en la mesilla de noche, en los bolsillos, dondequiera... Era el religioso del rosario. Consideraba el rosario como su arma predilecta contra toda clase de enemigos.

En cierta ocasión en que estaba enfermo, postrado en cama, notó que se le había extraviado el rosario. Le dice al padre Honorato que le asistía: «¡Oye! ¡Oye! Mira bien a ver si encuentras mi arma. ¡Tráeme enseguida el arma!» Entendió pronto el padre que se refería al rosario.

El rezo del rosario era su oración preferida; lo recitaba de continuo, misterio tras misterio; todo el tiempo disponible lo dedicaba a rezar el rosario. En una nota sobre sus devociones particulares, dejó escrito: «Diariamente recitaré no menos de cinco rosarios completos».

Con frase feliz se le llegó a llamar «el devorador insaciable de rosarios». Ciertos devotos le preguntaban días antes de morir: «¡Padre! ¿Y qué es lo que nos podría decir ahora? ¿Qué es lo que nos recomendáis?». Respondía: «¡Amad a la Virgen y hacédla amar! Rezad el rosario; rezadlo siempre. ¡Rezadlo cuantas veces podáis! Es verdad, sí, que Satanás impera en el mundo; pero impera porque otros le dejan imperar. ¿Puede acaso un espíritu dominar de por sí a nadie, si no se une a las voluntades libres de los hombres? ¡Quien mucho ora se salva de seguro. Quien poco ora está en peligro de no salvarse y quien no ora nada, ese está en camino de perdición! La oración del rosario es la oración que hace triunfar de todo y a todos. Ella, María, nos lo ha enseñado así, lo mismo que Jesús nos enseñó el padrenuestro».

En cierta ocasión visitaba al padre Pío el obispo monseñor Pablo Corta, juntamente con un amigo suyo, oficial del ejército italiano; el Obispo le pedía al padre Pío, bromeando, un billete de entrada al Paraíso para el militar. El padre Pío, sonriente, le responde: «¡Ah! ¡Sí!

¡Sí! Con mucho gusto. ¡Para entrar en el Paraíso se requiere algo muy importante! Hay que contar con el billete de acceso a la Santísima Virgen. Si esto se consigue, lo hemos conseguido todo. Ella es la Puerta del cielo. Y el billete que te permite el ingreso en el cielo es el Santo Rosario. Este es el billete. Toma, pues, toma el billete para entrar en el cielo», le dice al militar, mientras con su mano le alargaba un rosario.

Es muy probable que el padre Pío muriera viendo presente a la misma Reina del cielo. Pasó los últimos instantes de su vida, acomodado difícilmente en un sofá, en su celda; pendía de la pared próxima, ante su vista, el retrato de su madre y el cuadrito de nuestra Señora de La Líbera. El padre Pellegrino, que le asistía en aquel momento, le entretenía, recordándole lo buena que había sido su propia madre, cuyo retrato tenía delante.

«¡Sí! ¡Sí! –le respondió fatigosamente–; ¡sí! ¡Ya la veo, no te preocupes! ¡Ahí veo yo no una, sino dos madres!».

Y ante la insistencia del padre Pellegrino que le mostraba de nuevo el retrato de la señora Giuseppa, le volvía a repetir: «¡Pero no te preocupes! ¡Te digo que la veo muy bien! ¿Y que tengo ahora en mi presencia no una, sino dos madres!».

Y no sabemos si la imagen que tenía presente el padre Pío era la imagen de nuestra Señora de La Líbera o la real y verdadera de la Santísima Virgen, viva y presente, en la que el padre Pío fijaba sus ojos, llenos de viveza, de luz, de alegría y de esperanza, como tantas veces la había visto en sus éxtasis de otros momentos de su vida.

El caso es que, al poco tiempo de decir esto, se le nubló la vista; estaba con el rosario entre sus dedos; fue inclinando poco a poco la cabeza y «en la actitud más dulce y serena que nadie ha podido ver a humano alguno en semejantes momentos, expiró».

Como testimonio de la devoción que el padre Pío sintiera al santo rosario, fue enterrado con la cruz, con la Regla de san Francisco entre las manos y con el santo rosario entrelazado en sus dedos. Sobre la puerta de la celda que habitó el padre Pío están escritas estas palabras de san Bernardo que han iluminado todos los pasos de su vida: «María es toda la razón de mi esperanza».

*De la obra *Pío de Pietrelcina. Místico y apóstol*, de Leandro Sáez de Ocáriz, San Pablo, 2002 (4ª ed.), pp. 300-302.

Perfil histórico del Rosario

ANTONIO HUGUET, O.P.

SIN el menor intento de establecer comparaciones –siempre odiosas y ociosas– nos es grato afirmar que no hallamos en la Iglesia Católica ninguna devoción o práctica piadosa que tan honda y ampliamente haya arraigado en el alma popular, y que tan prodigiosa y eficazmente haya intervenido en la historia del cristianismo como el santísimo Rosario.

Su origen es dominicano y medieval. Doble verdad que no es fácil rebatir. Lo difícil es probar el tiempo y el modo de su nacimiento y formación como tal. Los nombres de «Corona de la Virgen», «Salterio de María», «Rosal o Rosario», etc., que le fueron dados en tiempos distintos, muestran y demuestran su real evolución.

De los varios libros escritos por santo Domingo de Guzmán –vistos y leídos por sus contemporáneos– no ha llegado ni un papiro hasta nosotros; ni siquiera una mala transcripción. Se explica que la proverbial incuria de su Orden, que permitió tamaña pérdida –¡la herencia intelectual de su Padre!–, nos haya dejado huérfanos de toda prueba documental que autorice a atribuirle, sin discusión ni réplica, la paternidad del Rosario. Sin duda que aquellos benditos varones de antaño, en la plenitud de su fe noble y sencilla, no sospecharon nunca en las rígidas exigencias de los Dídimos lejanos de la crítica moderna, que necesitan ver y tocar para creer y confesar.

Con todo, el hecho de que Santo Domingo de Guzmán no le diera al Rosario la hechura concreta y completa que hoy tiene, no mengua el mérito y la gloria de haber sido su fundador. Una idea genial, una sugerencia luminosa, ¿no tienen, a veces, mucho más valor que sus realizaciones y aplicaciones prácticas? Tampoco el Avemaría, con ser de origen angélico y evangélico, tuvo, hasta el siglo xv, la unidad y perfección con que hoy la rezamos en el mundo entero. San Pío V, el papa de Lepanto, purificándola de sus variantes arbitrarias, añadidas y mutilaciones introducidas por la piedad antojadiza de algunas diócesis y gentes, la incorporó al rezo oficial del Oficio canónico tal como la tenemos actualmente. Es natural que el Rosario sufriera también sus evoluciones perfectivas. ¡Es tan humano el prurito de hacer algo que acredite y patentice la iniciativa personal!...

El uso de las cuentas ensartadas en un cordelito o cadenilla para contar el número de oraciones o de actos buenos que se hacían, tal vez no sea de invención cristiana. La sarta colgada al cuello como símbolo de piedad y signo de oración la usaban, al parecer, los sacerdotes egipcios, los morabitos musulmanes, los monjes hindúes del Tibet y otros pueblos orientales. Y no es raro hallarla también entre las tribus africanas, bárbaras y salvajes, como una expresión de culto idolátrico. Los tibetanos la

usan todavía, confeccionándola de huesos humanos, preferentemente del cráneo. ¿Dónde tuvo origen? Porque puede decirse que es de todo tiempo y lugar.

No es inverosímil que los Cruzados cristianos que fueron a la conquista de Tierra Santa y los cristianos españoles que fueron invadidos por los mahometanos tomaran de ellos –convirtiendo la superstición en devoción– ese objeto tan práctico y tan cómodo de llevar. Los antiguos anacoretas, como se cuenta de Pedro el Ermitaño, recogían y guardaban en su seno tantas piedrecitas como oraciones y plegarias se proponían rezar, y las iban arrojando a medida que las recitaban. Para los apóstoles medievales –que tenían más que hacer y menos tiempo que perder– hubiera sido mucha molestia ese modo rudimentario de contar sus actos de piedad. La sarta les resultaba mucho más práctica y mejor. La vieja iconografía ya nos pinta a san Antonio Abad y a los santos fundadores de la Orden de Malta con sus tiras de cuentas colgadas a la cintura o pasándolas con los dedos mientras hacían oración. Santo Domingo no tuvo que inventar nada a este propósito, porque ya estaba en uso en toda la Cristiandad. «El progreso es la tradición en marcha», ha dicho alguien con mucho acierto. Y es raro el invento humano –por bien logrado que sea– aparecido a la luz pública sin dejar nada que desear. Talentos posteriores le dan madurez y perfección integral. Aunque prescindamos de todas las gracias y bellezas –tan poéticas y patéticas– de la tradición piadosa que nos pinta a la Virgen entregando a Santo Domingo el primer Rosario como un signo de triunfo contra la herejía y de salvación universal, no podemos negarle al insigne Patriarca el honor de haber sido el creador de su forma substancial: el rezo numérico de las Avemarías, la meditación conjunta de los principales misterios de nuestra Redención y las loas finales a María Santísima. En sus labios apostólicos florecía de continuo, como una rosa viva de piedad y celo, aquella deprecación tan suya y original: «Dígnate hacerme digno de alabarte, Virgen Sagrada, y dame poder contra tus enemigos».

Le dolían en el alma los enemigos de María, aquellos albigenses y maniqueos que blasfemaban de la Madre de Dios y desolaban la Cristiandad, prefiriendo más negar y oprimir que probar y convencer. Por eso el Rosario apareció como un arma de controversia ejemplar que oponía la alabanza a la blasfemia, la virtud a la impiedad, la razón a la pasión. Lo que fue el signo de la Cruz para los ejércitos de Constantino, fue el Rosario para los nuevos apóstoles dominicos. Y brilló sobre las nubes de tempestad, que ensombrecían los horizontes de la

Iglesia, como un iris de paz y de ventura. ¡Puente de luz que unió la tierra con el cielo, para que subieran las angustias y plegarias de los fieles y bajarán las gracias y bendiciones de Dios!

La historia nos demuestra que en las grandes crisis y peligros que han amenazado la fe y la libertad del pueblo cristiano, ha sido el Rosario –desde entonces– una de las armas más eficaces para lograr del cielo el triunfo y la salvación. Por de pronto, la práctica real y verdadera del Rosario –que es penitencia y oración, afán de mejor vida y súplica de la protección divina– comienza por sanear la moral y salud públicas y por obtener la misericordia y el favor de Dios.

San Pío V, llamado con justa razón el papa del Rosario, lo rezaba cada día y lo recomendaba encarecidamente al pueblo cristiano. Con su rezo fervoroso, hecho en forma de rogativa general, logró la ayuda milagrosa de lo alto en la gran batalla de Lepanto. Nuestros soldados iban a la lucha con el Rosario. Y –como decía Clemenceau del general Foch viéndole asistir a misa cada día: «Eso no le ha ido mal para sus victorias»– con él suplieron la desigualdad de número y la desventaja de la flota. En la tarde del 7 de octubre de 1571 vio el Papa dominico –por un milagro de revelación– el desarrollo de la batalla a mil kilómetros de distancia, mientras se rezaba el Rosario en toda la Cristiandad. Los doscientos navíos cristianos derrotaron completamente a los trescientos treinta que componían la imponente flota turca; y Europa se salvó de la terrible amenaza de su invasión y tiranía. La devoción del Rosario quedó consagrada en el amor y estima de los pueblos creyentes como la oración común de más eficacia y poderío sobrenatural. Y todos los grandes santos la hicieron suya, hallando en su práctica asidua las más altas consolaciones y los medios más fáciles de servir y agradar a Dios y de atraerse las complacencias de la Virgen Santísima. Ellos son su mayor elogio y exaltación.

Años más tarde, 250.000 turcos, ansiosos de reparar y vengar la gran derrota de Lepanto, ponen cerco a Viena, defendida, a la sazón, por veinticinco mil soldados solamente. El papa Inocencio XI concede jubileo y preside una solemne procesión de rogativas, llevando él mismo la imagen de la Virgen desde la Minerva a la Iglesia de los austriacos. Se reza el Rosario en todo el Imperio –en templos y calles– con multitudes de niños que piden el auxilio del cielo y la victoria final. Los turcos son alanceados y vencidos, quedando nuevamente libre y salva la Cristiandad, y con ella la civilización.

Cuando el ataque a la Rochela, la formidable fortaleza de los calvinistas, el rey Luis XIII y los dominicos de París reparten quince mil Rosarios entre otros tantos soldados. La reina madre, los obispos, la corte, las órdenes religiosas y una ingente multitud de fieles rezan el Rosario en el templo dominicano. Vencido el enemigo, el rey levantó la iglesia de Ntra. Sra. de las Victorias en honor de la Virgen del Rosario y en acción de gracias por su maternal protección sobre la capital de la nación.

Los pueblos de entonces se hacían sensibles, unánimemente, al peligro y al remedio; y por eso conseguían tan señalados triunfos colectivos.

Nuestros Reyes Católicos se mostraron siempre devotísimos del Rosario. No solamente fomentaron su predicación y propagación por todos los confines de su vasto imperio, sino que ellos mismos hallaban en su meditación y rezo diario los mayores alientos para su fe, su justicia y caridad. Felipe II hacía a su hijo –heredero del trono– esta magnífica recomendación: «Si quieres prosperidad en tus estados, no dejes nunca la práctica del Rosario». Fiaba más del auxilio divino y de la protección de María que del valor de las finanzas y el poderío de las armas. Cualquier armada invencible podía ser disipada por un soplo de viento en medio del mar. En cambio, la devoción del Rosario, hecha apostolado y valentía en los labios y el corazón de nuestros misioneros y conquistadores, había efectuado maravillas en las islas y continentes del Nuevo Mundo. Por eso, sin duda, hay tantas ciudades en toda Hispanoamérica que llevan el precioso y cristiano nombre de *Rosario* desde su fundación. Y aquellos próceres y patriotas de las naciones hechas a imagen y semejanza de España, que más tarde realizaron la gesta heroica de reclamar y conquistarse la patria y la libertad, sabían hincarse de rodillas ante la Virgen para rezarle su Rosario y pedirle su protección maternal.

El Rosario, en la historia de la Cristiandad, es una magnífica apoteosis de triunfo y de gloria que no ha logrado ninguna otra devoción popular, porque ninguna ha llegado a arraigar tan hondamente en el alma de los creyentes ni a influir tan de veras –con su eficacia bienhechora– en los destinos y desatinos de la sociedad.

A san Antonio M.^a Claret, gran apóstol y misionero del siglo pasado, le dijo un día la Virgen: «En el Rosario está cifrada la salvación de tu patria... Quiero que seas el Domingo de Guzmán de estos tiempos». Y cuando la Virgen se aparece a sus elegidos en forma más espectacular y llamativa, con sus mensajes de oración y penitencia, llamando a los pueblos a la reflexión y restauración de la vida cristiana, se presenta con el Rosario, recomendando su rezo y sus enseñanzas como remedio de salvación para todos. Lourdes, Pompeya, La Salette, Fátima y otros santuarios de menor atracción y devoción universal son las cátedras desde donde la Virgen Santísima se ha dignado hablarnos en estos últimos tiempos para darnos en el Rosario la gracia y el milagro de la paz y el perdón, de la salud y redención del mundo moderno. Y el gran corazón del papa Pío XII, haciéndose eco de los anhelos maternos de la Virgen Santísima, nos da por consigna: «La restauración del espíritu cristiano en el mundo por el rezo y práctica del santo Rosario».

El perfil histórico de esa «reina de las devociones marianas», lejos de desdibujarse y palidecer en la piedad de los pueblos, se vigoriza en fervor e intensidad, haciéndose cada día una devoción más necesaria y universal.

Las quince promesas de la Santísima Virgen del Rosario*

- 1.^a Quien me sirviera, rezando constantemente mi Rosario, recibirá gracia especial.
- 2.^a Prometo mi especialísima protección y grandes beneficios a los que devotamente rezaren mi Rosario.
- 3.^a El Rosario será un escudo fortísimo contra el infierno, destruirá los vicios, librárá de pecados y abatirá la herejía.
- 4.^a El Rosario hará germinar las virtudes y que las almas consigan copiosamente la misericordia divina: sustituirá en el corazón de los hombres el amor de Dios al amor del mundo, y los elevará a desear las cosas celestiales y eternas. ¡Cuántas almas por este medio se santificarán!
- 5.^a El alma que se me encomiende por el Rosario no perecerá.
- 6.^a El que con devoción rezare mi Rosario considerando sus sagrados misterios, no se verá oprimido por la desgracia ni morirá de muerte desgraciada; se convertirá, si es pecador; perseverará en la gracia, si es justo, y en todo caso será admitido a la vida eterna.
- 7.^a Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin los auxilios de la Iglesia.
- 8.^a Quiero que todos los que rezan mi Rosario tengan en vida y en muerte la luz y plenitud de la gracia y sean participantes de los méritos de los bienaventurados.
- 9.^a Yo libro muy pronto del purgatorio a las almas devotas del Rosario.
- 10.^a Los hijos verdaderos de mi Rosario gozarán en el cielo de una gloria singular.
- 11.^a Todo cuanto se pidiere por medio del Rosario se alcanzará prontamente.
- 12.^a Socorreré en todas sus necesidades a los que propaguen mi Rosario.
- 13.^a He impetrado de mi Hijo que todos los cofrades del Rosario tengan en vida y en muerte como hermanos a todos los bienaventurados de la corte celestial.
- 14.^a Los que rezan mi Rosario son todos hijos míos muy amados y hermanos de mi Unigénito Jesús.
- 15.^a La devoción del Santo Rosario es una señal manifiesta de predestinación a la gloria.

*Se creen hechas al beato Alano de Rupe (o de la Roche), gran apóstol del Rosario, muy favorecido de la Virgen (véase el comentario del padre Paulino Álvarez a estas promesas en su libro *Glorias del Rosario*, XXXI, pp. 510-524).

La batalla de Lepanto y el Rosario

ANTONIO AMADO

*«Hermosa eres como la Luna, preciosa como el sol, y a la vez terrible
como todo un ejército en orden de batalla.»*

(Cantar de los Cantares)

EL pueblo cristiano desde sus comienzos ha recurrido siempre a la Virgen María como protectora frente a las amenazas de los enemigos. Dice León XIII: «en sus angustias y ante las amenazas de adversarios poderosos, el pueblo fiel ha recurrido siempre al amparo de la Madre de Dios, a la cual llama Auxiliadora de los cristianos, Protectora, Consoladora, Capitana de sus guerras, Vencedora y Pacificadora. Así se vio especialmente cuando los albigenses, sectarios de los maniqueos, guerreaban en la parte meridional de Francia y en otras regiones del mundo latino, contra la Iglesia santa de Dios. Entonces, como es sabido, suscitó el Señor al varón santísimo que con las armas del Rosario, como con poderoso instrumento bélico, destruyó a los enemigos y aniquiló la perversa herejía».¹

La Madre de Dios se sirvió de santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de los Predicadores, para entregarle ese maravilloso instrumento que desde entonces se ha visto como el remedio más eficaz contra los enemigos de la religión cristiana.

Son muchas las ocasiones a lo largo de la historia que testifican la validez del Rosario en el campo de batalla. Sin embargo, entre todas las batallas en que el pueblo fiel ha vencido implorando la ayuda de Nuestra Señora del Rosario merece destacarse la batalla de Lepanto: Por el gran número de combatientes, por las enormes pérdidas de los vencidos y por los beneficios consiguientes en bien de toda Europa, es sobre todas famosa en los anales del Rosario y del mundo la batalla de Lepanto.

Los turcos habían caído sobre Europa, «se apoderaron de Constantinopla, borraron del mapa el agonizante imperio bizantino y pusieron la media luna coronando la cúpula de Santa Sofía».² Los griegos acabaron diseminados por todo el mundo, y no tardarían en atraerse las simpatías de los cristianos. Muhamad II, Selim I y Solimán el Magnífico habían conseguido extender en poco tiempo su poder.

Siguió a Solimán II su hijo Selim II. Muy distinto de su padre «en las costumbres y en la prudencia no tuvo el

menor reparo en quebrantar la fe jurada por su padre y aun por él mismo a los venecianos».³ Se propuso así quitar a Venecia la isla de Chipre, y a este fin envió un poderoso ejército por mar y por tierra que atacando desde puntos distintos obligaría a los venecianos a dividir sus fuerzas. Tan solamente había dos plazas fuertes, que eran Nicosia y Famagosta.

«Los turcos no encontraron a causa de su crecido número dificultad alguna para el desembarco y sitiaron a Nicosia, que cayó en poder de ellos después de cerca de dos meses de sitio. Como es común en la gente sarracena, se entregaron a toda clase de excesos, habiendo pasado a cuchillo más de mil personas sin distinción de sexo ni edad e hicieron quince mil esclavos, y un riquísimo botín».⁴

Los habitantes de Famagosta, temiendo la misma desgraciada muerte que los habitantes de Nicosia, creyeron más conveniente no ofrecer resistencia, y se entregaron por capitulación. Ni siquiera esto sirvió para frenar la ciega cólera de los enemigos, que mataron a un gran número de sus habitantes, e hicieron padecer martirio al gobernador de dicha ciudad.

El santo pontífice san Pío V se encontraba sobremedida afligido por tan terribles desgracias, y respondiendo a la llamada de los venecianos se propuso formar una liga con todos los príncipes cristianos para humillar la altanería de los musulmanes. Por diferentes causas, si bien la derrota de los musulmanes interesaba a toda Europa, sólo entraron a formar parte de la liga el rey de España, Felipe II y la república de Venecia.

«En poco tiempo, animados por las exhortaciones del Papa y ayudados con sus esfuerzos, aportaron más de doscientas galeras, veintiocho navíos de alto bordo, y seis galeotas en las que iba la artillería de grueso calibre. La mitad de los gastos de esta memorable expedición fueron sufragados por Felipe II. Fue nombrado generalísimo de la armada D. Juan de Austria, hijo de Felipe II, varón de un valor extraordinario y de grandes prendas morales y físicas. El papa por su parte nombró

1. León XIII: *Supremi Apostolatus*.

2. Juan Ortega Rubio, *Historia de España*, v. 4, p. 181.

3. Emilio Moreno Cebada, *Historia de la Iglesia*, v. 3, p. 324.

4. *Ibid.*

con acuerdo de sus aliados a Marco Antonio Colonna jefe de la escuadra pontificia, designándole al mismo tiempo para mandar en jefe en el desgraciado caso de que muriese D. Juan de Austria».⁵

D. Juan embarcó en Barcelona, llegó a Génova el 26 de julio y después a Nápoles, donde recibió del cardenal Granvela, que por encargo de san Pío V le entregó el estandarte de la Liga. «El estandarte era de damasco azul bordado, con un crucifijo, y a los pies las armas del Papa en medio de las del Rey y los venecianos, y debajo las de D. Juan».⁶

El 15 de septiembre comenzó a salir de Mesina la armada. «El nuncio del Papa concedió a D. Juan las indulgencias que acostumbraba a otorgar la Iglesia a los conquistadores del sepulcro de Jesucristo y bendijo todos los bajeles conforme iban saliendo del muelle».⁷

D. Juan de Austria tenía bajo su mando 200 galeras, 100 naves, 50.000 infantes, 4.500 caballos con municiones y aparatos. Sin embargo, no se mostraba del todo tranquilo, pues sabía que los turcos no habían sido nunca derrotados en el mar, y que poseían una armada mayor, con 330 barcos, que reinaba en el Mediterráneo. Además, tras los últimos acontecimientos «el nombre sólo de los genízaros espantaba a toda la cristiandad».

Las dos armadas, que se buscaban entre Sicilia y Grecia, tardaron veinte días en encontrarse. Fue el día 7 de octubre, domingo, cuando los barcos cristianos descubrieron a primeras horas de la mañana a la armada enemiga no lejos del golfo de Lepanto.

«Muy persuadidos estaban los turcos de que era suya la victoria, atendiendo al mayor número de sus fuerzas, y de tal modo supieron guiar sus maniobras, que lograron rodear la escuadra cristiana para que ni un solo de sus buques escapase a su furor y odio.

En tal disposición se encontraban cuando se dio la orden de combatir. Los dos jefes de la armada cristiana enarbolaban el estandarte que habían recibido del Sumo Pontífice: «Levantaron en la Real un crucifijo con la imagen de Nuestra Señora, donde toda la gente devotamente oró, en tanto que D. Juan pedía en alta voz favoreciese las armas de la cristiandad y a los soldados que le ofrecían sus ánimas y sus cuerpos salvase sanos y enteros, destruyese los turcos con su poder, enemigos de su santísimo nombre y religión santísima, para que fuese ensalzado y alabado de todas las gentes. Publicóse al instante el jubileo e indulgencia plenaria concedida por el Pontífice para los que allí muriesen e hízose la absolución general».⁸

«Jefes y soldados se postraron y saludaron con el mayor entusiasmo la imagen bordada en el estandarte

pontificio y todos le pidieron su auxilio, mediante la protección de la Santísima Virgen María, bajo cuyo amparo había colocado Pío V la armada cristiana».⁹

«La batalla dio comienzo. Todas las probabilidades estaban de parte de los turcos, a cuyos buques favorecía el viento que les hacía marchar más rápidamente y que les ayudó a rodear tal como hemos indicado a la armada cristiana. Esto fue causa de que se sobresaltasen los soldados empezando algunos a desalentarse: empero de nuevo acudieron a la protección de la Virgen María, y vieron con admiración, que variando instantáneamente el aire se les hizo favorable, cargando todo el humo sobre la escuadra de los turcos. El combate fue de los más terribles que consigna la historia. La fe y la protección de la Virgen Santísima hacían de cada cristiano un héroe. A las tres horas de combate, los turcos comenzaron a ceder y hacían por retirarse. Los cristianos que pudieron observarlo se llenaron de mayor regocijo y redoblando sus esfuerzos hacían prodigios de valor. A voz en grito imploraban el auxilio de la Virgen María cuyo nombre era pronunciado por multitud de labios. Por fin, Alí-Bajá, jefe de la armada otomana, sucumbió y apoderándose en seguida D. Juan de Austria de su galera, arrancó el estandarte otomano y en todos los buques resonó el grito de victoria.

¡Triunfo admirable que recuerda con noble orgullo la historia del siglo XVI! Con sólo considerar la superioridad de las fuerzas enemigas, y la cortísima pérdida de los cristianos comparada con la de los otomanos, no podemos menos de reconocer la asistencia de Dios dispensada de un modo tan visible a favor de los cristianos. Conseguido tan portentoso triunfo, los valerosos soldados siguiendo el ejemplo de D. Juan de Austria y de Marco Antonio Colonna, se postraron para rendir gracias fervorosas al Dios de las batallas y a la Santísima Virgen, por cuya poderosa intercesión habían alcanzado tan poderosas mercedes».¹⁰

El mismo día de la batalla naval y a las mismas horas los cofrades del Rosario en Roma y en mil pueblos más, pedían al Señor la victoria de la armada cristiana, cantando en procesión y diciendo: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros ahora...

A las rogativas de los cofrades se unió el santo pontífice Pío V que dijo: «Vamos a Santa María de la Minerva a ofrecer a la Virgen nuestros rosarios por la victoria de los cristianos».

«Así, san Pío V, que mientras los soldados defendían la causa de la religión elevaba al cielo el incienso de su oración, tuvo en el momento revelación del triunfo conseguido por los cristianos, y tan persuadido quedó de que era debido a la protección de la Santísima Virgen, que instituyó esta fiesta con el nombre de Nuestra Se-

5. Ibid., p. 325.

6. Juan Ortega Rubio, ob. cit., v. 4, p. 184.

7. Ibid., p. 184.

8. Cabrera de Córdoba, Don Felipe II, t. II, l. IX, cap. XXIV.

9. Emilio Moreno Cebada, ob. cit., v. 3, p. 285.

10. Ibid., pp. 285-286.

ñora de la Victoria, «en acción de gracias por la gloriosa victoria que en este día consiguieron los cristianos de los turcos en una batalla naval por la particular protección de la Santísima Virgen.

»Y como quiera que el dicho santo pontífice se había valido de la devoción del santo Rosario para impetrar la protección de la Santísima Virgen María a favor de los soldados cristianos, ordenó que la fiesta de Nuestra Señora de la Victoria fuese al mismo tiempo la solemnidad del Santísimo Rosario; y el sumo pontífice Gregorio XIII, reconociendo que la batalla ganada a los infieles se debía a esta devoción, ordenó en justo reconocimiento a la Santísima Virgen, que en adelante se celebrase la solemnidad del Rosario el primer domingo de octubre en todas las iglesias donde existiese esta devotísima cofradía, a la que después han enriquecido muchos soberanos pontífices con innumerables gracias y privilegios, como puede verse por los catálogos que conservan siempre las cofradías que en gran número se hallan establecidas en los pueblos cristianos, con el objeto de honrar a la Madre de Dios y de los hombres y de implorar su protección y amparo». ¹¹

Al enterarse de la victoria el emperador de Alemania escribió: «Por los méritos del Rosario de su Madre ensalzó Dios nuestra fe». Y el Senado de Venecia declaró: «No los generales, no las armas, sino María del Rosario nos hizo vencedores».

Para finalizar reproducimos un fragmento de las memorias del monje escurialense Fr. Juan de San Jerónimo sobre cómo se enteró Felipe II de la victoria de nuestra armada:

«Vino la nueva a S.M. el Rey D. Felipe nuestro Señor en este su monasterio de San Lorenzo el Real estando en vísperas en el coro, que fue en ocho días de noviembre en la octava de todos los Santos del dicho año de 1571, y el correo que traía la nueva de parte del Sr. D. Juan de Austria trajo el estandarte Real del Turco... el que tienen los turcos en gran veneración, como en el Cristianismo se tiene el Santísimo Sacramento; el cual estandarte mandó S.M. se quedase en este monasterio en memoria que le había aquí venido la nueva de tan señalada victoria.

El primero que dio la nueva a S.M. fue D. Pedro Manuel, el cual entró en dicho coro demudado y de prisa, y no con la cotidiana composición, y con voz alta dijo cómo estaba junto a su aposento el correo de D. Juan de Austria, que traía la nueva de lo acontecido en la guerra, y S.M. no se alteró ni demudó, ni hizo sentimiento alguno, y se estuvo con el semblante y serenidad que antes estaba, con el cual semblante estuvo hasta que se acabaron de cantar las vísperas; y luego llamó al prior de dicho monasterio Fr. Hernando de Ciudad Real, que le tenía allí junto en su silla, y le mandó que en hacimiento de gracias se cantase luego el Te Deum laudamus... con las oraciones que en el procesionario de la orden están señaladas; el cual acabado el dicho prior le besó las manos, y le dio el parabién de parte suya y de todo el convento, del buen suceso y victoria que Nuestro Señor le había dado a S.M. en favor de la cristiandad, y luego el Rey nuestro Señor se fue a su aposento con gran regocijo y alegría, como la nueva lo pedía». ¹²

11. Emilio Moreno Cebada, ob. cit., v. 3, p. 287.

12. Juan Ortega Rubio, ob. cit., v. 4, p. 457

«Este modo de rezar tiene el perfume de la simplicidad evangélica»

«Entre las muchas súplicas con las cuales nos dirigimos eficazmente a la virgen Madre de Dios, el santo rosario ocupa sin duda un lugar especial y distinto. (...) Esta práctica de piedad, venerables hermanos, admirablemente difundida por santo Domingo no sin la suprema sugerencia e inspiración de la virgen Madre de Dios, es sin duda alguna fácil para todos, incluso para las personas poco instruidas o simples. ¡Cuánto se apartan del camino de la verdad quienes definen tal devoción como una fórmula fastidiosa repetida con monótona cantinela, y la rechazan creyéndola buena sólo para las muchachas y las mujercitas! A propósito de esto conviene señalar que tanto la piedad como el amor, aun renovando tantas y tantas veces las mismas palabras, no por ello repiten siempre las mismas cosas, sino que siempre expresan algo nuevo, que brota del sentimiento íntimo de caridad. Y además este modo de rezar tiene el perfume de la simplicidad evangélica y reclama a la humildad del espíritu, sin las cuales, como enseña el divino Redentor, nos es imposible alcanzar el reino celeste».

SAN PÍO V: Bula *Consueverunt romani Pontifices*

El Rosario y su mística filosofía

JOSÉ TORRAS Y BAGES

Esencia del Rosario

LA fe es la vida del alma, la fuerza de la sociedad cristiana, el sostén de la virtud. Al desaparecer la fe muere el alma, ciérrasele el camino de la gloria y ábresele el de su eterna condenación. El mismo Jesucristo dice que el que no tenga fe se condenará, y que sin ella es imposible agradar a Dios. El divino Pedagogo de la humanidad estableció medios eficaces y sencillos, sublimes y populares a la vez, para la difusión de la fe en los corazones de los hombres, y al objeto de que arraigase en ellos de una manera viva y robusta. La fe se introduce en el hombre de una manera misteriosa; no es un hombre que la infunde a otro hombre, es Dios mismo quien la comunica al corazón del creyente, muchas veces de una manera callada y sigilosa; de modo que sin sentir su entrada, encuéntrase con ella sin saber por dónde le ha venido. Lo mismo pasa con el desarrollo y crecimiento de esta sobrenatural virtud. La fecundación de sus gérmenes, su crecimiento y desarrollo, el fructificar de la misma, proviene siempre de una influencia divina, del riego sobrenatural de la gracia. Es cierto que nadie puede orar sin creer, a lo menos de una manera rudimentaria; pero también lo es que la oración es madre de la fe, y que no hay misionero, ni apóstol, ni ángel del cielo, ni doctor de la Iglesia, ni apologista cristiano, ni catequista católico, que haya difundido la fe en tantos corazones como la oración humilde que penetra los cielos. Los que se dicen incrédulos dejarán de serlo el día en que oren; los que son indiferentes se sentirán compelidos con ímpetu si doblan sus rodillas, y de corazón invocan al Padre que está en los cielos. El mundo es incrédulo porque no ora; el pueblo ha sido de veras cristiano cuando ha orado con constancia y fervor. La influencia de la oración en el crecimiento de la fe, en la disipación de las dudas, en enfervorizar los corazones, no es una verdad tan sólo dogmática, sino de experiencia humana y cotidiana. Por esto el mundo, más que doctores necesita santos, a quienes pueda decir lo que los discípulos a su divino Maestro: «Enseñadnos a orar». Un antiguo pontífice formuló en pocas y expresivas palabras la ley de la fe y de la oración, al decir: «La ley de la oración estableció la ley de la creencia»; **Legem credendi, lex statuit supplicandi**; los pueblos cristianos que llamaron predicadores del Evangelio a los predicadores del Rosario confirmaron la ley, y los numerosos herejes que unas veces con furor y otras con burlas atacaron esta santa devoción, prueban claramente que la oración es la celeste mensajera de la fe, el ángel divino

que fortifica las creencias en los humanos corazones. Ora y creerás. Si todos los dones dimanen de Dios, ¿por ventura no vendrá de El el que es el más excelente de todos, fundamento de la virtud y requisito necesario de la salvación? Mas si de la oración en general puede decirse que es semilla de fe, de un modo más particular debe decirse del Rosario; el principio **legem credendi, lex statuit supplicandi**, es la pura expresión de los efectos que causa el Rosario en aquellos que lo rezan, porque en ellos la fe se desarrolla vigorosa, lozana y fecunda. Por esto los romanos pontífices a quienes ha tocado regir la Iglesia en épocas de herejías o de indiferencia, han acudido a este dulce remedio del Rosario; y armados del mismo han evangelizado extensas regiones, no sólo los misioneros de la Orden de santo Domingo, jardín nativo del celestial Rosario, sino también otros muchos de distintas órdenes religiosas, sobresaliendo entre todos aquel príncipe de misioneros, el admirable san Francisco Javier.

La vida sobrenatural del cristiano moderno hállase bajo la mala sombra de un mundo material en gran desarrollo, y de una sensualidad creciente cada día, refinada y elegante en las clases ricas, brutal y amenazadora en las clases populares; en ambas igualmente corruptora. La fe es una planta que se desarrolló en los desiertos, en las cuevas de los cenobitas, entre ayunos y maceraciones de la carne; o en las grandes ciudades paganas a los crueles golpes de la persecución y del martirio. Las delicias vuelven imbécil el espíritu del hombre; y la fe, que es la última perfección del entendimiento, requiere una inteligencia y un corazón purificados, según aquella divina sentencia: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». En las modernas generaciones la fuerza natural del alma se ha achicado, la potencia para alcanzar las sutiles cosas del orden sobrenatural ha disminuido, y por lo tanto la devoción del santísimo Rosario, que es la perenne oración de la cristiandad, tiene hoy día una oportunidad extraordinaria por la suma facilidad y sencillez, al par que profundidad, que la caracterizan.

Por otras partes también la celestial inspiración del Rosario enlázase con la misma naturaleza del hombre, y más aún con el hombre moderno. Como el hombre, tiene el Rosario alma y cuerpo; es decir, es una materia animada, hay palabras materiales, frases y oraciones

*Del libro del mismo título, publicado por la Tipografía católica, de Barcelona, en 1866.

entre sí discretamente enlazadas, **Padrenuestros y Ave Marías** dispuestos de tal manera, que son como los distintos miembros de un cuerpo, el cual está vivificado por la meditación y consideración de los principales misterios de la fe cristiana; y así al místico susurro de la oración que pronuncia la lengua, excítase la oración del espíritu, y a la vez se adormecen los sentidos, y es como las alas con que el alma vuela hasta el acatamiento divino. Nos es muy difícil elevar el espíritu por encima de la materia; es mucho más fácil espiritualizar la materia, y Dios, que quiso que en nosotros materia y espíritu andasen hermanados, ha querido también que en ésta, la más excelente de las oraciones, hubiese también palabras materiales pronunciadas por la lengua, y pensamientos purísimos deleitosamente concebidos y rumiados por el entendimiento. Por las cosas sensibles nos elevamos a Dios, el más puro de los espíritus; Dios quiso ser visto y tocado por los ojos y las manos de los hombres, cuando vistiéndose de nuestra mortal carne pasó por el mundo derramando bienes; y no desdeñó nuestra tosca vestidura al subirse a los cielos, desde donde reina y reinará para siempre sobre los ángeles y sobre los hombres, siendo Dios verdadero y hombre como nosotros.

Por esto hemos dicho que el Rosario debe ser simpático al hombre moderno. La humanidad es el ideal moderno; recházase todo lo que no es humano; prescínlese, como quería prescindir santo Tomás, apóstol, de todo lo que no se ve y palpa; y he aquí que el Rosario va presentando a los ojos del cristiano la humanidad rehabilitándose, elevándose, y al último sentándose en el mismo trono de la Divinidad, en la adorable Persona de nuestro Señor Jesucristo; y ve a Dios en la tierra y en el cielo con sus ojos materiales, no debe morir y expeler su carne para contemplar la Divinidad, y como santo Tomás, ve y toca a Dios hecho hombre en el establo de Belén, en la cruz del Calvario y en el trono de los cielos. Es cierto que todo lo humano nos interesa y deleita y se nos hace comprensible, por lo cual el argumento del Rosario siempre vivirá en la memoria de los hombres, y su uso será sempiterno en el pueblo cristiano. La base de todos los errores y el imán de todas las pasiones de la gente moderna es el culto de la humanidad: pues bien; el Rosario es la apoteosis de la Humanidad, ungida con la plenitud de la virtud divina, el canto triunfal del Hombre que con sus propias fuerzas escaló el cielo, entronizándose en el mismo. ¿Por ventura en Jesucristo no estaban todos los hombres?

Nuestro Smo. Padre, el Papa León XIII, dice que es hermosísima la forma del Rosario, y su hermosura proviene de la perfecta combinación de lo divino y lo humano, lo espiritual y lo material. Orar es elevar nuestra mente a Dios; mas ¿quién sube a tales alturas? Por esto el Rosa-

rio considera, es cierto, a Dios, mas nos lo pone cabe nosotros y vestido de nuestra propia carne; el Dios-Hombre es el objeto continuo de su consideración, y por Jesucristo, Señor nuestro, subimos al Padre, pues ya El mismo nos dijo: «Nadie irá al Padre sino por medio de Mí».¹ Hay pocos que sepan engolfarse en la meditación, dando rienda suelta al espíritu y manteniéndose quietos los sentidos corporales; por lo cual la divina inspiración del Rosario atendió a esta flaqueza humana, y mientras la mente se ocupa en considerar los pasos de la vida humana de Dios, la lengua se desata pronunciando las alabanzas divinas. He aquí por qué el Rosario es una devoción universal, al alcance de todos, deleitosa y provechosa a todos: para que así como una es la fe, una sea también la oración con la cual el pueblo cristiano se une con su Dios.

Nuestra generación quiere ser democrática, y lo es ya en buena parte, aunque de una manera viciosa: pretende que todos los ciudadanos puedan ser llamados a los más altos lugares, que haya las menores diferencias sociales posibles, que todo sea puesto a nivel; pues bien, es indudable que el Rosario es la devoción más adecuada a este estado social. Todo un pueblo puede orar uniformemente con unos mismos pensamientos, con idénticas palabras, poseído de unos mismos sentimientos. El Rosario es el sufragio universal de la oración; y el día en que los pueblos modernos lo adopten, el sufragio político quedará purificado, la sociedad volverá a su quicio natural y cristiano, y sean cuales fueran las formas de gobierno que dominen, la ley del Criador y del Redentor será otra vez la que rija las naciones cristianas. Es cierto que el Espíritu Santo guía al Vicario de Cristo en la tierra, y al promulgar León XIII a la faz de todos los pueblos la gran verdad cristiana de la indiferencia, bajo el punto de vista de la fe, de todas las formas de gobierno, y a la vez de la necesidad de la Religión para el buen régimen de los pueblos, inmediatamente ha promulgado el Jubileo del Rosario como un medio, dice el Pontífice, para acercarse lo más posible al ideal de una sociedad cristiana perfecta.

La universalidad del Rosario, el que deba ser, y sea en efecto, la oración de todo el pueblo redimido por Jesucristo, de toda la sociedad comprendidos todos los miembros de la misma, proviene de su gran facilidad, y es argumento de su maravillosa excelencia. Es sabroso pasto para el alma ignorante de la pobre vieja mendiga y para el poderoso talento de un doctor Recamier, celebridad médica contemporánea, que yendo a visitar sus enfermos aprovechaba los ratos para rezarlo devotamente, atravesando aquellas calles de París infestadas por el hedor de los vicios, y escandalizadas por todas las impiedades. No es un raciocinio profundo que requiera un perfecto aislamiento, la quietud de la soledad o un recogimiento de espíritu que no a todos es asequible; aun en las situaciones más violentas, en los pasos más aterradores, hase visto al cristiano rezar su Rosario con

1. Jn 14,6.



Santo Domingo de Guzmán (de un fresco de fra Bartolomeo)

devoción. Refiere el señor don Justo Ogínaga, capitán de un buque de la Compañía de A. López, que navegando uno de estos últimos años por el mar Atlántico fue visto por la gente de su embarcación un bulto que flotaba sobre las olas, y que al parecer era un hombre; mandó el citado capitán dirigir el barco hacia aquella dirección, y recogieron piadosamente al náufrago, que resultó ser un joven marinero indio que se encontraba en él lleno de la tranquilidad y la serenidad de espíritu. Interrogado de cómo había venido a caer al mar, y en qué se fundaba su ingenua y hasta chocante calma, dijo que yendo a bordo de otro barco, estaba pintando el costado

del mismo sentado en la guíndola, con la que cayóse al agua sin que fuera notado de los suyos, que prontamente se alejaron del sitio. «Y ¿qué hacías, le preguntó el capitán, estos dos días que abandonado flotabas sobre las olas? –Rezaba el Rosario, contestó el indio, y esperaba que la Virgen me enviara un barco». «Y se lo envió en realidad, dice el capitán, porque le salvamos el día 15 de agosto, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, que es la principal de todas las dedicadas a María santísima». Esta suma serenidad de un hombre que va rezando el Rosario flotando sobre el abismo de las aguas, sostenido sólo por una frágil tabla, no se atribuya a la

proverbial impasibilidad de la raza india a que pertenecía el sujeto mencionado; en las historias de la Orden de santo Domingo se encuentran muchos casos de personas pertenecientes a nuestra viva e impresionable raza, que han caminado a la muerte tranquilos y serenos con el rosario en la mano; y ¿cuántos hemos visto el cuadro hermosísimo, iluminado de luz celestial, de una familia amatísima rezando suavemente el Rosario alrededor del lecho del individuo más interesante de la misma, en los últimos momentos de su agonía?

El Rosario no sólo armoniza con estas situaciones tremendas, por las que debe pasar el miserable descendiente de Adán repetidas veces; no sólo es fácil su rezo al hombre concentrado por el dolor, que hace de él la interjección manifestativa de un profundo sentimiento; lígase también perfectamente con las situaciones más placenteras, acomódate a los espíritus más ingenuos, a las almas de más fresco temple. ¿Quién no ha oído un coro de niños repitiendo el canto de las saluciones angélicas, como el eco de cánticos celestiales? Y es porque el Rosario es místico idilio en sus misterios de gozo, tremenda y divina tragedia en los de dolor, y triunfante y épico canto en los de gloria. La repetición, fastidiosa para los espíritus superficiales o atolondrados, es un medio excelente para facilitar la oración, y hacerla posible en todas las almas. David, el hombre de más alta y vehemente oración, repite muchas veces sus ideas y aun unas mismas frases en sus salmos; y Jesucristo, Señor nuestro, el eterno sacerdote de la humanidad, cuya oración es omnipotente, al retirarse el día antes de su Pasión a la soledad del Huerto de los Olivos para fortificar su corazón abatido, con la oración, repitió con gran encarecimiento varias veces las mismas palabras a su divino Padre. El cristiano siempre ha de pedir lo mismo, aquella sola cosa necesaria de la cual decía el Señor a Marta que únicamente debía tener cuidado; pues si sólo hemos de pedir una cosa, y la expresión de la misma está ya perfectamente formulada por nuestro Redentor y Maestro en la oración dominical, ¿por qué no la hemos de repetir continuamente?

Hecha la súplica de este **unum necessarium** de que nos habla el Evangelio, de este solo bien que el hombre debe desear, porque es un bien que comprende todos los bienes, y fuera del cual no hay verdadero bien, y que consiste en la felicidad temporal y eterna de nuestra alma, reconociéndose el hombre incapaz de alcanzarlo, acude a María santísima, universal abogada, poderosísima intercesora entre los hombres y su divino Hijo. El elocuente san Bernardo, antes que el apostólico santo Domingo de Guzmán ordenase el Rosario de María, pronunció estas hermosas y atrevidas palabras: **Quiso Dios que no alcanzásemos ninguna gracia que no pasase por las manos de la gloriosa Virgen.**² El peso de su

autoridad materna inclina la balanza de la justicia divina en nuestro favor, y suple lo que falta a nuestras huecas plegarias. Otro Santo, que cita san Alfonso María de Liguori, dijo que María podía tanto con sus súplicas, como Dios con su imperio. La Madre de Jesucristo resume las intercesiones de todos los Santos, y su súplica vale, más que la de todos ellos juntos, porque Dios oye más fácilmente a quien más ama; y por ventura ¿no ama más a María que a todas las restantes criaturas? Por esto el célebre Juan Gerson, canciller de la Universidad de París, sostenía que Nuestra Señora constituía por sí sola una jerarquía aparte, superior a todas las jerarquías y sólo inferior a la jerarquía divina, con la cual de otra parte está íntimamente enlazada. Las perfecciones humanas, esparcidas por entre todos los hijos de nuestro linaje, y las angélicas, invisibles a nuestros ojos corporales, pero que resplandecen en las criaturas puramente intelectuales, están reunidas como en un haz en aquella Mujer adorable, cuyo amor intenso a Dios debía ser correspondido hasta el extremo de que el Omnipotente descendiese a su virginal seno.

Tenemos ya el eslabón que une con la cadena del amor a Dios y María; el que nos une a nosotros con esta celestial Reina es el rezo devoto del santo Rosario. No hay palabras más dulces para la Virgen, que más la inclinen en favor nuestro, que más propicia la hagan a nuestras súplicas, que con mayor seguridad de éxito en nuestras pretensiones podamos emplear, que las que el Arcángel san Gabriel derramó en su casto oído, como néctar divino, que consumaron el incendio de la caridad, que ya desde su purísima concepción la unía con Dios, y que ahora la identifican con, Él al bajar a vivir en sus entrañas el mismo Verbo eterno. «El cielo sonríe, los ángeles se alegran, huyen los demonios, tiembla el infierno todas cuantas veces con reverencia decimos AVE MARIA... Es como darte un amoroso beso, oh Virgen, cada vez que te hacemos oír este verso: AVE MARIA... Tantas veces, oh benditísima, te besamos cuantas con el AVE MARIA te saludamos... Por lo tanto, carísimos hermanos, acercaos a su imagen, doblad la rodilla y dadla un beso, diciéndola: AVE MARIA». El beso es expresión de amor y engendrador de amor; enciende los corazones; se repiten los besos y aumentase el afecto, y nunca acabarían de darse besos los que de veras se aman. La sucia carne envenena la pureza del beso; pero los besos del espíritu, esos besos del alma a la purísima Virgen, de que nos habla san Bernardo, pueden repetirse y multiplicarse multiplicando el afecto del cristiano; el amor mutuo entre María y sus devotos crece al compás de los Rosarios que éstos le rezan; el suave deleite del amor excita al mortal a dirigir y a repetir a la Virgen las palabras con que la saludó el Arcángel san Gabriel; y la celestial Señora siente vibrar su corazón al influjo de aquellas palabras, y enciéndose de un amor purísimo e inefable hacia el humilde cristiano que se las dirige, otorgándole la gracia que solicita.

2. In Vigil. Nat. Dom. Stma. III.

Aprobación de las constituciones y reglamentos de la Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón

JOSÉ MARÍA ALSINA CASANOVA, HNSSC

EL pasado 27 de septiembre en la iglesia parroquial de La Nava de Ricomalillo (Toledo) el señor obispo auxiliar, don Juan José Asenjo Pelegrina presidió la Misa de acción de gracias con motivo de la aprobación de las constituciones y reglamentos de la Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Participaron en esta celebración el delegado para la vida consagrada y la formación permanente del clero, don Angel Fernández Collado, el rector del Seminario Mayor, don Juan Miguel Ferrer, el arcipreste de Belvís de la Jara, don Miguel Romero, los miembros de la Hermandad y un nutrido grupo de sacerdotes y fieles que llenaron el templo parroquial. En la misma emitieron sus promesas definitivas de incorporación a la Hermandad, don José Aurelio Jiménez Guillén, párroco de las parroquias del Valle del Mazo, y don Ignacio González Fernández, párroco de la Mina de Santa Quiteria y Puerto Rey. En la homilía, don Juan José dio gracias a Dios por esta nueva realidad eclesial que nace para el servicio de la Iglesia, y exhortó a los sacerdotes a vivir en fidelidad en virtud de su consagración singular que les une a Cristo y a la Iglesia, teniendo a la Virgen María como modelo y Madre que acompaña con solicitud amorosa el ejercicio de su ministerio.

La iniciativa primera de promover la Hermandad, como asociación orientada a la futura constitución de una Sociedad de Vida Apostólica, surge en el ambiente de unas reuniones de Schola Cordis Iesu, en su Asamblea General de 1986 celebrada aquel año en Huesca. De Schola nace la Hermandad, sin vinculación jurídica respecto de ella, pero animada de su espíritu y promovida por miembros de la misma.

De entre los jóvenes de Schola ha madurado a lo largo de los años una proporción notable de vocaciones para la enseñanza. Un significado número de miembros ha ejercido y sigue ejerciendo como profesores, agregados, catedráticos en institutos y universidades de distintas partes de España. Algunos de ellos han sido en estos últimos años nombrados miembros de distintas academias pontificias romanas. Pero seguramente, las actividades más significativas de los miembros de Schola son las que derivan de la integración de cada uno en su propio ambiente de trabajo, parroquia,

pueblo, barrio, centro de estudios. Son las más heterogéneas, como es natural, pero son de suyo las más propias de la vocación de Schola, que llama a cada uno a insertarse y trabajar por el Reino de Dios allá donde la Providencia lo sitúe.

Quizá lo más significativo del desarrollo y crecimiento de Schola es que desde hace 20 años ha adquirido una configuración como de «familia de familias». A partir de los años 61-62 se había expandido hacia otros lugares, como País Vasco, Navarra, Madrid, Toledo y Mallorca. Las reuniones semanales de formación, oración, catequesis, programación de actividades, etc., habían sido el modo normal de encuentro, ya en locales propios o de la parroquia de algún miembro o miembros que colaboran en ella. Pero los matrimonios de los jóvenes de Schola, el crecimiento de las propias familias, cuyos miembros se suelen incorporar a la vida de Schola y gran número de familias que se han adherido con todos o casi todos sus miembros han dado al movimiento este aspecto entrañable. En las asambleas anuales de Barcelona, en las que durante tres días se reúnen unas trescientas personas, con niños incluidos, bien puede apreciarse esta realidad.

Del grupo de vocaciones que surgieron en Schola en los años setenta, Antonio Pérez-Mosso, sacerdote diocesano de Pamplona, ordenado en el año 1976, viendo la fecundidad de este legado en su labor como formador en los Seminarios Mayores de las diócesis de Valparaíso y San Bernardo en Chile y unido al surgir de un buen número de vocaciones a finales de los 80 en el seno de las familias de Schola, concibió el proyecto de impulsar alguna asociación de sacerdotes que en régimen de vida común pudiese vivir con la espiritualidad específica de Schola.

La buena formación del seminario de Toledo, el conocimiento personal de don Marcelo González Martín, particularmente por el tiempo en que Antonio Pérez-Mosso sirvió como profesor de este seminario (1979-80), y la indicación de la madre María de Jesús, superiora general de las Hijas de Santa María del Corazón de Jesús, quien siempre ha apoyado este proyecto, fueron circunstancias que concurrieron para que las vocaciones que surgieron desde el año 88 en Schola se dirijan a este seminario.

En el año 1993, con motivo de la ordenación diaconal de José María Alsina se presentó el proyecto a don Marcelo, quien lo acogió dándole su aprobación en fecha del 7 de octubre de 1993 como Asociación Cristiana de Fieles con el nombre de «Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón».

Al llegar don Francisco Álvarez Martínez a la diócesis de Toledo y conocer la Hermandad vio que la forma jurídica en que había sido aprobada no era la adecuada para un proyecto que tiende a ser Sociedad de Vida Apostólica. El señor arzobispo instó a que se redactaran nuevos estatutos para que, previa consulta a la Sede Apostólica, pudieran ser aprobados con la forma jurídica correspondiente.

Con fecha de 14 de septiembre de 1998 el cardenal Martínez Somalo, prefecto de la Sagrada Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, envía al señor Arzobispo un informe favorable para que se pueda proceder a la aprobación.

El 5 de noviembre de 1998, el señor Arzobispo firmó el decreto de aprobación «ad experimentum» por tres años de las Constituciones de la Hermandad, como «Asociación Pública de Clérigos, Sociedad de Vida Apostólica en formación».

Previamente, en el mes de septiembre se habían constituido las dos primeras comunidades en Villar del Pedroso (con José María Alsina y Javier Jaurrieta) y La Nava de Ricomalillo (con Ignacio Manresa, Santiago Arellano y Roberto de Tapia).

Pasados estos tres años de experiencia, el 23 de enero del año 2002 el señor Cardenal firma el decreto de aprobación de las constituciones y reglamentos.

En el mes de septiembre del año 2001 las comunidades habían quedado de nuevo reestructuradas: Santiago Arellano e Ignacio Manresa marchaban a Pamplona para crear la primera comunidad en la diócesis de Pamplona, residiendo en la localidad de Aoiz. En Toledo, la comunidad quedaba ubicada en La Nava de Ricomalillo, donde residen: José María Alsina, Javier Jaurrieta, José Aurelio Jiménez (primera vocación no proveniente del seno de Schola) e Ignacio González.

En abril de este año 2002, el arzobispo de Pamplona daba, mediante un escrito, la aceptación oficial de la comunidad de sacerdotes de la Hermandad en la diócesis de Pamplona, dando, a su vez su permiso, para que los dos sacerdotes diocesanos de Pamplona, Antonio Pérez-Mosso y David Baranguán, ingresaran formalmente en la Hermandad. Así lo hicieron el pasado 30 de agosto en la celebración que tuvo lugar en la parroquia de San Miguel de Aoiz (Navarra).

Además de los ocho sacerdotes ya pertenecientes a la Hermandad, José María Manresa Lamarca, sacerdote diocesano de Barcelona, ha expresado su deseo de unirse a la misma en el momento en que la Hermandad implante una comunidad en la diócesis de Barcelona.

Los candidatos para la Hermandad se forman en el Seminario Mayor de Toledo. Actualmente se encuentran varios seminaristas en este seminario con el deseo de pertenecer en su día a la Hermandad.

Juan XXIII recuerda las encíclicas de León XIII sobre el Rosario

Desde los años de Nuestra juventud, a menudo vuelve a Nuestro ánimo el grato recuerdo de aquellas Cartas encíclicas que Nuestro Predecesor, de inmortal memoria, León XIII, siempre cerca del mes de octubre, dirigió muchas veces al mundo católico para exhortar a los fieles, especialmente durante aquel mes, a la piadosa práctica del santo rosario: encíclicas, varias por su contenido, ricas en sabiduría, encendidas siempre con nueva inspiración y oportunísima para la vida cristiana. Eran una fuerte y persuasiva invitación a dirigir confiadas súplicas a Dios a través de la poderosísima intercesión de la Virgen Madre de Dios, mediante el rezo del santo Rosario. Este, como todos saben, es una muy excelente forma de oración meditada, compuesta a guisa de mística corona, en la cual las oraciones del «Pater noster», del «Ave María» y del «Gloria Patri» se entrelazan con la meditación de los principales misterios de nuestra fe, presentando a la mente la meditación tanto la doctrina de la Encarnación como de la Redención de Jesucristo, nuestro Señor.

JUAN XXIII: Encíclica *Grata recordatio*

Congreso sobre «La síntesis de santo Tomás de Aquino» en Barcelona

JOSÉ M^a ROMERO BARÓ

ENTRE los días 12, 13 y 14 de septiembre pasados, se celebró en nuestra ciudad el Congreso «La síntesis de santo Tomás de Aquino», organizado por la Sección barcelonesa de la Sociedad internacional Tomás de Aquino en España (SITAE), en colaboración con la Fundación Balmesiana, la Fundación Privada Ramón Orlandis y la Universidad de Barcelona.

El objetivo del Congreso era «dar un nuevo impulso a la comprensión de la síntesis de santo Tomás de Aquino en sus rasgos más nucleares y en sus principios capitales, teniendo presente la profunda intención teológica de su utilización y asunción de las verdades filosóficas, entre las cuales ocupan un lugar central no sólo el más auténtico aristotelismo sino también las aportaciones neoplatónicas y agustinianas que están en armónica continuidad con él». Es decir, que nuestro Congreso partía de la base de que toda la Filosofía estaba en santo Tomás de Aquino al servicio de la Teología o, expresado en otros términos, la razón al servicio de la fe. Esta relación entre la una y la otra será una de las constantes de la Filosofía cristiana desde los orígenes del cristianismo hasta hoy, siendo santo Tomás uno de los que mejor las distingue y armoniza.

Por otro lado, nuestro Congreso daba también por sentado que entre aquellas verdades filosóficas utilizadas y asumidas por santo Tomás en armonía con la Fe, encontraríamos no sólo el aristotelismo -que se había descubierto y abierto camino, no sin dificultad, en las Facultades de Filosofía y Teología de París en los siglos XII y XIII-, sino que también encontraríamos aportaciones neoplatónicas, agustinianas y, en general patrísticas, que no siempre han sido suficientemente valoradas entre los seguidores de santo Tomás, pero sobre las cuales -y de manera muy principal- se había elaborado hasta la Edad Media aquella filosofía cristiana, que desde sus orígenes había intentado acercar la cultura pagana (griega y latina) al cristianismo. De ahí el valor -siquiera simbólico- que tiene en la obra de santo Tomás las enseñanzas del neoplatónico ahora conocido como «Pseudo» Dionisio Areopagita, pues si bien se sabe en la actualidad que se trata de una persona diferente del Dionisio que se hizo discípulo de san Pablo cuando éste habló a los atenienses por primera vez, en el Areópago o Monte de Ares, al pie de la Acrópolis y cerca del Ágora donde se reunían los atenienses (*Hechos*, 17, 16-34), sin embargo sigue siendo cierto que san Pablo había iniciado allí el apostolado cristiano en-

tre los filósofos paganos de aquel tiempo, y que ese suceso bien podía tomarse como ejemplo a seguir del apostolado cristiano entre los gentiles.

Por otro lado, a cada momento puede comprobarse la referencia constante a la Sagrada Escritura y a los Padres de la Iglesia (en particular a san Agustín) en las obras de santo Tomás, de modo que la labor del Aquinate ha de entenderse como legítimamente inscrita en la larga tradición apostólica de la Iglesia.

En este afán por destacar la importancia de esos principios, no siempre lo bastante valorados en la síntesis de la obra de santo Tomás, sobresale entre nosotros la figura bien conocida del P. Ramón Orlandis Despuig, S.I., quien al analizar las vicisitudes históricas de la obra de santo Tomás condena el afán de polémica y alaba la serena dedicación a su estudio, afirmando que la síntesis tomista ha de dar como resultado algo que sea «vivificante» para el que la lleva a cabo, porque «la infusión de espíritu venido de lo alto trae consigo la vida, el calor de la vida, aquella íntima y profunda trabazón de unas partes con otras y de las partes con el todo, que es característica de los organismos vitales y vivientes que, al ofrecerse como un todo compacto y estructurado lo hace perfecta y admirablemente inteligible, que comunica a la inteligencia que lo considera calor y vida, sentimiento de la verdad, de la realidad, de la perfección. Todo hombre, en cuanto hombre, tiene invencible apetencia de síntesis, de unidad íntima, de realidad esencial y nunca podrán llenarla los fracasos de los filósofos que por su temeridad no han logrado sino abortar engendros de absurda fantasía», tal y como lo señaló el presidente de nuestra sección, profesor Antoni Prevosti, citando las palabras de «A un amigo ‘imaginario’» en la obra del padre Orlandis recientemente publicada *Pensamientos y ocurrencias* (Barcelona, Balmes, 2000, pp. 353-375), en la presentación que hizo del Congreso a los asistentes, a quienes el padre Pedro Suñer, S.I., director general de la Fundación Balmesiana acababa de dirigir unas palabras de bienvenida.

La primera ponencia del Congreso corrió a cargo del profesor Francisco Canals Vidal, y llevaba por título «*Unidad según síntesis*», centrándose en la cristología de santo Tomás, la cual, al seguir el Canon dogmático que «confiesa que la unión de Dios Verbo a la Carne se ha obrado según síntesis (es decir, *com-posición*)», nos sirve como punto de apoyo para que «afirmemos como ‘puestas juntamente’, y no separadas ni enfrentadas, la

fe y la razón, la gracia de Cristo y el hombre por Él redimido». En efecto, como en la persona de Cristo se realiza de manera plena la unidad entre el Verbo divino y la naturaleza humana, mediante esta unidad que es síntesis –es decir, composición o conjunción perfecta de dos naturalezas distintas, una «superior» y otra «inferior»– podemos afirmar que también en los restantes órdenes de la realidad y de una manera análoga «la síntesis de algo en alguna línea ‘superior’ o más perfecto con otro elemento de la realidad en cierto sentido inferior, como participativo o receptivo de aquello más eminente que lo perfecciona, nunca suprime ni minimiza este elemento participativo y perfectible. Recordemos su lenguaje [de santo Tomás]: ‘la fe presupone el conocimiento natural, como la gracia presupone la naturaleza y la perfección presupone lo perfectible’», de modo que se puede concluir diciendo que lo superior nunca anula lo inferior donde es recibido, sino que lo perfecciona y mejora: así la Teología no corta, sino que da alas, a la Metafísica; así la santidad es plenitud, no merma, de la vida humana, etc. Por eso cobra en esta ponencia especial relevancia la cita de santo Tomás (*S.Th.* I, q.23, a.5, in c) invalidando los planteamientos de quienes «parece que han distinguido entre aquello que viene de la gracia y lo que viene del libre albedrío, *como si no pudiese venir lo mismo de lo uno y de lo otro*», y como si la plenitud de la libertad humana no consistiera en seguir siempre las mociones que opera en nosotros la gracia divina.

Una vez finalizada esta única ponencia de la tarde en que se había inaugurado el Congreso, y tras una pausa durante la cual se sirvió un refresco a los asistentes, se leyeron las Comunicaciones presentadas en las Secciones «Teológica» y «Metafísica», presididas respectivamente por el padre Pedro Suñer, S.I., Presidente de la Fundación Balmesiana, y por el padre Juan José Gallego, O.P., presidente de la SITAE.

La mañana del viernes día 13 comenzó con la concelebración de la santa Misa en la capilla contigua a la principal, que se estaba restaurando, para pedir a Dios que bendijera nuestro congreso con abundantes frutos intelectuales y espirituales. Oficiaron en edificante comunión varios de los sacerdotes (diocesanos, jesuitas, dominicos) que participaban en el Congreso. A continuación tuvo lugar la ponencia de Mons. Lluís Clavell, Rector de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, que llevaba por título «*Las principales tesis filosóficas de Tomás de Aquino según Cornelio Fabro*». Con un orden y una claridad magistrales, el profesor Clavell agrupó y explicó la temática tratada por Cornelio Fabro en sus sesenta y nueve tesis. Las cinco primeras tratan «del ser participado y la potencia», y en su enunciado abarcan «a la vez todos los niveles de la realidad: el de las esencias materiales (nivel predicamental), el entitativo (o trascendental) o el operativo»; será preciso, por tanto, concretarlas en las siguientes tesis. En efecto, las

doce siguientes tratan «del ente como partícipe del acto de ser y como primera realidad conocida», y en ellas se parte también del «ente» entendido como en santo Tomás, es decir, como un participio de presente del verbo ser (como «lo que es»), de modo que «lo que es (o lo que está siendo) es el significante o ‘semantema primario’ [...] o ‘semantema totalizante’ o ‘semantema trascendental fundante’», que el propio Fabro denomina «*primum cognitum fundans transcendental*, o también en italiano *illuminante transcendental*, *oggettivante transcendental*»; las cuatro siguientes tesis, sobre «la participación predicamental y trascendental», llevan al realismo de Fabro –que también estudió biología– a ver «la gran riqueza que el hombre despliega en el doble orden de su naturaleza, espiritual y corpórea», y «más en general, la riqueza mayor en la especie que en los individuos [...] pues la animalidad significa un conjunto de perfecciones que se reparten de manera distinta en las varias especies, que son los numerosos órdenes de la vida animal, desde las amebas y los protozoos... hasta los mamíferos»; en las quince Tesis siguientes, sobre la filosofía de la naturaleza y la participación predicamental, puede verse como Fabro sigue defendiendo la cualidad frente al reduccionismo del ente en la cantidad y en la medida de la misma, propia de las ciencias, llegando a afirmar que «la cualidad es acto de la cantidad, como la forma lo es de la materia»; siguen otras diez tesis que a partir de la participación predicamental se dirigen «hacia la participación del ser, que viene de Dios como ser separado y trascendente», y que se elaboran a partir de la conciencia de «la finitud y participación que se encuentra en cualquier nivel de la realidad» de manera que su planteamiento, que afirma la necesidad del acto de ser aunque esté limitado por la esencia, hace que «el pensamiento no quede cerrado en un círculo de tensión entre materia y forma (agustinismo), o de particular y universal (averroísmo), o de conciencia y autoconciencia (inmanentismo), sino que siempre quede abierto en un movimiento de ascensión helicoidal –como la famosa cúpula de Borromini en San Ivo alla Sapienza– que sube de acto en acto: de los actos formales en la esencia, primero accidentales y después substanciales, para pasar al *esse* participado en todo ente, para llegar al *Esse per essentiam*»; la antropología de Fabro realza en las cinco siguientes tesis el hecho de que el alma le confiere al cuerpo su propia cualidad de humano, a la vez que éste diferencia al alma al recibirla, exigiéndose así «una colaboración entre la sensibilidad y la actividad espiritual de entender y de querer, y una participación de los sentidos con la inteligencia», de modo que «la aprensión del ser implica una confluencia de las facultades aprensivas sensitivas y de las facultades intelectuales»; por otro lado, la antropología de Fabro observa también que «el alma humana tiene su origen directamente en Dios, que la crea individualmente», pudiendo concluirse que cada ser humano es una

auténtica «novedad», distinta a cualquier otra persona, y que cada uno de nosotros tiene una «relación singular e irrepetible con el Creador», de acuerdo con lo que también han manifestado C. Cardona y H. Arendt; finalmente, las diecinueve tesis restantes tratan del orden moral y se basan en que el hombre, como las demás criaturas, «posee en su dinamismo una ley puesta por el Creador», la cual se pone de manifiesto «por el conocimiento de la verdad del mundo exterior y del espíritu», así como «por la voluntad de elección del fin existencial o proyecto de vida, en el cual cada persona encuentre la plenitud y la felicidad»; en la moral social, Fabro sigue «la regla de Boecio que sigue santo Tomás: *todos los hombre son un solo hombre por la participación*», que aquí debe entenderse como el amor de caridad respecto del prójimo, que es amor a Dios en la tierra y cumbre de la dignidad humana.

A la anterior ponencia siguió la que llevaba por título «*El derecho en santo Tomás de Aquino*», a cargo del Prof. Juan B. Vallet de Goytisolo, miembro de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. El profesor Vallet distinguió con gran precisión entre ley y derecho, afirmando con santo Tomás que la primera, la ley, no es el derecho mismo, sino «cierta razón del derecho», mientras que éste, el derecho (*ius*), es «lo justo», «la cosa justa en ella misma (*ipsam rem iustam*)», de manera que lo justo es el (lo) derecho (*ius sive iustum*), de cuyo principio ha de derivar la ley, y no al revés, de modo que lo derecho por naturaleza no lo ha de torcer el hombre. De aquí que, buscando también una armonía entre el derecho natural y el derecho positivo, siguiendo a santo Tomás pueda decirse que «si algo se opone al derecho natural, no puede hacerse justo por voluntad humana», o que la ley escrita no da ni quita fuerza al derecho natural, «puesto que la voluntad del hombre no puede inmutar la naturaleza –*mutare naturam*–. Así la ley escrita que contiene algo contra ésta, es injusta y no tiene fuerza de obligar, pues el derecho positivo sólo es aplicable cuando es «indiferente al derecho natural que una cosa sea hecha de uno u otro modo». Y una observación final de santo Tomás, siguiendo a san Raimundo de Penyafort, respecto de la relación complementaria que ha de haber entre ley y costumbre, y que es hoy de gran actualidad: «por medio de actos exteriores muy repetidos se muestra muy claramente el movimiento exterior de la voluntad y los conceptos de la mente; porque es manifiesto que, cuando se repite algo con mucha frecuencia, procede de un deliberado juicio de la razón. De todo lo cual se deduce que la costumbre tiene fuerza de ley, puede abolir una ley y es intérprete de las leyes».

Con la acostumbrada pausa después de las ponencias se presentaba la oportunidad de expandir el ánimo intercambiando impresiones del Congreso, para seguir con renovado interés las comunicaciones presentadas en las dos secciones siguientes, presididas en este caso por los profesores de la Universidad de Barcelona José M^a

Petit Sullá e Ignacio Guiu Andreu, y que tratarían respectivamente de la Cosmología y la Antropología desde el punto de vista de la doctrina de santo Tomás.

Por la tarde intervino quien escribe estas páginas en ausencia del profesor Daniel Gamarra, de la Pontificia Universidad Católica Argentina, quien finalmente no pudo asistir. Con el título «*Para una síntesis de la filosofía de santo Tomás de Aquino*», mi intervención estuvo ligada al hecho de que el profesor Gamarra había dirigido una importante tesis doctoral sobre la «Génesis histórica de las XXIV Tesis tomistas» que había despertado gran interés, como se puede ver en el artículo que Francisco Canals publicó sobre ella en *Cristianidad*, (núms.811-812 [1999], pp.16-24). En efecto, en la citada tesis, su autor (el sacerdote chileno Enrique Miquel Aguayo) aporta documentos inéditos de archivos de la Santa Sede –especialmente de la Congregación de Estudios– en muchos de los cuales se puede ver claramente que la elaboración y la redacción de las XXIV Tesis tomistas respondían a la necesidad de enseñar la doctrina de santo Tomás en los centros docentes dependientes de la Compañía de Jesús (y en especial en la Universidad Gregoriana), dando con cada una de esas XXIV Tesis otras tantas normas seguras para poder seguir dicha enseñanza. Es decir que nos encontramos ante un acto de disciplina docente mucho más que ante la intención de presentar una síntesis del pensamiento de santo Tomás, por lo cual parece lógico afirmar, como lo hiciera el padre Ramón Orlandis, que «las veinticuatro tesis, si son auténticamente pertenecientes al pensamiento de santo Tomás, no son suficientes para sugerir la líneas centrales y más profundas de su síntesis», de modo que se hace preciso señalar con el Prof. Canals que más allá de las XXIV Tesis, la síntesis de santo Tomás «no podría ser pensada sin poner sus fundamentos doctrinas como el **ejemplarismo**, la genial cristianización agustiniana de la doctrina platónica de las Ideas, reelaborado por santo Tomás desde la comprensión de la simplicidad de la omniperfección del ser divino; la doctrina sobre la naturaleza del bien creado y su triple dimensión, **modo, especie y orden**, asumida teológicamente para explicar el vestigio de la Trinidad en la Creación y su imagen en el espíritu creado como **memoria, inteligencia y voluntad**, que hace posible explicar la inteligencia objetiva como emanada de la memoria de sí mismo, y encontrar el camino para sintetizar la doctrina agustiniana de la **iluminación** con la tesis aristotélica del **entendimiento agente**, al explicar éste como constituido por la mismidad existencial del yo pensante humano; la escala neoplatónica de los **grados de perfección**, que hace posible afirmar fundamentalmente el ser personal como **lo perfectísimo en toda naturaleza**; la esclarecedora caracterización del **carácter privativo del mal**, que está en el centro de la vigorosa refutación del dualismo maniqueo de los cátaros», destacando en mi intervención la citada tesis orlandiana

de la especie, modo y orden como vestigio trinitario en toda la naturaleza creada, y «uno de los principales jalones que es absolutamente necesario que tenga a la vista quien quiera seguir en pos del santo doctor [Angélico]», en palabras del mismo P. Orlandis.

La ponencia del padre Bertrand de Margerie, S.I., titulada «*Conciencia de sí, inmortalidad y búsqueda de Dios*», se centró en el autoconocimiento del alma por ella misma como camino hacia el conocimiento y la visión de Dios, advirtiendo que se trata de un conocimiento que es «mediato en su origen e inmediato en su esencia, pero confuso», porque no hay que desdeñar el hecho de que «el conocimiento racional del Dios supraracional hunde sus raíces en lo infrarracional del conocimiento sensible, del cual abstrae activamente la idea», y hay que recordar que «todas las pruebas de la existencia de Dios pasan por el ser y por el espíritu humano en la medida en que este espíritu elabora la idea del ser a partir de los entes y de él deduce el ser absoluto que los hace ser.» De este modo puede decirse que «la prueba de la existencia de Dios comienza con una tensión en el seno de la conciencia entre lo finito y lo infinito». La existencia de esta tensión en la conciencia es, por tanto, el punto de partida (aunque sea confuso) y la condición de la búsqueda. En un segundo paso de esa investigación de la conciencia que se busca a sí misma en la oscuridad, resulta que «el espíritu humano [...] se ve como causa limitada, a su vez causada, causa segunda que pide una causa primera y total», en coherente armonía con esa tensión del alma hacia Dios porque «este Dios es el motor secreto e incluso el fin último del movimiento racional que suscita esta búsqueda racional de uno mismo». De este modo, Dios nos mueve a buscarle al renegar de nuestra finitud, y así el hombre «renegando de sí mismo, se engendra a sí mismo en un acto de libertad», que es también un acto de amor porque es entrega a la infinitud del Otro, renuncia a la finitud egoísta. Finalmente, el hombre recurre a la oración como medio para comunicarse con el Dios que descubre al conocerse a sí mismo, a la vez que ese conocimiento de Dios le sirve para adelantar en el conocimiento de sí mismo, pues en esa doble vertiente de la oración «no está prohibido pensar que la gracia venga en socorro de la razón para ayudar a probar la existencia del Dios creador, providente y fin último».

Tras las ponencias y la correspondiente pausa, cerraron las actividades de este segundo día las comunicaciones presentadas y debatidas en las secciones Ética y Política, que presidieron la profesora Margarita Mauri y el profesor José M^a Alsina respectivamente, ambos de la Universidad de Barcelona.

La santa Misa concelebrada en la mañana del sábado día 14 fue ya la primera ocasión para dar gracias a Dios por la buena marcha del Congreso, que terminaba esa misma mañana. En primer lugar se leyeron y discutieron las correspondientes comunicaciones de las Sec-

ciones Histórica (presidida por la profesora Misericordia Inglés, de la Universidad de Barcelona) y Jurídica (presidida por el profesor Miguel Ayuso, de la Universidad Pontificia de Comillas). Tras una breve pausa, el P. Abelardo Lobato, O.P., Presidente de la SITA, leyó su ponencia «*El hombre, síntesis de la creación en santo Tomás de Aquino*», centrándola en la tesis de santo Tomás de Aquino para el cual «el hombre es síntesis de la creación, un compendio de la obra de Dios», el punto de convergencia entre Dios y el mundo, estableciendo esta convergencia en los tres siguientes puntos: el hombre como microcosmos, como criatura imagen y semejanza de Dios, y como proyecto de Dios que se verifica en el hombre perfecto, Jesucristo.

En efecto, al comentar el salmo 8 santo Tomás observa que en un sentido extensivo o cuantitativo, el universo es más perfecto que la criatura intelectual, pero en sentido intensivo o cualitativo es más perfecto el hombre porque es capaz de amar a Dios. El hombre es así un microcosmos o *parvus mundus* «porque realiza en miniatura lo que constituye el mundo en su tamaño natural. [...] Y así como todo el mundo se ordena a la manifestación de la bondad divina y del amor de Dios que es creador e infunde la bondad en los seres, así también el mundo está ordenado a la perfección del hombre». Acerca del segundo punto que hace del hombre una síntesis entre Dios y el mundo, hay que afirmar que al hombre «Dios lo ha querido por sí mismo, para llamarlo a la plena comunión con él, lo ha plantado en la existencia y lo ha dejado libre para que recorra el camino de vuelta, llevando el mundo sobre sus espaldas». Es decir, que el hombre que colabora con la acción divina es el lugar privilegiado por donde pasa la creación en su doble proceso de *exitus-reditus* (salida del – regreso al) Creador. Como dirá santo Tomás, «porque el hombre es como el horizonte y el confín de la naturaleza espiritual y corporal; por ser como un cierto medio entre ambas, de ambas bondades participa, de las corporales y de las espirituales: por ello *bajo el nombre de hombre se entiende toda criatura*», y por la vuelta del microcosmos humano a Dios es por donde vuelve a Dios todo el macrocosmos. Pero la síntesis tomista requería todavía que el punto de convergencia entre Dios y el mundo fuera algo más seguro y definitivo que el hombre: como en Jesucristo se da la plenitud de imagen y semejanza de Dios y el modelo de la humanidad, resulta que «en el misterio del Hijo de Dios hecho hombre es donde se desvela el secreto del origen del hombre como proyecto hacia Dios, la predestinación del mismo y el camino de la plenitud humana». Así pues, el mundo sólo tendrá futuro si el hombre que lo ha hecho suyo ha seguido el modelo de la humanidad de Cristo «en los tres momentos del ingreso, del progreso y del egreso del mundo, desde la clave de la unión hipostática y de la resurrección».

Clausuraron el Congreso las palabras de monseñor

Pere Tena, obispo auxiliar de Barcelona, quien comenzó recordando que «en el proceso de la renovación de los estudios tomistas ocupa un lugar importante la encíclica *Aeterni Patris*, del papa León XIII, y también las 24 tesis tomistas formuladas bajo el pontificado de san Pío X, y ratificadas por Benedicto XV. Ahora bien, aunque la Iglesia siempre ha aconsejado el estudio de santo Tomás como guía seguro, tanto en filosofía como en teología, en la historia del pensamiento se ha corrido el peligro de reducir simplemente a algunas proposiciones el legado del Doctor Angélico. Entre las aportaciones que ha hecho la Escuela tomista de Barcelona está el haber señalado que, aunque las 24 tesis recogen enseñanzas ciertas de santo Tomás no constituyen sin embargo, ellas solas, la síntesis de Tomás de Aquino. Lo ha señalado brillantemente el alma de esta escuela, el Dr. Francisco Canals, formador de una pléyade de discípulos; lo ha hecho penetrando directamente en los textos del santo doctor y en sus comentadores más cualificados, sin olvidar el diálogo con las filosofías moderna y contemporánea». Más adelante, señaló que «por otra parte, la síntesis de santo Tomás ayuda en las actuales circunstancias en que el hombre tiende a vivir fragmen-

tado y la moral se relativiza. Tantas veces tropezamos con personas cuya vida práctica, en la forma de pensar, en los negocios, en la forma de organizar la familia o el tiempo libre parece ajena a su vida de fe, como dos líneas paralelas que nunca van a encontrarse. Como dice el Concilio *«El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado uno de los más graves errores de nuestra época»* (Gaudium et Spes, 43). En santo Tomás todo tiende a algo uno, y su pensamiento filosófico, y principalmente teológico, contempla siempre la unidad del conjunto». Finalmente, nuestro Obispo terminó agradeciendo la participación de los congresistas y recordando que «nosotros hemos de aprender de él [santo Tomás], siguiendo el mandato de Pío XI 'Id a Tomás' y la recomendación de san Pío X, quien señaló que apartarse de santo Tomás, sobre todo en cuestiones de metafísica, no se haría sin grave daño. ¡Que Dios bendiga los trabajos de esta Sociedad internacional dedicada a estudiar la doctrina del Aquinate y, por mediación de su Madre, nos conceda imitar la santidad de Tomás de Aquino y como él amar y entender el Evangelio!».

Que así sea.

«El Rosario debe ser considerado como una de las más excelentes y eficaces oraciones comunes»

En continuidad de intención con nuestros Predecesores, queremos recomendar vivamente el rezo del Santo Rosario en familia. El Concilio Vaticano II a puesto en claro cómo la familia, célula primera y vital de la sociedad «por la mutua piedad de sus miembros y la oración en común dirigida a Dios se ofrece como santuario doméstico de la Iglesia» La familia cristiana, por tanto, se presenta como una Iglesia doméstica cuando sus miembros, cada uno dentro de su propio ámbito e incumbencia, promueven juntos la justicia, practican las obras de misericordia, se dedican al servicio de los hermanos, toman parte en el apostolado de la comunidad local y se unen en su culto litúrgico; y más aún, se elevan en común plegarias suplicantes a Dios; por que si fallase este elemento, faltaría el carácter mismo de familia como Iglesia doméstica. Por eso debe esforzarse para instaurar en la vida familiar la oración en común.

Después de la celebración de la Liturgia de las Horas –cumbre a la que puede llegar la oración doméstica–, no cabe duda de que el Rosa-

rio a la Santísima Virgen debe ser considerado como una de las más excelentes y eficaces oraciones comunes que la familia cristiana está invitada a rezar. Nos queremos pensar y deseamos vivamente que cuando un encuentro familiar se convierta en tiempo de oración, el Rosario sea su expresión frecuente y preferida. Sabemos muy bien que las nuevas condiciones de vida de los hombres no favorecen hoy momentos de reunión familiar y que, incluso cuando eso tiene lugar, no pocas circunstancias hacen difícil convertir el encuentro de familia en ocasión para orar. Difícil, sin duda. Pero es también una característica del obrar cristiano no rendirse a los condicionamientos ambientales, sino superarlo; no sucumbir ante ellos, sino hacerles frente. Por eso las familias que quieren vivir plenamente la vocación y la espiritualidad propia de la familia cristiana, deben desplegar toda clase de energías para marginar las fuerzas que obstaculizan el encuentro familiar y la oración en común.

PABLO VI: Encíclica *Marialis cultus*

EN LA MUERTE DEL CARDENAL VAN THUÂN

Heroico heraldo del Evangelio, ejemplo de coherencia cristiana hasta el martirio

LUIS COMAS ZAVALA

EN la homilía de su funeral celebrado en la basílica de San Pedro, el pasado 20 de septiembre, el Santo Padre glosó la figura del cardenal François-Xavier Nguyễn Van Thuân con las palabras que encabezan estas líneas. En la concelebración eucarística participó una delegación de obispos vietnamitas y estuvo presente una gran asamblea de fieles, entre los que destacaba la comunidad vietnamita.

A lo largo de su historia, la nación vietnamita, regada con la sangre de tantos mártires, ha ofrecido a la Iglesia y al mundo, el testimonio de una fe intrépida y una esperanza sin límites. El cardenal Van Thuân es un nuevo testigo de esta lista interminable. Desde 1975 pasó trece años en prisión, nueve de ellos aislado, cuando el triunfo comunista puso a todo el Vietnam bajo su control. Su experiencia personal le llevó a anunciar a todos el «*evangelio de la esperanza*», dejándonos por escrito el testimonio de sus duras condiciones de vida en prisión y de una gran esperanza en el Señor, que siempre lo alentaba. El Papa, al referirse al anuncio del «*evangelio de la esperanza*», recordaba una precisión del cardenal Van Thuân, «sólo con el radicalismo del sacrificio se puede cumplir esta vocación, aun en medio de las pruebas más duras».

Al leer sus datos biográficos, se percibe que la vida del cardenal estaba enraizada en los testimonios martiriales de sus antepasados, que sufrieron grandes persecuciones. Por eso, decía el Papa en su homilía: «Podríamos preguntarnos de dónde sacaba la paciencia y la valentía que lo caracterizaron siempre. A este propósito, explicaba que su vocación sacerdotal estaba vinculada de modo misterioso, pero real, a la sangre de los mártires caídos durante el siglo pasado mientras anunciaban el Evangelio en Vietnam». Y, por idéntico motivo, se sentía también muy vinculado espiritualmente a nuestra patria. Hace unos meses, en una visita a España, manifestaba: «Me alegro de estar en España, con quien el Vietnam tiene un vínculo sellado con la sangre. Entre los primeros misioneros que nos trajeron la fe en el siglo xvii, hubo varios españoles. Entre ellos, 6 obispos dominicos que fueron martirizados».

Sobre el legado de los mártires, escribía el cardenal Van Thuân, en su libro *Testigos de esperanza*: «Los mártires nos han enseñado a decir sí: un sí sin condiciones ni límites al amor del Señor; pero también un no a

los halagos, a las componendas y a la injusticia, aunque fuera con la finalidad de salvar la propia vida». Al recordar el Papa estas palabras, añadía: «no se trataba de heroísmo, sino de fidelidad madurada contemplando a Jesús, modelo de todo testigo y de todo mártir. Una herencia que hay que acoger cada día en una vida llena de amor y mansedumbre».

El Papa, tras glosar su figura, decía: «Su secreto era una inquebrantable confianza en Dios, alimentada con la oración y el sufrimiento aceptado con amor». Y proseguía, a propósito de una vivencia personal del cardenal muy conocida: «En la cárcel celebraba cada día la Eucaristía con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano. Este era su altar, su catedral. El cuerpo de Cristo era su “medicina”».

Si ejemplar fue la vida de este testigo de Cristo, no menos lo ha sido su muerte, tras larga y dolorosa enfermedad. Lo destacó también el Santo Padre en su homilía: «Conservó la serenidad e incluso la alegría también durante su larga y sufrida hospitalización. En los últimos días, cuando ya no podía hablar, permanecía con la mirada fija en el crucifijo, que tenía delante. Rezaba en silencio, mientras culminaba su extremo sacrificio como coronamiento de una existencia marcada por su heroica configuración con Cristo en la cruz».

Como todos los católicos vietnamitas, el cardenal Van Thuân tenía una filial y tierna devoción a la Santísima Virgen. Y también a san José. Su testamento espiritual termina con esta triple recomendación: «Amad a la Virgen Santísima y confiad en san José, sed fieles a la Iglesia, estad unidos y sed caritativos con todos».

A continuación ofrecemos sus datos biográficos, así como una referencia de los ejercicios espirituales a la Curia romana, en el año 2000, que le encargó el Papa. Además, algunos testimonios del cardenal Van Thuân, como muestra de los sufrimientos y penalidades que la iglesia vietnamita ha sufrido también durante la última parte del siglo xx.

Datos biográficos

François-Xavier Nguyễn Van Thuân nació en Huê (Vietnam) el 17 de abril de 1928, en el seno de una familia perseguida desde que un antepasado suyo, minis-

tro del rey y embajador en China, recibió el bautismo en 1698. Al convertirse, el rey le quitó todas sus posesiones y le expulsó.

Entre los miembros de su familia hay numerosos mártires: en 1885 todos los habitantes del poblado de su madre fueron quemados en la iglesia parroquial, menos su abuelo, que en aquel momento estudiaba en Malasia. Los antepasados paternos sufrieron muchas persecuciones entre 1698 y 1885; su bisabuelo, junto con otros familiares fue encomendado por la fuerza a una familia no cristiana para que perdiese la fe; él mismo contaba a su bisnieto que a la edad de quince años caminaba cada día 30 kilómetros para llevar a su padre, encarcelado por ser cristiano, un poco de arroz y un poco de sal. Su abuela que no sabía leer ni escribir, cada tarde, después de la oración en familia, rezaba además el rosario por los sacerdotes.

Su madre, que aún vive, lo educó cristianamente desde su más tierna infancia. Cada tarde le enseñaba la historia sagrada y le narraba el testimonio de los mártires, especialmente de sus antepasados. Cuando François-Xavier fue arrestado, su madre continuó rezando para que permaneciese fiel a la Iglesia, dispuesto a cumplir la voluntad de Dios, perdonando a sus verdugos.

A los 10 años ingresó en el seminario menor. Ordenado sacerdote en 1953, se doctoró en Derecho canónico en Roma en 1959. Regresó a Vietnam y desempeñó su ministerio como profesor del seminario y luego como rector; fue también vicario general. Pablo VI le nombró obispo de Nha Trang en 1967. Eligió como lema episcopal «Gaudium et spes». Su actividad fue muy intensa. Puso especial cuidado en promover el seminario: en ocho años los seminaristas mayores pasaron de 42 a 147, y los menores de 200 a 500. Asimismo, dedicó gran empeño a fortalecer la presencia de los laicos, incluso de los jóvenes, en los consejos pastorales, «antes de que llegasen los tiempos difíciles»: organizó cursos de formación para sacerdotes, desarrolló y creó cuadros de los movimientos juveniles, colaboró activamente con organismos eclesiales, con Justicia y Paz, Cursos de Cristiandad, Focolares, Scouts, etc; fundó las comunidades religiosas de La Vang y de la Esperanza. En 1971, fue nombrado miembro del Pontificio Consejo para los Laicos, donde conoció al entonces cardenal Wojtyła.

Acabada la guerra, en 1975, el papa Pablo VI le nombró arzobispo titular de Vadesi y coadjutor de la archidiócesis de Saigón (actualmente Thành-Phô Ho Chi Minh, Hôchimin Ville). Pocos meses después, con la llegada del régimen comunista, fue arrestado y encarcelado: se le acusó de que su nombramiento era fruto de un complot entre el Vaticano y las fuerzas imperialistas.

Pasó en prisión trece años, nueve de ellos aislado, sin juicio ni sentencia. Vivió ese tiempo de modo heroico, ingeniándose para celebrar ocultamente la Eucaristía y sostener en la fe a otros católicos encarcelados. Finalmente, el 21 de noviembre de 1988 fue liberado.

Se le obligó a residir en el arzobispado de Hanoi, pero no podía ejercer su ministerio. Se le permitió ir a Australia para visitar a sus padres y a Roma para visitar al Vicario de Cristo y los dicasterios de la Curia romana. En 1991 le permitieron salir al extranjero, pero no le autorizaron a regresar a su país.

En 1994, Juan Pablo II le nombró vicepresidente del Pontificio Consejo Justicia y Paz, aceptando a la vez su renuncia a la función de coadjutor; en 1998 fue nombrado presidente de dicho dicasterio.

En marzo del año 2000 predicó los ejercicios espirituales al Papa y a miembros de la Curia romana. Juan Pablo II, en el consistorio del 21 de febrero de 2001, le creó cardenal de la diaconía de Santa María della Scala.

Publicó varios libros, algunos de los cuales escritos en la cárcel, que han sido traducidos a varias lenguas. Entre ellos: *El camino de la esperanza*, *Los peregrinos del camino de la esperanza*, *El camino de la esperanza a la luz de la Palabra de Dios y del concilio Vaticano II*, *Plegarias de esperanza*, *Cinco panes y dos peces y Testigos de la esperanza*.

Ejercicios Espirituales de la Curia romana – Año 2000

EL 15 de diciembre de 1999, Juan Pablo II comunicó a monseñor Van Thuân que «en el año del Jubileo, un vietnamita predicaría los Ejercicios Espirituales a la Curia romana». Mirándole intensamente, el Papa le preguntó: «¿Se le ocurre algún tema?».

Él le respondió: «Santo Padre, estoy algo sorprendido. Quizá podría hablar de la esperanza...». «Ofrezca su testimonio», concluyó el Papa. Tras esta petición del Papa, llegó a su casa bastante confundido. Entró en la capilla y rezó: «Jesús, ¿qué es lo que tengo que hacer? No estoy acostumbrado a hablar de ciencia y de teología. Tú sabes que yo soy un antiguo encarcelado».

«Habla como lo que eres. Hazlo como te lo ha dicho el Papa: con humildad y sencillez», escuchó como respuesta.

«Entonces se me ocurrió preparar una receta vietnamita –cuenta el cardenal Van Thuân–. Los asiáticos no razonan con conceptos, sino que narran una historia, una parábola, y al final la conclusión es clara. El menú «*esperanza*» fue preparado por un ex encarcelado que se encontraba en una situación algo más que desesperada: algunos le dieron por muerto. El pueblo ha ofrecido por mí muchas misas de réquiem. Pero Dios sabe escribir recto en renglones torcidos y estas misas por un difunto han servido para darme muchos años de vida».

Cuando concluyó los Ejercicios Espirituales, el cardenal Van Thuân estaba muy conmovido. En ese mismo día, 24 años antes, el 18 de marzo de 1976, víspera de la fiesta de san José, fue llevado de la residencia en que le habían recluso, en Cay-Vong, a la prisión de Phu-

Khanh para ser sometido a un duro aislamiento. Hace 24 años no podía imaginarse que en esa misma fecha hubiera concluido la predicación de los Ejercicios Espirituales en el Vaticano. Hace 24 años, cuando celebraba la misa con tres gotas de vino y una de agua en la palma de la mano, no podía esperar que el Santo Padre le regalara un cáliz dorado.

Al finalizar los ejercicios, el Papa destacó: «Testigo de la cruz en los largos años de prisión que vivió en Vietnam nos ha narrado hechos y episodios de su duro cautiverio, reforzándonos de este modo en la consoladora certeza de que, cuando todo se derrumba en torno a nosotros, o incluso en nuestro interior, Cristo sigue siendo indefectiblemente nuestro apoyo».

En su funeral, el Santo Padre recordaba la predicación del cardenal Van Thuân: «¡Espera en Dios! Con esta invitación a confiar en el Señor el querido purpurado inició las meditaciones de los Ejercicios Espirituales. Sus exhortaciones se me han quedado grabadas en la memoria por la profundidad de las reflexiones, enriquecidas por continuos recuerdos personales, en gran parte relativos a los trece años pasados en la cárcel».

Algunos testimonios del cardenal Van Thuân

Nueve años de aislamiento total en la cárcel

«Fueron años muy duros. Pasé trece años en la cárcel, de los cuales nueve fueron de aislamiento total. Estuve solo, sin visitas de la familia, mientras que otros prisioneros podían recibir una visita al mes. Siempre estaba con dos carceleros. La mayor parte del tiempo la pasé en una habitación pequeña y sin ventana, sofocado de calor porque el clima de Vietnam es tropical, muy caluroso y húmedo en verano.

»Soporté esta situación gracias a la oración de muchos pueblos de la Iglesia universal. Como dice el libro de los Hechos de los Apóstoles sobre Pedro, cuando los apóstoles estaban en la cárcel, la Iglesia rezaba por ellos. Pero también lo he soportado gracias a mi propia oración y al esfuerzo físico de cada día: andaba siempre, ya que si me ponía en la cama sabía que me quedaría paralizado. Yo andaba, saltaba, hacía gimnasia y también cantaba. Esto era importante, porque ante mi puerta habían colocado un altavoz que emitía propaganda marxista de cinco de la mañana a once y media de la noche. Mi fuerza espiritual estaba en la oración y en la Eucaristía. Desde luego, no en la comida, pues me daban de comer dos veces al día, siempre igual: un poco de arroz con verdura cocida».

Jesús Eucaristía presente en la prisión

«Al ser arrestado me llevaron con lo puesto y no me dejaron coger nada. Sin embargo, obtuve permiso para

escribir a los fieles y pedir ropa y una medicina que dije que necesitaba. Pedí que me mandaran un medicamento para el estómago. Los míos entendieron de qué se trataba. Así que un día el director de la prisión me llamó y me dio una pequeña botella con la etiqueta de una medicina estomacal, pero que contenía sólo vino de misa.

»Cada día celebraba la Eucaristía con tres gotas de vino y una de agua en la palma de la mano. La presencia de Jesús Eucaristía me ayudó y me dio la fuerza para resistir en la prisión. Después logré hacer un pequeño saquito de papel y ahí metí el pan consagrado, que también habían logrado introducir como medicina. Ese saquito lo llevaba siempre en el bolsillo. Esa presencia del Señor me ayudó mucho».

El amor vence al odio

«En la cárcel había mucha gente y a algunos de ellos los soltaron antes que a mí. Era muy frecuente que, tras ser liberados, murieran. Esto se debía a que estaban amargados por las injusticias que habían padecido. Estaban muy tristes. Tenían odio contra los comunistas y querían venganza y no podían ejecutarla. También estaban indignados contra sus propias familias porque no atacaban a los comunistas, pero es que no podían hacerlo porque ellos tenían todo el poder. Por eso murieron al salir de la cárcel. El odio los mató. A mí me salvaron mis sentimientos, me ayudaron a sobrevivir. **Yo tenía paz, nunca tuve odio**».

Mensajes escritos en un calendario

«En los meses sucesivos, cuando me tenían encerrado en el pueblo de Cay-Vong, bajo el control continuo de la policía, día y noche, había un pensamiento que me obsesionaba: ¡El pueblo al que tanto quiero, mi pueblo, se ha quedado como un rebaño sin pastor! ¿Cómo puedo entrar en contacto con mi pueblo, precisamente en este momento en el que tienen tanta necesidad de un pastor? Las librerías católicas habían sido confiscadas; las escuelas, cerradas; los maestros, las religiosas, los religiosos, desperdigados; algunos habían sido mandados a trabajar a los campos de arroz, otros se encontraban en las «regiones de nueva economía» en las aldeas. La separación era un «shock» que destruía mi corazón.

»Yo no voy a esperar. Viviré el momento presente, llenándolo de amor. Pero, ¿cómo? Una noche lo comprendí: «François, es muy sencillo, haz como san Pablo cuando estaba en la cárcel: escribe cartas a las comunidades». Al día siguiente, en octubre de 1975, con un gesto pude llamar a un niño de cinco años, que se llamaba Quang, era cristiano. «Dile a tu madre que me compre calendarios viejos». Ese mismo día, por la noche, en la oscuridad, Quang me trajo los calendarios y todas las noches de octubre y de noviembre de 1975 escribí a mi pueblo mi mensaje desde el cautiverio. Todas las maña-

nas, el niño venía para recoger las hojas y se las llevaba a su casa. Sus hermanos y hermanas copiaban los mensajes. Así se escribió el libro *El camino de la esperanza*, que ahora ha sido publicado en once idiomas».

Dios y las obras de Dios

«Durante mi larga tribulación de nueve años de aislamiento en una celda sin ventanas, iluminado en ocasiones con luz eléctrica durante días enteros, o a oscuras durante semanas, sentía que me sofocaba por efecto del calor, de la humedad. Estaba al borde de la locura. Yo era todavía un joven obispo con ocho años de experiencia pastoral. No podía dormir. Me atormentaba el pensamiento de tener que abandonar la diócesis, de dejar que se hundieran todas las obras que había levantado para Dios. Experimentaba una especie de revuelta en todo mi ser.

»Una noche, en lo profundo de mi corazón, escuché una voz que me decía: “¿Por qué te atormentas así? Tienes que distinguir entre Dios y las obras de Dios. Todo aquello que has hecho y querrías continuar haciendo: visitas pastorales, formación de seminaristas, religiosos, religiosas, laicos, jóvenes, construcción de escuelas, misiones para la evangelización de los no cristianos..., todo esto es una obra excelente, pero son obras de Dios, no son Dios. Si Dios quiere que tú dejes todas estas obras poniéndote en sus manos, hazlo inmediatamente y ten confianza en Él. Él confiará tus obras a otros, que son mucho más capaces que tú. Tú has escogido a Dios, y no sus obras”.

»Esta luz me dio una nueva fuerza, que ha cambiado totalmente mi manera de pensar y me ha ayudado a superar momentos que físicamente parecían imposibles de soportar. Desde aquel momento, una nueva paz llenó mi corazón y me acompañó durante trece años de prisión. Sentía la debilidad humana, pero renovaba esta decisión frente a las situaciones difíciles, y nunca me faltó la paz. Escoger a Dios y no las obras de Dios. Este es el fundamento de la vida cristiana, en todo tiempo.

»De este modo, comprendo que mi vida es una sucesión de decisiones, en todo momento, entre Dios y las obras de Dios. Una decisión siempre nueva que se convierte en conversión. La tentación del pueblo de Dios siempre consistió en no fiarse totalmente de Dios y tratar de buscar apoyos y seguridad en otro sitio. Esta es la experiencia que sufrieron personajes tan gloriosos como Moisés, David, Salomón...

»Escoger a Dios y no las obras de Dios: esta es la respuesta más auténtica al mundo de hoy, el camino para que se realicen los designios del Padre en nosotros, en la Iglesia, en la humanidad de nuestro tiempo. Es posible que quienes optan por Dios tengan que pasar por tribulaciones, pero aceptan perder los bienes con alegría, pues saben que poseen bienes mejores, que nadie les podrá quitar».

Adoración eucarística nocturna

«Más tarde, cuando me internaron en un campo de reeducación, me metieron en un grupo de cincuenta detenidos. Dormíamos en una cama común. Cada uno tenía derecho a cincuenta centímetros. Nos las arreglamos para que a mi lado estuvieran cinco católicos. A las 21.30 se apagaban las luces y todos tenían que dormir. En la cama, yo celebraba la Misa de memoria y distribuía la comunión pasando la mano por debajo del mosquetero. Hacíamos sobres con papel de cigarro para conservar el santísimo Sacramento. Llevaba siempre a Cristo Eucaristía en el bolso de la camisa.

»Dado que todas las semanas tenía lugar una sesión de adoctrinamiento en la que participaban todos los grupos de cincuenta personas que componíamos el campo de reeducación, aprovechaba los momentos de pausa para pasar con la ayuda de los compañeros católicos la Eucaristía a los otros cuatro grupos de prisioneros. Todos sabían que Jesús estaba entre ellos, y Él cura todos los sufrimientos físicos y mentales. De noche, los prisioneros se turnaban en momentos de adoración; Jesús Eucaristía ayuda de manera inimaginable con su presencia silenciosa: muchos cristianos volvieron a creer con entusiasmo; su testimonio de servicio y de amor tuvo un impacto cada vez mayor en los demás prisioneros; incluso algunos budistas y no cristianos abrazaron la fe. La fuerza de Jesús es irresistible. La oscuridad de la cárcel se convirtió en luz pascual».

El amor a los enemigos

«Un distintivo particular del amor cristiano es el amor a los enemigos, con frecuencia incomprensible para quien no cree. Un día, uno de los guardias de la cárcel me preguntó: “Usted, ¿nos ama?”. Le respondí: “Sí, os amo”. “¿Nosotros le hemos tenido encerrado tantos años y usted nos ama? No me lo creo...”. Entonces le recordé: “Llevo muchos años con usted. Usted lo ha visto y sabe que es verdad”. El guardia me preguntó: “Cuándo quede en libertad, ¿enviará a sus fieles a quemar nuestras casas o a asesinar a nuestros familiares?”. “No –le respondí– aunque queráis matarme, yo os amo”. “¿Por qué?”, insistió. “Porque Jesús me ha enseñado a amar a todos, también a los enemigos. Si no lo hago, no soy digno de llevar el nombre de cristiano. Jesús dijo: amad a vuestros enemigos y rezad por quienes os persiguen”. “Es muy bello, pero difícil de entender”, comentó al final el guardia».

Evangelizando a los carceleros

«En la cárcel siempre había dos policías conmigo, pero no me hablaban. Tenían la orden de no hacerlo porque les habían dicho que yo era muy peligroso. Yo pensé que también a ellos les debía amar y que debía hacer».

lo como Jesús me había amado a mí. Así que empecé a contar en voz alta historias de mi vida, de mis viajes. Así atraje su curiosidad. Poco a poco se convirtieron en mis alumnos y yo les enseñé francés e inglés. Eso tuvo sus ventajas.

»Un día yo tenía que trabajar cortando la madera para la prisión. Entonces le pedí al carcelero que me dejara cortar un pedazo en forma de cruz y él me dijo que estaba prohibido. Yo le dije que no me lo podía negar, que éramos amigos, que era mi alumno. Entonces él miró hacia otro lado mientras yo hacía una cruz de madera. Para esconderla la llevaba siempre en la pastilla de jabón. Con ella hice la cruz pectoral cuando fui liberado.

»En otra ocasión, le pedí al carcelero que me dejara cortar un alambre para hacerme una cadena. Me dijo que de ninguna manera, pues era contra las normas de la cárcel. Yo le argumenté como al otro, pero no me hizo caso. Pasados unos días, me dijo que iba a ayudarme él mismo a cortar el alambre y a hacer la cadena. Estuvi-

mos cuatro horas haciéndola juntos. Hasta tal punto llegó mi relación con los carceleros que, al principio, los jefes comunistas habían decidido que debían ser cambiados cada dos semanas, para que yo no los contaminara. Luego decidieron dejar siempre a los mismos para que, según dijeron, no echara a perder a toda la policía. Es la fuerza del amor, una fuerza sin armas, pero irresistible».

«*Veni, Creator Spiritus*»

Un policía me pidió que le enseñara alguna canción en latín. Le canté varias, y escogió el *Veni, Creator Spiritus*. Se lo escribí, pensando que no lo aprendería. Imagínense mi sorpresa cuando al día siguiente, al despertarme, oigo al guardia que se duchaba en una habitación al lado de mi celda, cantar perfectamente el himno latino. Y pensé: cuando un arzobispo no tiene fuerzas para rezar, el Espíritu Santo manda a un policía comunista a cantarle su himno...».

«El Rosario es un camino de contemplación del rostro de Cristo realizado con los ojos de María»

Nos encontramos ya a las puertas del mes de octubre que, con la memoria litúrgica de la Bienaventurada Virgen del **Rosario**, nos estimula redescubrir esta oración tradicional, tan sencilla y al mismo tiempo tan profunda. El **Rosario** es un camino de contemplación del rostro de Cristo realizado –por así decir– con los ojos de María. Por tanto, es una oración que, si se arraiga en el corazón mismo del Evangelio, está en plena sintonía con la inspiración del Concilio Vaticano **II** y en perfecta línea con la indicación que he dado en la carta apostólica «Novo millennio ineunte»: es necesario que la Iglesia reme «mar adentro» en el nuevo milenio, recomenzando por la contemplación del rostro de Cristo.

Deseo, por tanto, sugerir el rezo del **Rosario** a cada una de las personas, a las familias, y a las comunidades cristianas. Para reforzar esta invitación, estoy preparando también un documento que ayude a redescubrir su belleza y profundidad.

Deseo encomendar a la oración del **Rosario** una vez más la gran causa de la paz. Estamos ante una situación internacional llena de tensiones, en ocasiones incandescentes. En algunos

puntos del mundo, en los que el enfrentamiento es más fuerte –pienso en particular en la martirizada tierra de Cristo– se puede constatar que de poco sirven los intentos de la política –siempre necesarios–, si los ánimos permanecen exacerbados y no son capaces de una nueva mirada de corazón para retomar con esperanza el diálogo.

Ahora bien, ¿quién puede infundir estos sentimientos? ¿No es acaso Dios? Es más necesario que nunca que se eleve a Él desde todo el mundo la invocación por la paz. Precisamente en esta perspectiva, el **Rosario** se revela una oración particularmente indicada. Construye la paz, pues al mismo tiempo que hace un llamamiento a la gracia de Dios, siembra también en quien lo reza esa semilla de bien, de la que se pueden esperar los frutos de justicia y de solidaridad en el vida personal y comunitaria.

Pienso en las naciones, pero también en las familias. ¡Cuánta paz se aseguraría en las relaciones familiares, si se retomara el rezo del Santo **Rosario** en familia!

JUAN PABLO II:

Ángelus del 29 de septiembre de 2002



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Canonización del beato Josemaría Escrivá de Balaguer

EL pasado 6 de octubre y ante más de 300.000 personas venidas de 84 países de todo el mundo, Juan Pablo II canonizó al fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá de Balaguer.

La homilía del Santo Padre comenzó evocando la segunda lectura de la misa, de la carta de san Pablo a los Romanos: «Los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios». Efectivamente, el mensaje primordial del nuevo santo consistió en un renovado reconocimiento de la filiación divina por todos los hombres, filiación que, como tal, debe llevar a una actitud interior y exterior de reconocimiento del Amor de Dios para cada uno de sus hijos. De esta manera, el mismo santo «se dejó dócilmente guiar por el Espíritu, convencido de que, sólo así, se puede cumplir plenamente la voluntad de Dios». Juan Pablo II recordó cómo el nuevo santo «no cesaba de invitar a sus hijos espirituales a invocar al Espíritu Santo, de tal modo que la vida interior, es decir, la vida de relación con Dios, y la vida familiar, profesional y social, hecha toda de pequeñas realidades terrenas, no estuviesen separadas, sino que constituyesen una sola existencia santa y llena de Dios», como la vida de un hijo es única para su padre, tanto si trabaja como si descansa, tanto si reza como si duerme y el hijo debe reconocimiento a su padre tanto pública como privadamente. «La vida habitual de un cristiano que tiene fe (...) es una vida en la que Dios siempre está presente». El Papa exhortó a todos a que, siguiendo las huellas del santo y mediante una vida sacramental y de oración intensa y constante como la propuesta por san Josemaría Escrivá, difundamos en la sociedad, «sin distinción de raza, clase, cultura o edad, la conciencia de que todos estamos llamados a la santidad», a ser y vivir como hijos de Dios, reasumiendo con gran vigor el mensaje de infancia espiritual y santificación de las cosas pequeñas propuesto por santa Teresita.

Décimo aniversario del Catecismo de la Iglesia católica

ESTE mes de octubre se ha conmemorado en el Vaticano el décimo aniversario de la publicación del Catecismo de la Iglesia católica (11 de octubre de 1992).

En la sesión inaugural del Congreso Catequístico Internacional organizado con ocasión de tal evento el cardenal Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y coordinador del equipo internacional que participó en la redacción del Catecismo, subrayó que «quien busca en el Catecismo un nuevo sistema teológico o nuevas hipótesis sorprendentes, quedará decepcionado. Este tipo de actualidad no es la preocupación del Catecismo. Éste ofrece, recurriendo a la Sagrada Escritura y a la riqueza global de la tradición en sus múltiples formas, e inspirándose en el concilio Vaticano II, una visión orgánica de la totalidad de la fe católica, que es bella precisamente en cuanto totalidad, una belleza en la que reluce el esplendor de la verdad. (...) La actualidad del Catecismo es la actualidad de la verdad nuevamente expresada y pensada.»

En la jornada conclusiva el Santo Padre remarcó que, «en cuanto exposición completa e íntegra de la verdad católica, de la doctrina tanto de fe como de costumbres, válida siempre y para todos, con sus contenidos esenciales y fundamentales, [el Catecismo] permite conocer y profundizar de manera positiva y serena en lo que la Iglesia cree, celebra, vive y reza».

El Catecismo de la Iglesia, quizás el documento más importante de este pontificado, puede ser considerado como uno de los frutos más importantes del concilio Vaticano II y un «don privilegiado», puesto a disposición de toda la Iglesia católica, ofrecido a cada hombre que se pregunta razones por la esperanza que habita en nosotros y que quiera conocer lo que cree la Iglesia católica. «Al presentar la doctrina católica de manera genuina y sistemática, si bien de manera sintética («non omnia sed totum»), el Catecismo refiere todo contenido de la catequesis a su centro vital, la persona de Cristo Señor», afirmó el Papa, y por ello, se debe «intensificar nuestro compromiso renovado por su mayor difusión, por una acogida más gozosa y por una mejor utilización en la Iglesia y en el mundo».

Reconocido un milagro de la Madre Teresa de Calcuta

SEGÚN anunciaba la agencia de noticias Zenit, los cardenales y obispos de la Congregación para las Causas de los Santos han reconocido como auténtico un milagro atribuido a la Madre Teresa de Calcuta por el que una joven mujer india fue curada, de manera

científicamente inexplicable, de un tumor en el abdomen.

El decreto oficial de aprobación será firmado por Juan Pablo II en los próximos meses y abrirá el camino a la beatificación de la fundadora de las Misioneras de la Caridad, que podría tener lugar en primavera del año 2003 al haber dispensado el Papa de manera totalmente extraordinaria del período canónico de cinco años exigido para comenzar una causa a la muerte de una persona.

Los santos ángeles custodios

JUAN Pablo II, durante su habitual audiencia general de los miércoles, hizo un llamamiento a los creyentes a redescubrir en la propia vida la ayuda de los ángeles de la guarda.

Los ángeles custodios son los «protectores celestiales que la providente atención de Dios ha puesto junto a cada persona» y velan por cada persona según sus necesidades. Así, a los jóvenes les animó a dejarse guiar por los ángeles para que su vida sea una vivencia fiel de los mandamientos divinos; a los discapacitados, a unirse con sus sufrimientos, ayudados por los ángeles custodios, a los de Cristo para la renovación espiritual de toda la sociedad; a los recién casados, a recurrir con frecuencia a ellos para hacer que su familia sea un lugar de recíproca comprensión y de creciente unidad en Cristo.

La fiesta de los Ángeles Custodios (2 de octubre), de quienes hablan numerosos pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, se celebraba ya en el año 800 en Inglaterra aunque no fue hasta el año 1608 que pasó a ser fiesta para toda la Iglesia universal.

Un museo en recuerdo de las almas del purgatorio

LA iglesia del Sagrado Corazón del Sufragio en Roma acoge desde hace un siglo una exposición de objetos relacionados con las almas del purgatorio, iniciativa tomada por la Archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús, dedicada a rezar para el sufragio de las almas santas.

Las reliquias consisten básicamente en documentos y fotografías. Entre ellas encontramos la fotografía de una impronta de la difunta Leleux en la camisa de su hijo Joseph, la noche del 21 de junio del 1789 en Wodecq (Bélgica). La madre le recordó a su hijo que rezara y cambiara de vida. También se expone el caso de un difunto que pide oraciones para reparar su poca piedad en

vida, Joseph Schitz, que tocó con los cinco dedos un libro de oraciones en alemán de su hermano Georges en Sarralbe (Lorena), el 21 de diciembre de 1838.

La autenticidad de las diez reliquias que recoge la exposición está garantizada en la documentación publicada en «El purgatorio visitado por la caridad de los fieles», boletín de la Archicofradía que viene editándose sin interrupción desde el 1894. Los orígenes de la recopilación se remontan al 1897, año del fuego que quemó la capilla en los terrenos de la actual iglesia. Entre las llamas, apareció la imagen de una persona sufriendo grabada en la pared. La creencia general fue que era una aparición de un alma del purgatorio. La imagen —perfectamente visible— es la primera de las reliquias que se pueden contemplar.

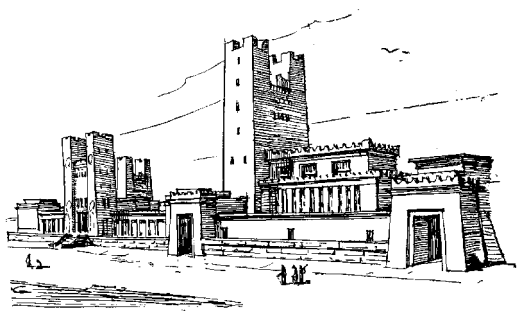
El santo papa Pío X quiso que se custodiaran para su estudio y como testimonio para la posteridad.

El Papa alienta la Adoración Nocturna

EL pasado 28 de septiembre y con motivo de la celebración de los 125 años de la creación de la Adoración Nocturna Española se celebró en la Almudena de Madrid una vigilia extraordinaria de la Adoración Nocturna, presidida por el cardenal Antonio María Rouco y a la que asistieron unos 3.000 adoradores llegados de toda España, además de representaciones de Hispanoamérica, Estados Unidos y Guinea Ecuatorial.

En ella se leyó el mensaje enviado por el Papa con motivo de este aniversario:

«Su Santidad Juan Pablo II saluda con afecto a los miembros de la ANE, con motivo del 125º aniversario de su fundación, y se une espiritualmente a ellos en su acción de gracias a Dios por las copiosas gracias recibidas durante estos años de existencia en las comunidades españolas, dando culto al Santísimo Sacramento. Invita a todos a un decidido empeño por dar nueva vitalidad a la devoción eucarística, que vaya acompañada de una creciente formación cristiana, sólidamente fundada en la Sagrada Escritura y una más activa participación en la vida litúrgica y caritativa de la Iglesia, que dé lugar también a un ilusionado dinamismo apostólico, como testimonio de amor a Jesús Sacramentado. Con estos deseos y bajo la mirada misericordiosa de la Santísima Virgen, el sumo Pontífice se complace en impartir a los miembros de la ANE, a sus familiares y a todos los participantes en la celebración en la catedral de la Almudena de Madrid, la implorada bendición apostólica».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

La vuelta del crucifijo en Italia

LA noticia ha causado estupor en nuestra secularizada Europa: en Italia el crucifijo volverá a estar presente en todas las aulas. El anuncio de dicha medida ha sido realizado tres días después de que el Papa afirmase que «La Cruz indica la presencia de los cristianos en las iglesias, en las casas, en los hospitales, en las escuelas». Para la ministra Moratti, la medida está fundada en que «el crucifijo representa un símbolo de la civilización cristiana, de sus raíces históricas y de su valor universal, que son elementos esenciales del patrimonio histórico y cultural de nuestro país». La Liga Norte ha apoyado rápidamente la medida, pidiendo que se haga extensiva a todos los lugares públicos a través de una propuesta de ley suscrita por 90 diputados del centroderechista Polo de la Libertad y de cuatro del centroizquierda.

De hecho, el Consejo de Estado, con una sentencia de 1988, había sancionado ya la normativa sobre la exposición del crucifijo que se remonta a los años 20, en concreto a dos reales decretos de 1924 y 1928 que no han sido modificados ni por el Pacto de Letrán, ni por el nuevo Concordato entre la República italiana y la Santa Sede. La norma, sin embargo, aunque vigente, no se estaba aplicando. La realidad es que por motivos diversos y con todo tipo de excusas, los crucifijos en Italia han sido retirados en su mayor parte.

Como era de esperar, la iniciativa ha provocado una intensa polémica, con tomas de posición contrarias. Entre los defensores de la medida se destaca a menudo que el crucifijo no es sólo el símbolo de una religión sino de la civilización occidental. Y es aquí donde radica precisamente el peligro que entraña una medida que podemos calificar de valiente y necesaria: si el crucifijo es sólo un elemento cultural identitario (como puede ser la Biblia para los sionistas ateos), la iniciativa puede tomar un carácter sacrilego. No se entendería que un país asumiera la cruz como signo de identidad y, al mismo tiempo, mantuviera toda la legislación anticristiana. El retorno de la cruz a los lugares públicos debe ir acompañado de un cambio radical en las leyes que nos gobiernan.

Elecciones alemanas, una fractura muy significativa

El candidato democristiano a la cancillería alemana, Edmund Stoiber, se las prometía muy felices a princi-

pios de septiembre: las encuestas le otorgaban un 40% en intención de voto, una ventaja cómoda sobre el 36% de su rival Schroeder. Un mes más tarde los resultados definitivos mostrarían un empate entre ambos, con el 38,5% de los votos, lo que unido al avance de los *verdes* hacía posible que Schroeder se mantuviese en el poder. ¿Dónde están las claves de este vuelco electoral?

En primer lugar, los elementos estuvieron de parte del socialdemócrata: la reacción, en primera fila, ante las inundaciones que asolaron el país y la negativa a apoyar cualquier guerra en Irak fueron aprovechadas por el oportunista y hábil Schroeder para recuperar la estima de muchos alemanes. De hecho, el balance que presentaba era más bien pobre, con numerosas promesas incumplidas y un país en crisis, lastrado por el coste financiero de la reunificación y el acentuado envejecimiento demográfico. El gran objetivo de reducir el paro no ha avanzado ni un ápice durante la última legislatura, mostrándose el gobierno incapaz de reducir la cifra de 4 millones de parados.

Sus aliados, los *verdes*, liderados por Joschka Fischer, tampoco se presentaban a las elecciones con los deberes hechos: el ministro verde Jurgen Trittin ha fracasado en su objetivo de hacer abandonar la energía nuclear a su país, mientras que el propio Fischer ha hecho gala de un pacifismo muy *sui generis*, apoyando la intervención en las guerras de Kosovo y Afganistán. En este contexto, la habilidad desesperada del tándem Schroeder-Fischer a la hora de prometer la no intervención alemana en una hipotética guerra contra Irak puede sonar a electoralista, pero lo cierto es que ha conectado con una población envejecida que busca ante todo comodidad y seguridad.

Stoiber, por su parte, provenía de Baviera, donde ha desarrollado una especie de «haiderismo presentable». Siempre ha abogado por condicionar, por ejemplo, la entrada de la República Checa en la Unión Europea a la abolición del decreto Benes de 1946, que constituyó la base jurídica para la expulsión de los alemanes de la región de los Sudetes. Sin embargo Stoiber planteó su campaña con grandes dosis de autocensura para no aparecer como demasiado derechista: entre otras actitudes renunció a plantear el tema de la inmigración, ganándose el aprecio de los medios de comunicación que loaron su decisión. Ganó en «presentabilidad», perdió en apoyo popular. Otro ejemplo de su confuso discurso es el referente al papel del Estado en la economía: mientras en Baviera ha defendido siempre la intervención estatal para proteger los intereses de sus electores, en esta campaña

abogó por la desregulación y las privatizaciones. Y eso, en un país que busca seguridad a toda costa y en todos los ámbitos, no es ningún gancho electoral.

Pero por encima de análisis coyunturales lo que han dejado patente las elecciones es la división de Alemania en dos siguiendo la fractura confesional católicos-protestantes que se remonta al siglo XVI y que se mantiene plenamente vigente. El mapa electoral reproduce esa fractura, en la que el Sur y el valle de Rin, católicos, votan democristiano (60% de los votos en Baviera), mientras que la Alemania protestante, al norte y al este, apoya a socialdemócratas y *verdes*. Los alemanes del este, «reunificados» por el democristiano Kohl, han salvado al socialdemócrata Schroeder (los excomunistas, que contaban con un importante apoyo en la antigua RDA han sufrido un severo descenso debido al efecto «voto útil» hacia socialdemócratas y *verdes*). La Alemania reunificada vuelve a ser de mayoría protestante, y consecuentemente ha cerrado las puertas a un candidato bávaro y católico.

Profundidad del mal en el País Vasco

No pretendemos repetir en estas páginas los recurrentes y, demasiado a menudo, desenfocados análisis sobre la situación trágica que se vive en el País Vasco. Tan sólo queremos resaltar unos datos que han pasado completamente desapercibidos pero que se nos antojan claves para comprender hasta donde ha llegado el daño provocado por el nacionalismo abertzale en una sociedad que destacaba por su profunda fe cristiana.

A la hora de buscar explicaciones a lo que ocurre, hay que considerar que uno de los índices más significativos con que medir la religiosidad de una sociedad es el de la forma de celebración de los matrimonios, y éste revela la tremenda erosión de la fe y el avance del secularismo que padece el País Vasco. Los datos son demoledores: en el primer trimestre de 2002, se celebraron en la región 968 bodas, un 11,4% menos que en el mismo trimestre de 2001. Las ceremonias efectuadas en la Iglesia fueron 404, mientras que las exclusivamente civiles llegaron a 564. Es decir, que las bodas civiles suponen aproximadamente un 60% de todas las bodas realizadas: los vascos se casan más por lo civil que por la Iglesia. La provincia con mayor predominio de bodas civiles es Álava con un 64%; en Vizcaya y Guipúzcoa, el índice se sitúa rozando el 60%. Es triste constatar cómo cada vez son más los que en esa querida tierra dan la espalda a Dios, especialmente sabiendo como sabemos con certeza absoluta que desde el rechazo de Cristo no es posible alcanzar la paz tan anhelada.

¿Por qué Irak?

Los planes para atacar a Irak por parte de Estados Unidos avanzan no sin dificultad y a día de hoy no sabemos cual será su desenlace. Sí podemos en cambio intentar comprender algunos de los motivos que están em-

pujando a Norteamérica en esta dirección. El argumento oficial es claro: Irak posee ya o está a punto de poseer armas de destrucción masiva. Como afirmaba un general retirado norteamericano, las tuvo: Estados Unidos se las suministró cuando Saddam Hussein era su aliado en la zona contra el Irán de Jomeini. Otros países las tienen (el último, Corea del Norte, «paraíso» comunista que combina la hambruna con la bomba atómica), y el 10 de septiembre del año pasado Irak ya las tenía, si bien nadie se planteaba atacarle. Por otro lado la conexión con Bin Laden no ha sido demostrada y continúa apareciendo como altamente improbable. Así pues, hay que buscar otros motivos más consistentes.

El petróleo en la zona se ha esgrimido como el botín que persigue Bush. Estados Unidos es el tercer productor mundial de petróleo, pero con un coste muy elevado de producción (en Texas por la profundidad a la que hay que extraer tras un siglo de explotación, en Alaska por las duras condiciones climáticas y la distancia). La economía norteamericana precisa que el precio no baje por debajo de los 16 dólares/barril, pero también huye de precios altos que tendrían efectos devastadores como sucedió durante la crisis de los años setenta: el precio del barril debe oscilar entre 20 y 30 dólares para satisfacer los intereses estadounidenses. En un mercado con demanda rígida, para controlar el precio es necesario un país con grandes excedentes. Hasta ahora este país ha sido Arabia Saudí: es el primer productor mundial y sólo consume el 5% de su producción, lo que le permite actuar de regulador del mercado. Pero Irak es el país con más reservas del mundo después de la propia Arabia Saudí, ha regenerado su capacidad extractora y se manifiesta decidido a intervenir en el mercado en contra de los intereses norteamericanos. Un Irak sin Saddam Hussein podría pasar de ser un enemigo a ser una alternativa a Arabia Saudí en el papel de principal aliado en la región.

Precisamente es este país el origen de gran parte de los terroristas que llevaron a cabo los atentados del 11-S. Parece probada la implicación de parte de la élite saudí en la financiación de Al Qaeda y de otras organizaciones islamistas. La diferencia ideológica entre Estados Unidos y Arabia Saudí deteriora cada vez más las relaciones de estos dos aliados. Desde esta perspectiva, una vez más, un Irak laico sin Saddam podría ser un buen recambio a un aliado cada vez más distanciado.

Los más prudentes, no obstante, alertan ante el riesgo de desestabilización que podría provocar la explosión de Irak, un país con población kurda en el norte y mayoría chiita, con lo que su futuro afectaría directamente a Turquía e Irán. Por su parte, Israel vería con buenos ojos la eliminación de uno de sus más serios enemigos, aquel que hizo que la población israelita agotara las máscaras de gas y hubiera de utilizar los refugios durante la pasada guerra del Golfo. La caída de Saddam Hussein sería un paso importante en el objetivo de Sharon de conseguir una solución militar al problema palestino. Lo que está en juego en esta continuación de la «madre de todas las batallas» es de gran importancia para perfilar el mundo de los próximos años.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

El lugar de los católicos en la sociedad secularizada

Ha sido el filósofo italiano Vittorio Possenti, desde las páginas de Avvenire, quien ha puesto el dedo en la llaga: los católicos defendemos a ultranza un «diálogo» que da frutos muy discutibles y buscamos sin cesar justificaciones en filosofías e ideologías no cristianas. De este modo, nuestra voz es cada vez más inaudible. Es lo que Possenti llama nuestra posición subalterna, siempre a remolque, siempre acomplejada, en el siguiente texto:

¿Son los católicos culturalmente subalternos? Una respuesta afirmativa está justificada: estamos ante una consecuencia de la bisecular época de la secularización, aún no concluida, en la que los creyentes han extraído a menudo sus criterios de culturas ajenas, en general agnósticas cuando no abiertamente ateas. De esta manera los católicos estábamos en el área de lo culturalmente correcto; paciencia si después ésta iba dando bandazos de un lado a otro. ¿Acaso no hemos visto en pocos años al péndulo pasar de los «cristianos por el socialismo» a los «cristianos por el liberalismo»? Parece que los creyentes se encuentran legitimados sólo si se presentan defendiendo perspectivas ajenas. Que el católico debe ser culturalmente original y no mendigar criterios ajenos es una invitación del Papa desde hace tiempo. La contestación eclesial ha interrumpido el proceso de búsqueda de la propia identidad, que sólo desde hace poco se ha reanudado. Este planteamiento ha acabado por marginar sucesos centrales de la historia cristiana del siglo

xx, como el martirio. La *World Christian Encyclopedia* calcula que 45 millones de cristianos fueron asesinados a lo largo del siglo xx por hostilidad hacia su fe. Pero en este mismo siglo –indiscutiblemente el que mayor número de mártires ha tenido– se ha intentado olvidar y ocultar este hecho. Incluso los creyentes se han mostrado poco atentos: recordamos los testimonios de los albores del cristianismo y no advertimos que las recientes persecuciones han sido enormemente más feroces y generales. Juan Pablo II ha pedido reiteradamente que en la Iglesia no se pierda su testimonio...

... Hay algo que llama la atención: los católicos dialogan extensamente con los no creyentes, mientras que es raro el caso contrario. Existe una pesada beatería laica, consistente en hablar sólo de sí mismo o en conocer solamente el propio huerto. Es muy pequeño el interés por conocer el universo del creyente. Esto conlleva la fastidiosa impresión de que el no creyente, antes que un verdadero diálogo, busca una buena imagen, una absolución general a los ojos del público católico.

El verdadero norte es cristiano

Joseph Pearce no es ningún desconocido para el lector católico. De su extensa obra literaria, en la que destacan sus libros dedicados a algunos de los más destacados escritores del ámbito anglosajón, han llegado a nuestro país sus espléndidas biografías de Chesterton y Tolkien. Fue precisamente Chesterton quien acercó a Pearce a la Iglesia católica. En aquel entonces Pearce estaba cumpliendo condena por delitos de

índole racial: era un joven inglés racista y neopagano, militante del submundo neonazi. La lectura de Chesterton le sacudió con fuerza y fue el primer paso de un camino que le llevaría a ser admitido en la Iglesia católica, paso que más tarde dieron también sus padres. En la actualidad, felizmente casado, dedica parte de su tiempo a dirigir la excelente revista angloestadounidense Star. La editorial de su último número está dedicada a ese falso «mito nórdico» que tan bien conoce y que han alimentado tanto los protestantes como los neopaganos. Pearce desmonta este mito y nos presenta el verdadero Norte, profundamente cristiano:

La asunción implícita de que el catolicismo es algo esencialmente «del Sur» o mediterráneo es un producto de la desdeñosa pretensión de superioridad moral de la Reforma protestante. Al haber tenido los pueblos del sur de Europa la audacia de permanecer fieles a la Iglesia durante los trastornos que supuso la Reforma, se asumió que ese fracaso a la hora de convertirse en «buenos protestantes» era el resultado de la ignorancia o la superstición. Al contrario de los «iluminados» pueblos del Norte, los «campesinos» del Sur fueron percibidos como obstinadamente «retrasados» en materia de fe y cultura. De esta manera la herencia de Atenas y Roma, de Florencia y Venecia, era rechazada frívolamente por los hasta hacía poco bárbaros del Norte.

Puesto que geográficamente hablando es difícil hacer encajar el catolicismo de Irlanda, Francia o Polonia, o la ortodoxia de Rusia, en la clara división de Europa entre un

Norte protestante y un Sur católico, uno está obligado a cuestionarse los criterios por los que los abogados de esta dialéctica Norte-Sur definen lo que ellos llaman el «Norte». A partir de aquí veremos que su visión es la de un «falso Norte», bastante diferente del «verdadero Norte» que acogemos en estas páginas. Su «Norte» se deriva de una idolatrización de la mítica Escandinavia, vista a través del prisma pseudo-pagano de la moderna filosofía materialista. Esta ideología es, pues, la idolatrización e idealización de la unión cultural de todo lo que es percibido como germánico y escandinavo. En este *Weltanschauung* cultural los católicos de Baviera y Austria constituyen una incómoda anomalía y o bien son excluidos de la élite pangermánica debido a su religión, o bien son admitidos como «alemanes honorarios» a pesar de ella.

Pero, ¿en qué consiste el verdadero Norte? ¿cuál es su relación con el verdadero Sur? Pierce nos da la clave:

Tolkien sabía algo que George Borrow nunca fue capaz de entender y que ni siquiera C. S. Lewis comprendió plenamente. Sabía que, en lo más profundo, no hay división entre Norte y Sur. El verdadero Norte y el verdadero Sur están en comunión. Están en comunión entre sí y con Roma. De hecho, están en comunión entre sí porque están en comunión con Roma.

Esclavismo: distorsión y publicidad políticamente correcta

De nuevo en las páginas del diario de la Conferencia Episcopal Italiana, Avvenire, encontramos una noticia que muchos quizás no se hubieran atrevido a publicar. Y es que desde el rechazo más absoluto a toda forma de esclavismo (un fenómeno que, como ya señaló Balmes en su tiempo, ha casi desaparecido gracias a la benéfica acción de la fe cristiana en las sociedades), los católicos no podemos negociar cuando es la verdad histórica la que está en juego. Avvenire nos da ejemplo al publicar el siguiente comentario firmado por Giuseppe Caffuli:

Fueron en peregrinación François Mitterrand, Bill Clinton, Nelson Mandela e incluso Juan Pablo II. Y una famosa foto que retrata al pontífice en la «Casa de los esclavos», pensativo y con la mirada dirigida hacia el océano, dio la vuelta al mundo, despertando a la opinión pública (quizás más que mil campañas) al horror por aquel comercio de hombres que durante más de un siglo manchó la conciencia de Occidente. Precisamente de Goré, la «Puerta sin retorno», habrían partido millones de esclavos hacia América, apretados como sardinas en las bodegas de los buques negreros. Santuario de la memoria (Goré fue declarado en 1978 por la Unesco patrimonio mundial de

la humanidad), la pequeña isla senegalesa es cada año la meta de miles de visitantes de todo el mundo.

Sin embargo, si damos crédito a los estudios más recientes, Goré sería un caso mediático, una hábil operación de marketing, y no el símbolo real de la trata de esclavos. Entendámonos: habrían partido algunos esclavos de la isla, pero nunca una cifra tan enorme como los 15 millones presentados por cierta vulgata. En nombre del rigor los historiadores señalan que los principales focos de esclavismo estaban en Benín, Costa de Marfil, Ghana y Angola. El mismo Abdoulaye Camara, senegalés, director del Museo histórico de Goré, afirma: «La Casa de los esclavos fue construida en 1786 por una familia mestiza cuando la trata como fenómeno histórico estaba ya llegando a su fin. Numerosos documentos confirman la tesis según la cual sólo unos pocos centenares de esclavos fueron efectivamente vendidos y comprados en Goré».

Pero entonces, ¿cómo nació el mito de Goré? A principios de los años 70 un ciudadano senegalés, Joseph Ndiaye, enamorado de aquel lugar, reunió fondos para restaurar el conjunto de la Isla de los esclavos. Ndiaye resultó decisivo para convencer a la Unesco e incluir Goré en el elenco del patrimonio mundial. Después el turismo de masas y los visitantes de excepción hicieron el resto. En definitiva, una victoria de la publicidad. Y una derrota de la verdad histórica.



CRISTIANDAD

hace
cincuenta añosJ. M^a P. S.*En el cincuentenario de mosén Jacinto Verdaguer*

Reproducimos en este número lo que hace cincuenta años (num. doble, 1-15 de septiembre de 1952) publicó esta revista a propósito del –entonces– cincuentenario de la muerte de mosén Cinto Verdaguer. En la editorial, que firma con sus iniciales, Tomás Lamarca explica la razón de haber escogido este poema –que nos sirven también a nosotros para justificar hoy su elección, a los cien años de la muerte de Verdaguer– diciendo: «Ha parecido a CRISTIANDAD verdaderamente a propósito el comentario de dicho poema «Canigó», por cuanto en él se refiere el definitivo triunfo de la fe cristiana en esta porción nortoriental de España, sobre los últimos restos de paganismo, que el poeta personifica en míticos personajes refugiados en los últimos parajes pirenaicos y que cual sombra se desvanecen bajo el resplandor de la Cruz que empuñan los monjes, al tiempo que la morisma es derrotada por la espada de los cruzados cristianos. En el día de hoy, cuando nue-

vos y nebulosos paganismos vuelven a acechar por muchas partes a la humanidad, es propio volver la mirada a aquella epopeya, al propio tiempo que se coloca la esperanza en la Cruz plantada sobre el Corazón de Cristo y se escuchan las llamadas que Éste nos dirige a través de los Sumos Pontífices, cuyo eco humilde aspira a ser CRISTIANDAD».

Las plumas que se hicieron cargo del tema fueron respectivamente en el orden de aparición de los artículos, José M^a Font Rius, Manuel de Montoliu y Luis Creus Vidal. Trataron respectivamente el aspecto histórico, literario y geográfico del poema. Siéndonos imposible publicarlos en su integridad nos ha parecido necesario «mutilarlos» de alguna manera. Al hacerlo no hacemos justicia a la calidad extraordinaria de los mismos, pero ofrecemos al lector de ahora una muestra del estilo que tenía esta revista hace cincuenta años. Pretendemos que saboree un poco aquella inspiración y aquel trabajo.

LOS HOMBRES Y LA ÉPOCA DEL POEMA «CANIGÓ»

J.M. FONT RIUS

FUNDAMENTALMENTE, el poema verdagueriano es obra legendaria, como lo fue también el otro gran poema, *La Atlántida*. El propio autor lo manifiesta a través del título completo del poema *Canigó*: «*Llegenda pirinaica del temps de la Reconquesta*.» Pero notemos que en estos propios términos se revelan a su vez las características o matices de tal leyenda. Por un lado *pirinaica*, es decir, centrada en un espacio geográfico determinado: el Pirineo central catalán; por otro, *del temps de la Reconquesta*, esto es, insertada en un punto concreto del devenir histórico: la reconquista cristiana de las tierras dominadas por el invasor musulmán. Dentro de esta época, el desarrollo del poema se centra más todavía en el breve intervalo de unos años, aunque con una cierta proyección hacia adelante y hacia atrás.

Para la incorporación de este elemento histórico y legendario a su obra poética, Verdaguer acudió, sin duda, a las antiguas crónicas catalanas, tan pródigas en la

admisión de relatos legendarios, pero también, y principalmente, a las tradiciones vivas en el país, que él recorrió y llegó a conocer tan profundamente. Algunas monografías locales, de iglesias y monasterios de la comarca, fueron, al parecer –por lo que se desprende de sus citas–, las obras de erudición que tuvo a la vista. El resto se lo brindó su poderosa imaginación y su alto genio poético. Pero es gloria suya, como señalaba el crítico aludido, haber poseído el arte de enlazar la poesía de las viejas crónicas y de las leyendas históricas con la poesía anónima de su pueblo.

La época en que simula acontecer el drama canigonense es una época de gran significación en la historia medieval catalana, y especialmente en la de los condados pirenaicos de Cerdaña y Besalú, escenario de su acción. El siglo XI se abrió para este país, como para todo el Occidente europeo en general, con perspectivas de auge y engrandecimiento en la vida social y moral de

los pueblos. Superada la anarquía y el desorden de los últimos siglos anteriores al milenio, la cristalización del sistema feudal —obra de este tiempo— ofrecía a la sociedad una nueva estructura de vida y organización con caracteres de estabilidad y permanencia. En el orden económico, el progreso acarreado por la apertura del camino de Oriente, merced a las Cruzadas, había de dejarse sentir en el desarrollo de las actividades de los habitantes de ciudades y villas. En el orden religioso y moral florecen y se desarrollan iglesias y monasterios, muchos de ellos sobre los cimientos de sus predecesores, insuficientes de proporciones para las gentes que los llenan; se establece la *paz* y *tregua*, como protección a las personas débiles y a los lugares sagrados; se van reformando las costumbres y la disciplina clerical; se organiza la Iglesia con independencia cada vez mayor del poder secular...

Las tierras catalanas sentían también este impulso hacia una vida ascendente. Justamente por entonces los antiguos condados de esta parte del Pirineo —la Marca Hispánica— dependientes de los reyes francos, habían roto, de hecho, los vínculos que les unían a aquellos soberanos y actuaban por su propia cuenta. Cada condado, delineado más o menos sobre una comarca de antigua tradición y personalidad, venía a ser un naciente y germinal Estado, cuya principal preocupación era el aseguramiento de su existencia, guerreando frente al enemigo y manteniendo la justicia entre sus propios súbditos. Así, Cerdaña y Besalú constituían dos condados, separados e independientes en el momento objeto de nuestra consideración y que sólo siglo y medio más tarde se unirían de nuevo, incrustados ya al condado de Barcelona, bajo la corona de Alfonso II el Casto, el primer monarca catalanoaragonés.

Dos personajes interesantes regían a la sazón estos condados, ambos figuras de relieve en el poema de Verdguer. Bernardo, apellidado *Tallaferro*, era conde de Besalú, su hermano Guifré lo era de Cerdaña. Ambos habían poseído conjuntamente los dominios heredados de su padre, Oliva *Cabreta*, hasta su partición. También otro hermano, Oliva, había participado en esta corregencia, hasta que decidió ingresar como oscuro monje, en el cenobio de Ripoll, para alcanzar luego las altas dignidades de abad y obispo, y sobre todo la aureola de una vida esclarecida en el ejercicio de las más nobles virtudes. Oliva aparece en *Canigó* como abad de Ripoll y de Cuixá. Otros hermanos todavía se hicieron célebres en los anales de la época —la época del abad Oliva por antonomasia—, como Berenguer, obispo de Ema; la abadesa Ingilberga, cuyo recuerdo se vincula a la ruidosa cuestión del monasterio de San Juan (de las Abadesas), y otra hermana, Edeleis; todos éstos sin papel alguno en nuestro poema. Familia ilustre, procedente del tronco de Guifré el Velloso, y por tanto estrechamente emparentada con la que regía el condado de Barcelona.

Bernardo Tallaferro, el mayor de los hermanos, murió joven aún, en 1020, ahogado con su caballo al cruzar el Ródano, cuando se dirigía a Provenza para desposar a su hijo Guillermo con una noble provenzal, y fue enterrado en Ripoll, donde puede verse aún su tumba en el interior de la iglesia. Era de genio bravío, y en el *Canigó* aparece como un esforzado caballero que lucha valientemente con el tropel de moros desembarcados en el Rosellón, y consigue librarse del cautiverio en sus naves, para luchar de nuevo, exclamando en ocasión de ser herido:

«*De nafres com aquesta, pastor, m'en ric:
dinou mon cos ne duia i ara en duc vint.*»

Figura totalmente legendaria, o mejor, creada por el poeta, es la de Gentil, hijo de Bernardo Tallaferro, y personaje central del poema. Doncel apuesto y animoso, es armado caballero para combatir con los moros; pero su *encantamiento* por la *goja* Flordeneu, reina de aquellos parajes, le lleva a desertar de su puesto y le acarrea su muerte a manos de Guifré.

Guifré de Cerdaña vivió largos años. Casado con Guisla —la condesa que aparece en el poema—, enviudó de ella en 1018, uniéndose en nuevo matrimonio con Isabel, pocos años después. En 1035 se retira al monasterio de Canigó, que él había fundado en 1009 (según el poema, como penitencia impuesta a sí mismo por el asesinato de su sobrino), muriendo allí en 1050. Hasta fines del siglo XVIII se conservaba su sepultura (según el poema, cavada por él mismo en la roca), que por entonces fue trasladada al vecino pueblo de Castell. En el poema se presenta a estos condes residiendo en el palacio de Cornellá, pero la sede de los condes de Cerdaña estaba en Ix, desde donde Alfonso II la trasladaría a Puigcerdá. Sin embargo, cabe la posibilidad de que en el «pago» de Conflent tuviesen asimismo alguna morada, aunque Arriá y Cornellá (que aparecen en el poema como castillo y palacio respectivamente), no tengan en la topografía conocida de la época más significación que el de meras villas o lugares.

Los dos condes, de Cerdaña y Besalú, aparecen en *Canigó* guerreando contra el musulmán invasor. Era ésta, como apuntamos, la principal preocupación de aquellos tiempos, la que da el tono de la época y de todas sus instituciones. Mossèn Jacinto Verdguer inventa el desembarco de los moros por el Rosellón y su combate con las huestes de ambos condes, para hacer la epopeya vivamente pirenaica. Afortunadamente para esta comarca, por entonces, la frontera musulmana quedaba ya muy alejada del Pirineo, y se extendía por la línea de Vendrell-Igualada-Calaf y Pons, sobre el Segre, donde estuvo por mucho tiempo estabilizada. Sin embargo, era preciso estar en guardia constantemente. Pocas décadas antes (985), la gran expedición de Almanzor había asolado el condado de Barcelona destruyendo la capital y su comarca. El descalabro fue gravísimo y el país tardó años

en rehacerse del mismo. En el poema de Verdaguer se alude a una participación de Gentil en esta lucha contra Almanzor. No hay noticia de que los condes pirenaicos actuaran en la misma, pues no llegó la invasión hasta sus dominios; pero pasaron un período de indudable inquietud y preocupación constante ante las amenazas de la misma. Otro momento crítico para el país catalán lo representó la nueva ofensiva de los cordobeses al mando de Ab-del-melik, hijo y sucesor de Almanzor, que en 1003 asoló las comarcas centrales de Cataluña (Panadés, Bages y Bajo Urgel). En la batalla de Albesa, junto al Segre, halló muerte Berenguer, obispo de Elna, el menor de los hermanos de la familia condal cerdaño-bisuldunense.

Poca cosa sabemos de los aspectos de política interior, de organización y administración de los dominios condales. En realidad escapaban todavía a la acción de los nacientes Estados. Tal vez, en este sentido, la labor de educación de las gentes tenga que relacionarse con la eclosión y desarrollo de los monasterios benedictinos, numerosos en aquellos valles pirenaicos. *Los monasterios tienen en la vida alto-medieval de los pueblos cristianos una profunda significación e importancia. A su naturaleza esencial de remansos de espiritualidad y hogares religiosos unieron la función de focos de cultura, centros de colonización agraria y órganos colaboradores en la obra de gobierno de soberanos y señores.* Estos los erigían, los dotaban, enviaban a ellos sus hijos y familiares, y a los mismos se retiraban con frecuencia en sus últimos días, hallando allí sepultura y sufragios después de su muerte. Unos de fundación antigua, otros más recientes, constituían un conjunto, una constelación brillante a principios del siglo XI. En el ámbito en que discurre la acción del poema hallamos los de Ripoll, Cuixá, Canigó, Arlés, Bañolas, Besalú, Bagá, Serrateix... Los tres primeros merecen una mención especial, no sólo por su importancia, sino también por aparecer reiteradamente en nuestro poema y ser uno de ellos como el centro nuclear del mismo.

Ripoll, el monasterio condal por excelencia —fundado por Guifré el Piloso— era ya en esta época un famoso centro de ciencia y estudio que la regencia de Oliva realzaría más aún. Exponente de esta característica la constituye su espléndida biblioteca que, a juicio de un erudito austriaco moderno, era superior a todas las españolas de la época, salvo, tal vez, la catedralicia de Toledo. Años antes había brillado de modo particular el cenobio ripollés con ocasión de albergar al monje Gerberto —luego papa Silvestre II—, venido desde sus tierras de Auvernia para instruirse en las ciencias matemáticas profesadas en el mismo. También la historia y el derecho tuvieron un intenso cultivo en Ripoll, creando verdaderas escuelas, de influencia en la vida de su tiempo. El *Canigó* nos presenta en su canto XI a Oliva diseñando los planos de la nueva fundación monasterial,

«*funda en Ripoll un altre monastir*»

con la soberbia portada, todavía admirable. Se trata en realidad de la ampliación y renovación de la basílica, inaugurada y consagrada solemnemente en 15 de agosto de 1032, con asistencia, entre otros próceres, de su hermano Guifredo, conde de Cerdaña, y su sobrino, Guillermo de Besalú, hijo y sucesor del fallecido Tallafarro.

San Miguel de Cuixá era el gran monasterio del valle del Conflent, a orillas del río Tet. Su fundación es narrada en nuestro poema con cierto patetismo, como obra de los monjes del monasterio de Eixalada; quienes al verlo destruido por una avenida del Tet, se trasladaron al nuevo lugar por la protección de Carlomagno. Históricamente, la inundación tuvo lugar en 878, y el traslado y erección del nuevo monasterio de Cuixá, por los supervivientes de la inundación al mando de Protasio, poco tiempo después. Años más tarde Cuixá vivió días de gloria y esplendor bajo el abadiato de Garí, que acogió en el mismo a un grupo de próceres venecianos (el *dux* Pedro Urseolo, Juan Gradénigo, Marín, el futuro san Romualdo...). El prestigio de Cuixá fue mantenido por Oliva, elegido abad por sus monjes, al par que de Ripoll, y allí efectuó también notables reformas en su basílica, análogas, al parecer, a las de este último cenobio.

San Martín del Canigó es el monasterio más moderno de este grupo reseñado. Ya sabemos que Mossèn Jacinto Verdaguer enlaza su fundación con el punto neurálgico del poema: el arrepentimiento de Guifré por la muerte perpetrada en la persona de su sobrino Gentil. En satisfacción de su crimen, el conde de Cerdaña decidió erigir un monasterio en torno al humilde eremitorio de San Martín, al pie de la montaña del Canigó, donde fue despeñado el infeliz doncel. Monjes de Cuixá serían los primeros habitantes del nuevo cenobio. El conde, tras despedirse de su esposa Guisla, se retira al monasterio, haciendo en el mismo vida penitencial hasta su muerte. La documentación histórica nos habla del monasterio de San Martín, en el *Canigó*, como «*construido por cierto presbítero monje, Selua, y completado y llevado a buen fin por el señor conde Guifré y su esposa Guisla*», bajo cuya protección y patrocinio fue solemnemente consagrado en 10 de noviembre de 1009. El conde tardó todavía más de 25 años en retirarse al monasterio, habiendo enviudado de Guisla y contraído nuevo matrimonio con Isabel, y murió en el mismo hacia 1050, siendo allí sepultado, al igual que su segunda esposa.

Como puede verse, la vida de estos monasterios, ya desde su fundación, se vinculaba estrechamente con las casas condales de sus respectivos territorios. Los príncipes cuidaban de enriquecerlos espiritual y materialmente. En 1011 una expedición integrada por Oliva y sus hermanos Bernardo y Guifredo, amén de otros personajes de la tierra, llegó hasta Roma, obteniendo del papa Sergio IV sendos privilegios para sus monasterios; Ber-

nardo para el de San Pedro de Fenollet, Guifré para el de San Martín del Canigó, privilegios que serían los títulos de honor de estas casas. En 1017, de nuevo hallamos a Oliva en Roma, ahora en compañía solamente de Bernardo Tallaferro y su hijo Guillermo, para gestionar asuntos graves, como eran el arreglo del monasterio de San Juan (de las Abadesas), que bajo la dirección abacial de su hermana Ingilberga, había degenerado sensiblemente en su disciplina, y la erección de un obispado para Besalú, aspiración del conde Bernardo.

Los dos monasterios vecinos de Cuixá y de Canigó, en el valle del Conflent, al pie de la montaña en la que el poema verdagueriano quería simbolizar la alborada de la nueva patria cristiana y catalana, nacida en el Pirineo

bajo el signo de la Cruz, sufrieron los avatares de los tiempos y de los hombres; y en los días de Verdaguer se hallaban, ya hacía tiempo, abandonados y muy maltrechos. Esta situación inspiró al poeta el bellissimo epílogo con que cierra su poema, a modo de magnífica elegía, cantada alternativamente por los dos campanarios con unas estrofas finales de esperanza en el futuro y de fe en la Providencia de Dios.

*«Lo que un segle bastí, altre ho aterra,
més resta sempre el monument de Déu;
i la tempesta, el torb, l'odi i la guerra
al Canigó no el tiraran a terra,
no esbrancaran l'altívol Pirineu...»*

CANIGO, POEMA NACIONAL HISPÁNICO

MANUEL DE MONTOLIU

EL segundo poema épico de Jacinto Verdaguer apareció en 1886, después de haber inaugurado su autor con una serie de producciones su actividad como poeta lírico. Es indudable que Verdaguer no encontró su plena personalidad hasta que, en el reposo del titánico esfuerzo aplicado a la creación de la *Atlántida*, dio solaz a su espíritu cultivando la poesía mística y escribiendo versos que, como dijo Milá y Fontanals, «fuesen fiel espejo del fondo de su alma». En la poesía lírica había de encontrar Verdaguer su verdadera vocación. Entre los acogedores vergeles de la poesía mística y en general de la lírica encontró Verdaguer la voz de su intimidad. Y fue una suerte que escribiera su segundo poema épico después de algunos años de ensayar las modalidades más íntimas y personales del divino arte de la poesía. El *Canigó*, en efecto, recoge en sus versos toda la suavidad de sus intimidades líricas con las que el poeta había ungido su alma, jadeante todavía del parto violento de la *Atlántida*.

En torno del indicado contraste se mueven todas las figuras, todos los episodios: todos los elementos épicos en una perfecta e íntima armonía. La cruzada contra los árabes invasores del Rosellón acaudillada por Tallaferro y el conde Guifré; las escenas de sortilegio en el reino de Flordeneu; la visión poemática de los Pirineos desde lo alto de la carroza alada en la que el Hada arrebató a Gentil; el crimen del conde Guifré despeñando en un momento de ciega indignación a su embrujado sobrino; la derrota y la huida de los agarenos bajo la espada irresistible de Tallaferro; la expiación del homicida, que funda un cenobio benedictino junto a la tumba de Gentil, bajo la dirección del abad Oliva; la subida final de los cruzados y de los monjes al Canigó, y la desbandada de

las hadas que huyen y se desvanecen como un mal sueño a la sombra bendita de la Cruz plantada en la cumbre de la montaña, todo resulta de una perfecta unidad orgánica, lo cual permite al poeta hacer de vez en cuando, sin perjuicio de la total armonía del conjunto, algunas acertadas digresiones líricas, tales como los cánticos de las hadas en el noviazgo de Gentil y Flordeneu, la deliciosa glosa coreada de las *Muntanyes regalades*, *La Maleïda*, el delicadísimo *Cant de Gentil*, la escenificación apoteósica de la subida al Canigó y de la glorificación de la Cruz en inspiradísima forma dialogada entre los ermitaños y las hadas, y el epílogo poemático *Els dos campanars*.

Hemos afirmado que había triunfado plenamente la ambición de Verdaguer al escribir su poema. El *Canigó*, efectivamente, es un poema nacional catalán e hispano, porque nada puede concebirse más profundamente nacional que aquel triple despertar del pueblo hispano levantándose en armas contra el extranjero invasor en los focos de resistencia de las montañas de Asturias, del Alto Aragón y del Pirineo catalán.

Las leyendas escogidas por el poeta, como base de su narración épica, son históricas y vivas en la conciencia del pueblo. Nada puede concebirse más a propósito, para construir un poema nacional de un pueblo moderno, que las leyendas que nimbán los misteriosos orígenes de su respectiva nacionalidad en el punto de arranque de los tiempos medievales, leyendas de las que fluye toda la corriente secular del sentimiento nacional. Además, Verdaguer tuvo el acierto y el arte de enlazar la poesía de las viejas crónicas y leyendas históricas con la poesía anónima de su pueblo. Y de esta manera toda la enjutez de aquellas tradiciones, arrancadas del

polvo de los pergaminos, fue refrigerada y ungida en el fresco e inagotable manantial de la siempre joven musa popular. Sobre este granítico fundamento nacional, Verdaguer pudo volar libremente a su fantasía sin peligro de desagradables caídas. Y así le vemos construir animosamente un mundo de ensoñadora idealidad, un mundo de magia y sortilegio alrededor del hada Flordeneu, la cual, en último término, sirve aún para hacer resaltar más sobre el fondo rosado de encantamiento la visión adusta de aquellos hombres vestidos de hierro y de aquellos otros vestidos de tosco sayal que dieron ideas, espíritu y alma a aquellos rudos siglos de austeridad y heroísmo.

Podríamos decir que así como la *Atlántida* es un gran poema geológico, el *Canigó* es un gran poema geográfico. Efectivamente, es como si el poeta, desde las alturas del Pirineo abrigue bajo las alas de su espíritu toda la tierra catalana y se complazca en tender bajo su mirada de águila el rico manto de valles y montañas, ríos y bosques, pueblos y ermitas, miembros, esparcidos en armoniosa variedad, del cuerpo de Cataluña. Y su mirada se complace en seguir amorosamente todos los encantos y todas las galas de su amada Cataluña, y el poeta lleva su afán del detalle topográfico hasta tal extremo que el poema, en algunos de sus pasajes, puede llegar a dar la impresión de una guía inspirada de una apoteosis, de un dietario, de una peregrinación devota por las montañas pirenaicas, santuario máximo de la nacionalidad catalana, en donde exhaló el primer hálito de su vida al escuchar en sus hondonadas el primer grito de su independencia nacional. De este genio, podríamos llamar, geográfico de Verdaguer, son bellas muestras numerosos pasajes del *Canigó*, en los que vemos personificadas en figura de hadas, diversas comarcas y localidades pirenaicas y dramáticamente humanizada la vida de ríos y montañas, valles y cumbres, en forma clásicamente mitológica, como vemos en las visiones de *La Maleïda* y *Lo Rosselló*, en el canto de *Lo Pirineu* y en aquel «scherzo» delicioso por su popular humorismo, sobre los ríos Noguera y Garona, Verdaguer descolló como creador de una original mitología moderna.

Diríase que la inclinación heredada de sus antepasados a través de muchas generaciones de campesinos conviviendo íntimamente con el terruño, se hubiera revelado, al final de un proceso secular, en el éxtasis en que la misteriosa atracción de la Naturaleza tuvo cautiva el alma del que escribió sus primeras poesías con la misma mano que acababa de empuñar la manquera o el azadón. El mismo Verdaguer se daba cuenta de este fenómeno de atavismo, de esta íntima unión entre el labrador y el poeta, cuando escribía aquella conocida cuarteta:

*Poeta i llaurador só,
I faig la feina tan neta,
que llauro com a poeta
i escric com a llaurador*

El pasaje de máxima belleza y emoción dramática del poema es el que nos ofrece el canto del *Desencantament* en el momento de rodar el cuerpo de Gentil al fondo del despeñadero, arrojado por la mano de su iracundo tío. La lírica idealidad de las estancias en que el poeta describe el despeño del doncel y de su arpa, es de una pureza y emotividad sin parejo. El *Cant de Gentil* y la última parte del *Desencantament* son obras definitivas por la excelsitud de la emoción, por la purísima calidad de las imágenes, por la delicada y dulce musicalidad de la lengua. La perfección llega a su máximo grado en el momento en que el poeta, fundiendo su inspiración personal con la anónima poesía popular, deja oír la voz de las hadas entonando a coro su epitalamio a los amores de Gentil y Flordeneu, en el cual podríamos decir que es la misma alma popular que canta por boca del poeta:

*Somnia, Gentil, somnia,
deixa volar ton cor bell,
mentre el somni no es desnia,
com de sa branca l'ocell.*

No queremos dejar de hacer mención, por su clásica sobriedad, de las escenas populares del *aplec* con las que se abre el poema, en las que podemos apreciar una discreta influencia de Mistral, no sólo por la adaptación de la estrofa, llamada mistraliana, sino también por el ritmo pausado y armonioso de la narración y la estructura interna de su aspecto descriptivo. Finalmente, el epílogo del poema, fragmento coreado por las voces alternas de las hadas y de los monjes, en espléndido contraste, es una coronación excelsamente épica del poema. En las últimas estrofas del coro final vibra una música grandiosa de apoteosis; son como el gesto del poeta ciñendo la frente de la Patria con la corona de roble y laurel de su poema que ha despertado en su alma los remotos recuerdos de su nacimiento a la vida de la civilización entre alaridos de guerra y cantos triunfales de los cruzados catalanes, y por otra parte la profunda y severa salmodia de los monjes evangelizadores rindiendo al Altísimo cantos de gratitud por la victoria definitiva conseguida sobre los enemigos de la Cruz bendita.

*Pàtria, et doná ses ales la victoria;
com un sol d'or ton astre es va llevant;
llença a ponent lo carro de ta glòria;
puix Déu t'empeny, oh Catalunya, avant*

Esta primitividad del genio de Verdaguer hizo de él un poeta eminentemente nacional y popular en toda España, porque lo colocó junto a las mismas recónditas fuentes de la tradición espiritual de su pueblo. Esta primitividad fue el impulso que hizo de él un poeta épico y le siguió fielmente en todos sus pasos y le inspiró en todos sus versos. El poeta viene siempre a afirmar la naturaleza en la pureza y la inviolabilidad con que salió de las manos creadoras de Dios. Y por esto en civiliza-

ciones como la presente, pletóricas de crítica y racionalismo, son tan escasos los poetas auténticos. Por esto, cuando surge alguno de ellos, sonriendo serenamente por encima de toda la tristeza contemporánea, el

mundo se siente conmovido ante el milagro, porque en la aparición del poeta ve la misteriosa reencarnación del hombre-niño de las edades heroicas con todos los sentidos abiertos a la perenne maravilla de la vida.



«D'OR VERGE ES FETA LA REIAL CARROÇA...»

LUIS CREUS VIDAL

*D'or verge és feta la reial carrossa;
d'argent, perles i vori ramejada;
set genis en set anys l'han fabricada
dins un palau de fades d'Orient;
al florear les pirenaïques cimes
sa roda de set raigs vola lleugera
en l'herba i neu sense deixar rodera,
com lo carro del sol pel firmament.*

Artículo estival, este escrito —quizá un poco *sui generis*— viene a aparecer en estas páginas de CRISTIANIDAD como apartándose un tanto del estilo peculiar de nuestra Revista, que es el de obedecer a una intención. Y aquí ésta no será otra que la de cantar las cimas pirenaicas, sus neveros, peñas y montañas, siguiendo al gran poeta. Y a Flordeneu y Gentil en su alado carro.

*Arriat per set daines amansides,
allí els espera un carro volador;
pren, al pujar-hi, Flordeneu les brides
i se'n porta a volar son aimador.*

En la Biblioteca de nuestro Centro Excursionista de Cataluña —el más abundante archivo montañoero, sin duda, que existe en el mundo— hállanse, aparecidos en distintas publicaciones y libros, estudios sobre Verdaguer excursionista, tema inagotable. Aquí queremos nosotros aportar nuestro grano de arena, considerando a nuestro poeta —uno de los mayores de todos los tiempos— desde este punto de vista.

Un itinerario del carro del hada, además, que bien

quisiera para sí la mejor organización de iniciativa turística. Un itinerario que no desdeñaría el más exigente geógrafo. Parte el carro de Canigó. Esta luminosa montaña de nombre catalán y español, como todo el Rosellón —arrebatao por la «herencia» de Richelieu y hoy afrancesado—, próxima al mar latino, cuya cima supera los 2.600 metros, aparenta, por tener su base a tan bajo nivel en la llanura, una altura tal, que la hizo tener por mucho tiempo como el pico más alto del Pirineo. No es así, que los altímetros tal lo han anunciado, pero es digno heraldo que anuncia el desarrollo de la argétea cordillera.

«... ¿Qué són los Pirineus? Serpent deforme...»

Parte el carro de Canigó, y sigue por la misma divisoria de aguas —el Tech y la Têt, los dos torrentes roselloneses— Pla Guillem y Rojá, «àrides esquerdes» que sueldan Canigó al resto de la cadena. Y aquí comienza el canto, en que describe tan vívidamente, con tanto relieve, las bellezas, los caracteres de todos los rincones, valles y lugares pirenaicos. ¡Y de qué modo! Cuando nos canta, por ejemplo, un alegre praderío, su poesía es —excúsenos ahora nuestra ingenuidad— de verde transparencia. Cuando peñas, glaciares y abismos, su grandeza adquiere el resonar del trueno y de las cascadas. Cuando, sobre todo, en las claras noches, nos pinta al pastor bajo la cúpula de «l'hemisferi», mancomunada al Pirene entero a toda la grandeza de la Creación, y la inmensidad de las Galaxias se junta, en la inspiración verdagueriana, a este colosal himno, voz de la Natura-

leza toda –sin rival, según Menéndez y Pelayo, en ninguna otra literatura, en el mundo entero y en la historia entera–, en que se hace voz *sacerdotal* del Universo todo en homenaje a su Creador.

*Per qué t'amagues, Camprodon fresquívol,
violeta del bosc en la ribera?
¿en ton sojorn, d'eterna primavera,
no vols que sentin los suaus olors?*

Así canta, la frescura y verdor de Camprodón, pronto compensados por la súbita ascensión al Puigmal, donde su genio halla una expresión patriótica, genial y única:

*De puig en puig pel Coll de Finestrelles
s'enfilen de Puigmal a l'alta cima;
tota la terra que el meu cor estima
des d'ací es veu en serres onejar!*

«En serres onejar». ¡Ondeando en sierras! Expresiones sin par verdaguerianas. ¡Qué lástima que, a setenta años fecha, este poema, leyenda, o como quiera llamársele, siga siendo tan desconocido en todo el mundo, gustado casi sólo por nosotros catalanes, sin el honor de las traducciones que deberían existir, cuando aquí vertimos todo lo malo o mediocre que se publica en el redondo mundo! ¿Qué descripción puede igualar a ésta del gran valle de Cerdeña contenido por la realmente ciclópea sierra del Cadí, rival catalán de la belleza de los Alpes Dolomíticos tiroleses?

*Es del Cadí la serralada enorme
ciclòpic mur en forma de muntanya,
que serva el terraplé de la Cerdanya
per on lo Segre va enfondint son llit.*

Después de describir Verdaguer nuestro Pirineo clásico, con el citado paso por su grande estribación, la Sierra del Cadí, madre de la mayor parte de serranías catalanas, cuajadas de historia y de tradición, conduce el alado carro de Flordeneu hacia parajes perfectamente desconocidos en su época y que aun hoy lo son muy poco, pues sus comunicaciones siguen, ¡setenta años después!, casi las mismas de las de la época verdagueriana. Nos referimos a todo el mundo montañoso que separa el Alto Urgel, con su capital La Seo, del Pallars, puerta del Valle de Arán. ¡Con qué viveza refleja la exuberancia y a la vez el ambiente rústico y escondido de aquellos alejados parajes que parece bendecir el eremitorio de San Juan del Herm!

*Contempla el jove feixes i boscatges
i darrera els pradells de la Regina
una esmeragda en forma de petxina
tota plena de perles i de flors;
és la vall deliciosa de Setúria;
quan amb son bes primer l'alba l'anrosa,
sembla l'áurea conquilla en què flairosa
del mar isqué la reina dels amors.*

*Lo riu de Santa Magdalena ombrívol
cap a Occident la Fada ribereja,
passant pel bosc, perquè Gentil no veja
de Sant Joan de l'Herm los ermitans.
De cim en cim va de Rubió a Pentina,
i, sota Bresca, en Collegats, li ensenya
la rica Argenteria que en la penya
pará algun geni amb enciseres mans.*

¡«La rica Argenteria»! Ningún detalle escapa a mo-sén Cinto. En pleno congosto de Collegats, uno de esos congostos llenos de color y de fiereza –en los que el Pirineo es casi más rico que los propios Alpes–, besado por las aguas del Noguera, las filtraciones han provocado un monumento en forma de altar –estalactitas y estalagmitas que emergen a la superficie–, do indudablemente iría a inspirarse el genio de Gaudí, pues su forma es idéntica a la del portal de nuestro Templo de la Sagrada Familia. Pero no acaba aquí la maravilla, que ella cobra mayor esplendor en invierno. La dureza del clima pronto congela los riachuelos y las cascadas, adornando inesperadamente, con rica pedrería brillante, el milagro de la Natura, que provoca en Verdaguer esta explosión:

*Cortinatges de tosca i brodadures,
cascades d'argent fos a l'aire preses,
garlandes d'aura en rics calats suspeses,
d'alguna fada finestró diví,
de lliiri d'aigua i de roser poncelles,
com ulls closos de verges que hi somnien,
tot hi és blanc, com els colors que hi nien,
papellones gentils d'aquest jardí.*

Y así, de repente, Verdaguer, siguiendo la gran cadena –«la serpent deforme»–, se encara con la Maladeta y es ahora cuando estalla toda la grandeza del titán de nuestra Poesía.

Les favorece el vate cuando exclama, sobre Aneto

...Montblanc i Dhawalgiri li poden dir germà,

por cuanto, realmente, con toda su grandeza, bastante por debajo queda la Maladeta pirenaica del bellísimo gigante de los Alpes, y, huelga decir, del supremo Himalaya. La montaña tiene otras bien superiores.

¡En cambio, el poeta, Verdaguer, no ha tenido –en su campo– rival en ninguna otra universal literatura!

*Les àligues no el poden seguir en sa volada
i a reposar s'aturen, si emprenen la pujada
des de la roca als aspres cimals del Pirineus;
los núvols, que voldrien volar fins a sa testa,
si no els hi puja l'ala de foc de la tempesta,
s'ajauen a sos peus.*

*Mes tot sovint hi munten i torna sa corona,
nou Sinaí feréstec a on llampega i trona;
lo torb arramba els códols que el gel li va partint,*

*llançant-los a l'abisme com trossos de la terra
mentre, fuet de flames, lo núvol a la serra,
amb llamp va percutint.*

*Damunt lo glaç negregen granítics arestes,
com d'ones formidables esgarnifoses crestes,
illots de roca dreta sortint de mars de gel;
emmarletades torres d'una ciutat penjada,
com són Pont de Mahoma, damunt la nuvolada,
en mig de terra i cel.*

*¡Quins crits més horrorosos degué llençar la terra
infantant en ses joves anyades una serra!*

*¡Que jorns de pernabatre, que nits de gemegar,
per treure a la llum pura del sol eixes muntanyes,
del centre de sos cràters, del fons de ses entranyes,
com ones de la mar!*

En esta última estrofa culmina -como Aneto culmina por encima de todos los demás picos de la Cadena- la inspiración del poeta, que, según ya proclamó Menéndez y Pelayo, merece ser llamado el Vate de la Hispanidad, pues nadie como él ha cantado tan altamente las glorias de Isabel y de la epopeya colombina. Y, con la coronación del Pirineo, Verdaguer corona a su Patria, invocando al Ángel de España que desde la gran Atalaya vela sobre la Península.

*I Espanya, que tenia ja un mar en cada espona,
sols per bressar-la i fer-li murmuri al llit de l'ona,
que per barrons té els Picos d'Europa i lo Puigmal,
per cobricel sens núvols lo cel d'Andalusia,
per fer-li de custodi, tingué des d'aquell dia
un Àngel al capçal.*

La magia del Poeta nos traslada hacia un regreso nocturno de la carroza alada. Y en esta segunda parte del viaje mágico vuela a mayor altura aún, si cabe, el privilegiado estro. Mucho debió recorrer mosén Verdaguer los caminos, los valles, los recovecos todos de la cordillera, para, en su fina sensibilidad, captar así sus latidos. Porque es la nostalgia del Pirineo, con sus noches mágicas y tranquilas, con su serena majestad, lo que late en este regreso, más directo -topográficamente hablando- que lo que bien pudiéramos llamar trayecto de ida, puesto que casi no se mueve de la misma divisoria. Así es como felizmente califica al Pla de Beret de libro, y de *faristol* extendido al propio Pirene:

*...s'obre el Pla de Beret a ses mirades,
llibre format de dues serralades,
que té lo Pirineu per faristol...*

Y sigue, entonces, el largo curso del Noguera. ¿Lo habrá seguido, físicamente, Verdaguer? Quien esto escribe, sí, lo ha seguido en sus años mozos, en bella y apacible noche de verano, desde Montgarri, allá en la meseta aranesa, hasta Alós.

*Ella segueix les aigües de Noguera ,
bellugadís espill de les estrelles
emmirallant-se, tot volant, entre elles
al costat de son jove cavaller;
mes prompte de la riba que s'enfonsa
surt i faldeja els cingles de l'esquerra,
per mostrar a Gentil l'aguda serra
que du de son front la creu de Sant Vallier.*

Y aquí la carroza, bajo «l'estelada», emprende el camino de regreso que, por encima de los Valles de Andorra, desde el Pallars, debe devolverla al luminoso Rosellón. Unas estrofas admirables nos hacen sentir la paz infinita de las montañas dormidas, de la Naturaleza en reposo bajo el desfile apacible de los astros...

*A la tébia claror de la celístia,
la lluna uneix la seva blanquinosa,
plugim de fulles d'argentina rosa
que el puig copça amb la falda de sa vall:
s'abriguen les pinedes adormides
amb aquell vel de calitjosa glassa,
i amb aquells raigs del llac en l'ampla tassa
puja del riu l'arruixador cristall.
Vessant-se'l d'un a l'altre amb dolç murmuri
los tres llacs de Tristany són més hermosos,
Puig d'Alba i Fontargent més blanquinosos
amb llur brial de neu que mai se fon.
Les valls d'Ordino i d'Incles són més plenes
d'harmonies, de somnis i misteri
als raigs que hi deixa ploure l'hemisferi,
ala serena de qui cova el món*

* * *

Y es hora de acabar. Al que suscribe, ¡cuitado de él!, esta vez le han pedido un artículo de excursionista. Y como de excursionista han brotado estas líneas. Deshilachado y sin finalidad. Pero quizá auténticamente montañoso.

¿Se separó Verdaguer, en este magnífico *Canto IV*, dedicado a la Natura, del objetivo principal de *Canigó*, que es el de celebrar, con las gestas patrias, el triunfo y entronización de la Cruz, de la Cruz del Canigó, de la Cruz del Pirineo, sobre el doble enemigo simbolizado por la morisma y el paganismo? No, evidentemente. En este canto, exalta el escenario sublime de la gesta y exalta el Pirineo, obra de Dios, elevándonos, aquí, y sobre todo en el resto del Poema, del objeto a la Causa, de la criatura al Creador.

*Lo que un segle bastí l'altre ho aterra;
mes resta sempre el monument de Déu,
i la tempesta, el torb, l'odi i la guerra,
al Canigó no el tiraran a terra,
no esbrancaran l'altívol Pirineu.*

CONTRAPORTADA

La Consagración y la Reparación, elementos esenciales de la devoción al Corazón de Jesús

Cristo movido por el amor no sólo dio su por nosotros (1 Jn 3,16), sino que nos incorpora a los misterios de su vida y nos hace «pueblo escogido y real sacerdocio» (1 Pe 2,9). Es menester, por tanto, que le correspondamos con nuestro amor. Y, puesto que la Iglesia nos enseña a ver expresado de modo especial este amor en el Corazón de Cristo y nos invita a cultivar este amor, simbolizado en su Corazón, como manantial de salvación y de misericordia, el Apostolado de la Oración se esfuerza con todo empeño en que sus socios se familiaricen con la espiritualidad y práctica del culto al Sagrado Corazón. Se **consagran** a sí mismos a Él, en respuesta al Amor del Señor, y le ofrecen **reparación** por sus pecados y los de todo el mundo, y practican y fomentan las diversas formas de este culto, aprobadas por la Iglesia.

Artículo 13 de los Estatutos del Apostolado de la Oración aprobados por Su Santidad Pablo VI en 27 de marzo de 1968

El Apostolado de la Oración se ha distinguido siempre por su empeño en difundir la devoción y espiritualidad del Corazón del Redentor.

En esto ha seguido las enseñanzas y las exhortaciones de mis venerados predecesores, tales como León XIII, que en la encíclica *Annum sacrum* (25 de mayo de 1899) establecía la consagración de todo el género humano al Sagrado Corazón; Pío XI, que en la encíclica *Miserentissimus Redemptor* (8 de mayo de 1928) inculcaba la consagración al Corazón de Jesús y el deber de la reparación...

Discurso de Juan Pablo II a los Secretarios Nacionales del A. de la O., 13 de abril de 1985